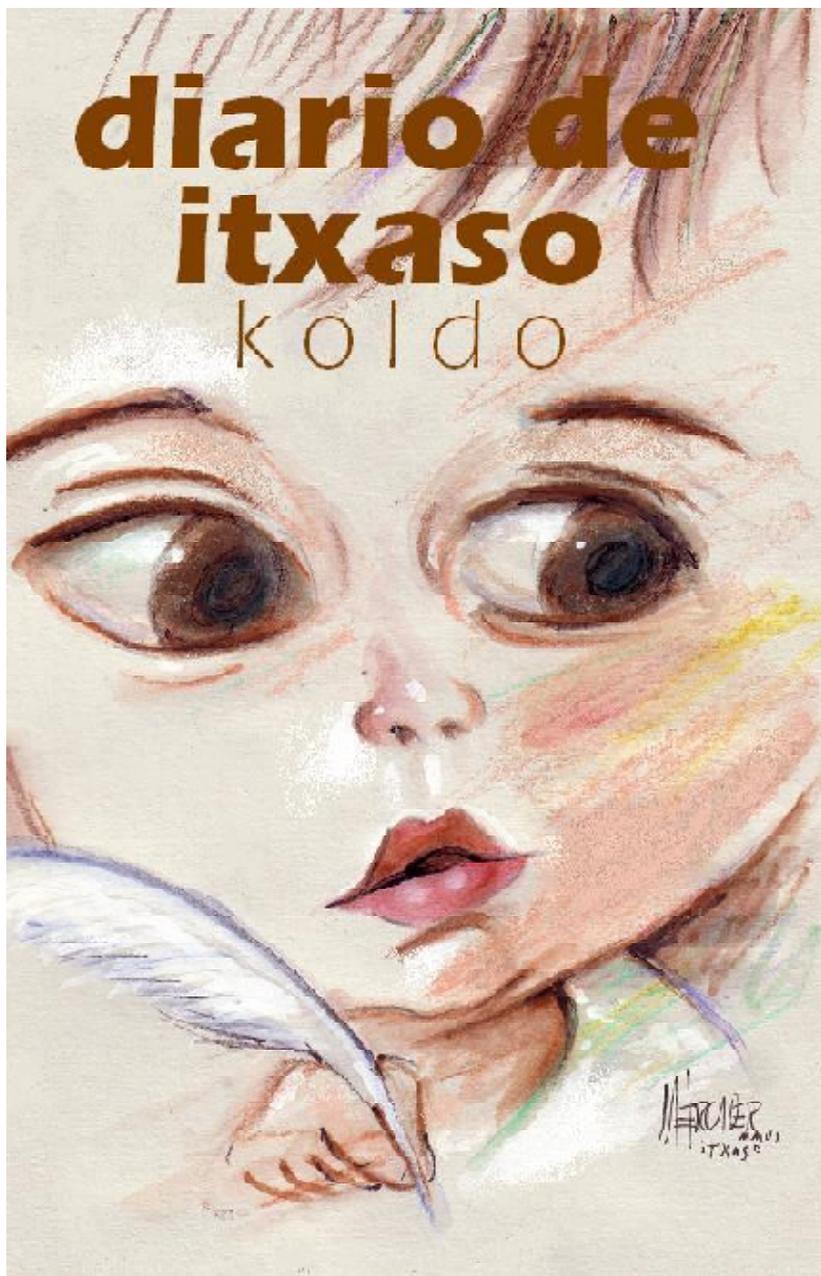


diario de itxaso koldo



Diario de Itxaso

Koldo Campos Sagaseta de Ilúrdoz

Indice

20 de febrero	10
Los nombres que nos ponen	13
-cómo elegir un nombre	15
21 de febrero	16
22 de febrero	18
El llanto y los bebés	21
-fases del llanto	23
-cómo distinguir los llantos	24
-tópicos paternos sobre el llanto	24
-cómo llorar, cuándo hacerlo y contra quien	27
-clases de llanto	30
23 de febrero	34
24 de febrero	35
Los cuentos que nos cuentan	38
-propuestas nuevas: El duendecillo y la luna	41
-cuentos de nuestros días	45
-León Felipe y los cuentos	46
-Cronopiando: ¿Dónde están las sonrisas que faltan?	47
-Teatro: Los puerquitos hijos de los tres cerditos	49
26 de febrero	61
Los bebés y la modernidad:	63
-la televisión	63

-peligros de la televisión	65
-diez citas sobre la televisión	66
-vídeo-juegos/la industria infantil	67
-Cronopiando: Juegos	70
27 de febrero	72
Los juegos que nos proponen, los juguetes que nos dan	74
-Cronopiando: ¡Otra matanza más!	78
-Las escondidas	84
1 de marzo	87
5 de marzo	89
Los aires que soltamos	91
-el eructo	92
-fases del eructo	93
-clases de eructos en adultos/as-anagramas	94
-clases de eructos en niños/as-anagramas	95
-factores que condicionan el desarrollo del eructo	96
-el pedo o “peo”	97
-la opinión de la ciencia	99
12 de marzo	102
18 de marzo	104
La ropa que nos ponen	106
-cómo no equivocarse al vestir a un bebé	109
27 de marzo	111

4 de abril	113
La música y los bebés	115
-géneros musicales y edades	116
-peligros sonoros para la infancia	118
-cómo prevenir la solfainfección en los bebés	119
-receta musical para dormir a un bebé	120
-artilugios sonoros	122
-las canciones infantiles	126
8 de abril	134
14 de abril	136
17 de abril	138
24 de abril	141
El sueño y los bebés	144
-consejos prácticos para dormir a un bebé	145
-el sueño y posibles aliados	146
-cuento terapéutico subliminal...	147
2 de mayo	149
Los colores/Elucubraciones sobre el rosa (Irizar)	151
11 de mayo	155
13 de mayo	157
14 de mayo	159

Las malas mañãs	161
22 de mayo	167
27 de mayo	169
29 de mayo	171
Consejos prácticos para padres primerizos	174
4 de junio	176
6 de junio	177
16 de junio	179
-Cronopiando: Menores	182
17 de junio	184
18 de junio	187
19 de junio	188
20 de junio	194
Contraportada	196

Aviso de los editores de libros libres.

El autor busca desesperadamente editor para una edición impresa y ampliada de este libro, se gratificará mediante un beso en el culo del autor.

Prólogo

Porque todo lo que sabemos y contamos es, en cierto modo, patrimonio de la humanidad, nunca la firma al pie del texto que avala la autoría es la única que lo concibió, lo urdió y lo desarrolló. Por el camino queda ese patrimonio que primero hizo al autor y después contribuyó a su obra.

Créame por ello que, este diario, aunque por razones legales lo firme mi padre, es tan suyo como mío o de Urrategi, mi madre. Si bien es cierto que él se ocupó de la redacción, fui yo quien aportó las vivencias y reflexiones que presenta el libro, y mi madre la que, en meses de dura labor, desarrolló el "trabajo de campo" y de mesa, también de playa, recogiendo y ordenando mis declaraciones y ocupándose del montaje y otros aspectos relacionados con la publicación de mi diario.

La idea se me ocurrió a los pocos días de nacida. Todavía en el vientre de mi madre ya la escuchaba compartir con mi padre sus lagunas con respecto al cuidado de mi persona, lagunas que eran las mismas que mi padre tenía. Y frente a tanta ignorancia, se quejaban de la poca información que existía al respecto.

Muy pronto confirmé que la mayoría de las revistas para bebés e infantes tocan solamente aspectos relacionados con nuestra nutrición y salud; con frecuencia aparecen cargadas de consejos absurdos, ridículos o de común sentido y, por lo tanto,

innecesarios; y para colmo, suelen ser revistas aburridísimas, sin nada que las haga amenas, diferentes.

Son muchísimas las revistas que publican informaciones sobre la alimentación de los bebés o las ventajas de ser vacunados, incontables las publicaciones sobre la industria infantil, los nuevos modelos de traje de baño para bebé o los modernos pijamas llegados al mercado, pero nada en relación a la música, a los cuentos infantiles, a los colores, a las canciones de cuna, a todos esos aspectos fundamentales en nuestra vida que nunca aparecen en esas guías sobre la infancia o en esos ilustrados y caros diccionarios que aseguran saberlo y contarlo todo.

Para cubrir ese espacio es que se me ocurrió la idea de hacer este diario y poder reflexionar con quienes se aventuren en la lectura de mis días y de mis temas sobre el mundo de los bebés y, a ser posible, sin bostezos.

Itxaso Alberdi

A mi hermanas Irene y Haizea,
a mis abuelos Iñaki y Santiago, y a mis abuelas Anttoni y
Esther.

Agradecimientos

A todas las personas amigas de mis padres que, no sólo
tuvieron que leerse las múltiples versiones corregidas de este
diario durante su elaboración sino, incluso, opinar al respecto.

A Carmen Irizar y a Sara Pérez.

A Don José Mercader, Marqués de La Vega, por su portada.

20 de febrero del 2006

Ignoro quién estaba a cargo del timón. De hecho, ni siquiera estoy segura de que hubiera timonel pero, a las 2 de la mañana, una fuerte sacudida zarandó mi camarote y, sobresaltada, interrumpí mi largo sueño de casi nueve meses.

Tampoco necesitaba ser una experta en amnióticos océanos como para no advertir que una importante fuga de agua había escorado mi pequeña nave y ya nada podría demorar mi desembarco. Sabía que, de una manera u otra, en cuanto el mar se fuera por el desagüe, yo arribaría a la tierra prometida y que una delegación de bienvenida encabezada por mis padres me esperaba en el muelle de Azpeitia (Gipuzkoa)

La botadura de mi vida había sido urdida con premeditación y alevosía, amén de nocturnidad, en astilleros de la República Dominicana y, un océano más tarde, luego de una apacible travesía, el vigía, finalmente, había avistado tierra.

Tampoco sé si a babor o a estribor. De hecho, ni siquiera estoy segura de que hubiera vigía pero, en este mar de dudas, la única certeza, de momento, es que me llamo Itxaso. (Mar en euskera) Eran ya las 8 de la mañana cuando mis padres se decidieron a trasladarme al hospital de Zumárraga, a media hora en vehículo desde Azpeitia. Casi lo agradecí. Aunque por razones obvias no los veía, sí los oía recordándose mutuamente las sabias advertencias de la matrona: "Lo importante es que no te pongas nerviosa, que no te precipites. Así rompas aguas o te lleguen las contracciones, tú tranquila, el parto siempre se demora algunas horas y, a no ser que las contracciones sean tan frecuentes que no te dé tiempo ni a contarlas o que veas aparecer la cabecita de la bebé, tómatelo con calma, siguen faltando horas para el parto... Bueno, si de verdad es la cabecita la que asoma, entonces, sal corriendo para el hospital".

De más está decir que, lejos de tranquilizarse, iban y venían por la casa, compulsivamente, sin saber qué hacer y preguntándose la hora cada cinco minutos. Tan pronto se acostaban como se levantaban, cuidando siempre de no hacerlo al mismo tiempo para así aprovechar sus respectivos turnos frente al Larousse de los Padres y descubrir, por ejemplo, la conveniencia para la madre de una ducha de agua caliente, lo oportuno de sentarse en el suelo con un cojín bajo las nalgas, o el recurso de escuchar música clásica.

Mi madre, finalmente, se decidió por fregar. Mi padre controlaba la hora y se aseguraba de que no hubiera desaparecido ningún canal en el televisor.

A las 9 de la mañana mi madre entraba en la Sala de Dilataciones. El parto sería en las próximas horas, había pronosticado la doctora... y no se iba a equivocar, que nada hay más relativo que el tiempo.

"Y nos dieron las diez y las once y las doce y la una y las dos y las tres..."... habría cantado Joaquín Sabina de haber estado allí... y no hace falta que les diga que no estaba. En cualquier caso, dudo mucho que hubiera resistido hasta las cuatro.

Para las cinco de la tarde, la presencia de familiares en el hospital se limitaba a un abuelo, dos tías y una allegada sin identificar.

Una hora más tarde se retiraron el abuelo y la allegada. Para las siete, los familiares sobrevivientes acabaron rindiéndose al cansancio y, uno detrás de otro, abandonaron el hospital a la espera de ser informados de cualquier novedad.

Permanecía junto a mi progenitora, única persona a la que le estaba negada la huída, el bueno de mi padre que, cuando no salía de la habitación a fumar, a beber café, o a fumar y beber café, se entretenía masajeando a mi madre, tal y como ambos suponían había sugerido la matrona.

Sólo horas después, cuando ya mi madre no soportaba la tortura de los masajes, es que se decidió a confesar a mi padre la conveniencia de interrumpirlos. Días más tarde, por boca de la matrona, ambos se enterarían de que los masajes, aplicados sobre las caderas, sólo surten el efecto deseado después de que se le suministre a la madre la anestesia epidural, nunca antes.

Para las ocho de la noche ya sólo quedaban por formalizarse dos partos, incluyendo el mío, de los cuatro previstos en el hospital para ese día; mi madre había cambiado dos veces de compañera de habitación y apenas sí se veían enfermos y visitantes por los pasillos.

Para las nueve habían desaparecido las visitas y a las diez de la noche, además de mi padre, las únicas personas que entraban y salían de los ascensores o usaban las escaleras, eran las empleadas de la limpieza.

Para las once, cerrado el restaurante y clausuradas todas las puertas del hospital, sólo se mantenía abierta la puerta de Urgencias y una salida de socorro situada en el tercer piso, muy cerca de la habitación de mi madre, en cuyo exterior se acumulaban no menos de veinte colillas. A esas horas, nadie quedaba en los pasillos que no fuera mi padre y yo era el único bebé que faltaba por nacer.

Cerca de la medianoche, todavía sin despejar las dudas sobre la conveniencia de seguir esperando la aplicación de la anestesia, las dudas sobre la ventaja de practicar más tarde la episiotomía, las dudas sobre si llamar o no al ginecólogo de guardia, otra certeza se confirmaba, además de mi nombre: el parto sería mañana.

Los nombres que nos ponen

Por si acaso no tengo en el futuro muchas posibilidades de referirme a mis padres en los mejores términos, acaso tampoco en los peores, quiero aprovechar para, públicamente, felicitarlos por la elección de mi nombre, breve, conciso y hermoso.

Supongo que ha de llegar el día en que la justicia castigue la irresponsabilidad de muchos padres con la severidad que se merecen. Y es que nominar a una criatura en el entendido de que todavía no está capacitada para elegir su propio nombre, no es una paterna prerrogativa que pueda ejercerse alegremente o como agravio por quién sabe qué afrenta.

Por más doloroso que haya sido el parto nadie tiene derecho a vengarse de su descendencia con la imposición de nombres infames, ni siquiera en el supuesto de que, también, fueran los propios.

Hay padres que buscando dotar a sus hijos de nombres llamativos, impactantes, al margen de su lengua y su cultura, son capaces de repasar la guía telefónica de Burkina Fasso, por ejemplo, hasta dar con el nombre indicado: Azbuiwowe Owango. Lástima que el apellido termine, casi siempre, poniendo en evidencia tanta originalidad y, el infeliz damnificado, desde que fracase el primer intento por llamarlo de tan sonora manera, pase a ser conocido como López o, peor todavía, el hijo de Patxi.

Otros padres no menos inescrupulosos, tal vez para dar satisfacción a los dos abuelos, a su propio ego y, muy especialmente, como tributo al galán de la telenovela de mayor audiencia en el momento, son capaces de elegir nombres como: Carlos Augusto Alfredo o Eugenia María Ernestina de los Dolores.

Lejos están entonces de imaginar las burlas de que serán objeto sus hijos por su irresponsable elección; los traumas que, además de los nombres, habrán de sobrellevar a lo largo de su vida; y los sufrimientos que no siempre van a poder paliar con apodos como Lolo, Chús, o el más televisivo JR.

El que algunos monarcas y aristócratas acostumbren a bautizar su descendencia con generosa profusión de nombres, no es tradición que debamos imitar los comunes mortales.

No es verdad que una reina, digamos que... extranjera, cada vez que intente dar de comer a su augusto nieto, vaya a decirle: "Animaos, príncipe Charles Philippe Anthony de Canterbury y Hansburgo de Sutherland (*), y hacedme la merced de comeros toda la sopa o no os mando a clase de esgrima". Los monarcas, aunque sea en la intimidad, también se ven forzados a reducir la nominal inflación de nombres y títulos que acostumbran en público.

Quedan, como un tercer grupo de padres sin vergüenza, los que, decididos a prolongar a través de sus hijos sus propias vidas, comienzan por dar continuidad a sus nombres, condenando a sus vástagos a tener que escuchar el resto de sus días: "sí pero... ¿qué Antonio? ¿el padre o el hijo?"

Mi tía Sara Pérez, censuraba el otro día, juicio que aplaudo, el pernicioso uso del santoral católico para buscar nombres. La humanidad, decía Sara, ya ha tenido suficiente con los Dafrosa, Gundelina, Escolástica, Rogaciano, Evasio, Nemesio, Vilibordo, Crisanto, Bonifacio, Ruperto, Contardo, Hermenegildo, Armengol o Abercio.

Tía Sara aún iba más lejos y criticaba también la irresponsabilidad de muchos padres que aplastan a sus hijos con nombres de dimensiones históricas, y que harán parecer a quienes los ostenten como insípidos mediocres, no importa a lo que se dediquen. A ello se debe que conozcamos tantas

personas frustradas por llamarse Homero, Sócrates, Dante, Atila, Julio César o Napoleón.

Los nombres políticos tampoco son aconsejables. Los tiempos cambian y lo que ayer era una gracia hoy puede ser una vergüenza. Muchos dominicanos que fueron registrados como Rafael Leonidas, en honor a Trujillo, actualmente responden únicamente por Rafa o por Leo, caso de que respondan.

Recientemente, un ciudadano inglés que se llamaba George y se apellidaba Bush, acudió a un juzgado en busca de que se le cambiase el nombre, el apellido, o ambos, para no seguir expuesto a sus propias maldiciones.

También es censurable la actitud de muchos padres de buscar nombres tan exclusivos como grotescos: Perseveranda, Veneranda, Filogonio, Cirilina, Lupicinio y Evilasio son algunos ejemplos. Es muy posible que nunca el portador de semejante nombre encuentre a otro ser humano con su misma condena pero nombre tan personal, tan particular, lejos de servir de consuelo, más parece un agravante.

(*)Con objeto de evitar herir la susceptibilidad de nadie y preservar, además, su intimidad, el nombre del infante puesto como ejemplo es absolutamente ficticio y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Cómo elegir un nombre

De cara a facilitarles la elección de un nombre para su hijo o hija que no resulte ofensivo ni traumático, les sugiero atender las siguientes recomendaciones:

1.- Nunca elija más de un nombre. Los llamados nombres compuestos que, casi nunca se utilizan, se prestan a confusiones y sólo sirven para emborronar casillas en los documentos oficiales poco previsores.

2.- Bajo ningún concepto elija nombres cuya terminación sea, entre otras: ano, ulo o edo, tales como Valeriano, Angulo o Alfredo, para no facilitar los pareados burlescos y onomatopeyas en general de que serán víctimas sus hijos en la escuela o el trabajo.

3.- Evite los nombres de difícil pronunciación de manera que, finalmente, ni usted mismo sepa cómo se llaman sus hijos.

4.- Aunque, en principio, parezca justificado ponerle a su hijo el nombre del caballo que, gracias a una atinada apuesta, lo hizo millonario en el hipódromo, así sea Centella o Relámpago el nombre del cuadrúpedo, no parece, sin embargo, que sea lo más recomendable. Pocos años después, cuando ya se haya arruinado, el nombre de su hijo sólo le traerá malos recuerdos y terminará proyectando sobre él toda su frustración.

5.- De ninguna manera busque un nombre que haga juego con el apellido por más que le parezca graciosa la combinación.

Una cosa es que se apellide Rosales y otra que, además, tenga que llamarse Rosa; o que bautice como Florencio a quien se apellida Flores. Piense que los nombres, en principio, son para toda la vida.

21 de febrero

Si alguien está pensando que voy a empezar aquí alguna existencialista disquisición filosófica sobre divinos designios o humanos destinos, sepa que está muy equivocado.

Al margen de que no soy ajena a la clase de mundo al que llego y las opiniones que al respecto me reservo, de entrada les confieso que estoy muy feliz de haber nacido.

Y he nacido hoy, a las cuatro horas, nueve minutos, con mi madre exhausta tras incontables pujas y 26 horas de espera, y en presencia del ginecólogo, la partera, su ayudante y mi padre. Un sonoro estornudo fue la manera en que resumí mis primeras impresiones para la prensa que, afortunadamente, no cubría el evento.

Cumplido el engorroso trámite de Aduanas, con la documentación en regla y nada que declarar, excepción hecha del estornudo ya citado y los dos kilos con 700 gramos de peso que traía de equipaje, en una sala anexa al desembarco, se me ha servido, a la cama y en tetera, un sobrio desayuno a base de lácteos. Al agasajo, gentileza de mi madre que se ha ocupado de hacerme los honores, también ha asistido mi padre.

Tras un breve recorrido por pasillos y ascensores, siempre en compañía de mi madre, y una vez mi padre estacionara la camilla en la habitación 301, he podido, finalmente, conciliar mi primer sueño. Eran las siete de la mañana.

El resto del día lo he pasado ocupada en esos habituales menesteres que se nos suponen los primeros días y a los que, sospecho, voy a tener más adelante que referirme con holgura: comer, dormir y hacer mis necesidades fisiológicas, además de llorar para informar que tengo hambre, que ya no tengo hambre, que deben cambiarme el pañal, que me lo han puesto

al revés, que no me tome en brazos la parienta de los siete perfumes y, por supuesto, escuchar a familiares e interesados, incluyendo la propia partera, el notable parecido físico que guarda mi apéndice nasal con el de la bisabuela de mi madre y la increíble similitud de mis orejas, especialmente los días de lluvia y a la caída de la tarde, con las de la tía Asun.

22 de febrero

Sigo en el hospital, aunque todo hace suponer que mañana, si no hay inconvenientes, seré trasladada a casa.

Al margen de mis cotidianas ocupaciones, las mismas que ya citara, hoy he conocido a algunos otros parientes. De justicia es reseñar que tanto los familiares de mi madre como los de mi padre son encantadores, gentiles, amables, desprendidos, cariñosos... me atrevería a decir que hasta... familiares.

Lo que no acabo de entender es esa marcada tendencia que padecen a hablarme con atiplada voz, cargada de diminutivos y onomatopeyas, cuya traducción resultaría imposible para cualquier filólogo y que casi siempre termina haciéndome llorar.

Claro que, tras los llantos, y en los mismos ridículos tonos, comienzan las conjeturas familiares sobre si tengo hambre, si mi llanto se debe a un repentino dolor de estómago o si me habré “ensuciado”, únicos supuestos que se les ocurren para explicar lo que, simplemente, era mi desconcierto por el coro de estilizadas vocecitas a mi alrededor. Estoy deseando observarme en un espejo y confirmar si, en verdad, soy tan diminuta como sus expresiones sugieren, o si algún rasgo en mi persona es la causa de su peculiar manera y tono de hablar.

Luego de una doble ración de seno, de un nuevo cambio de pañal y de pasar por los brazos de todos los reunidos, he sido depositada en la cuna sin que cesaran, en ningún momento, las “chiquitirrinias” expresiones de alegado júbilo por mi “prechiochísimo” nacimiento.

A propósito del mismo, quiero aprovechar este párrafo tan familiar, para agradecer a tías, tíos y demás parientes, algunos de los obsequios que se me han hecho, como los sabrosos bombones que se han comido mis padres, las ricas pastas que

se han comido mis padres, y las hermosas flores que han olido mis padres. Una de las razones por las que escribo este diario es, precisamente para evitar que el tiempo borre la memoria de estos días y no pueda en el futuro corresponder a tantos cumplidos y detalles.

Aunque para detalles, el que ha tenido la vecina de cama de mi madre recomendándole a ésta ponerse hojas de berza en los senos después de amamantarme. Tampoco fue idea suya. Al marido de la señora se lo había contado una tercera persona que, a su vez, lo había leído en no se sabe qué especializada revista, encontrada en no importa qué consultorio médico.

Es por ello que, desde ahora y hasta que pase la temporada de la berza, estoy condenada a desayunar, comer y cenar leche con berza. Por si el olor no fuera suficiente su sabor queda impregnado en los senos de mi madre y, a veces, ni yo sé qué es lo que estoy mamando, siempre en el temor de que mi madre se olvide de sacarse la hoja antes de pegarme a su teta, o que vuelva a confundir la berza con la servilleta con que limpia mis babas.

No dudo que prácticas semejantes sean las responsables de la tradicional repugnancia que los bebés sentimos, inicialmente, por las verduras.

El llanto y los bebés

El que venimos al mundo llorando es, posiblemente, una de las pocas aseveraciones sobre los bebés que se ajustan a la verdad. Y por si algún bebé, con la prisa del parto, se olvida de llorar, para eso está la partera que, a discretos golpes, logrará que el bebé que no lloró a la entrada lo haga a la salida, en la exigencia de un llanto que pruebe su vida.



Escribió alguna vez Lord Byron, que "el ser humano es un péndulo entre la risa y el llanto". Y me pregunto... ¿quién ha parado el reloj?

Oportuno sería que los médicos explicaran porqué, en la demostración del mismo y vital soplo, no nos cuentan chistes o nos hacen cosquillas para que riamos. Obviamente, requiere menos esfuerzo propinarnos las llamadas “palmadas” que ingeniárselas para que demos constancia de estar vivos de otras maneras menos traumáticas.

Los psicólogos, cómplices de las parteras en tan temprana demostración de malos tratos, nunca se han referido a las repercusiones que en los recién nacidos provocan las citadas

palmas, las secuelas que en nuestras vidas puedan dejar esos primeros golpes. Y no van a ser los únicos recibidos.

La excusa de que "saquemos los gases", de que eructemos después de las exclusivas tomas de leche a que se nos somete, va a servir de coartada, también, a los golpes que nos propinan nuestros padres en la espalda o el estómago y que, al igual que los médicos, se justificarán en nuestro beneficio. Frecuentemente, las abuelas de las víctimas son las encargadas de adiestrar a los padres en las citadas golpizas que por la sutileza con que se dan ni siquiera dejan huellas, dificultando su posible denuncia en los juzgados.

De ahí que a nadie deba extrañar, luego de semejantes experiencias, que llorar se convierta no sólo en nuestra primera manifestación de vida sino también en la actividad que más y mejor vamos a ejercer, al menos, en los primeros meses de nuestra existencia.

Al llanto inicial como respuesta a las palmadas recibidas en hospitales y hogares, llanto común y semejante al de cualquier adulto cuando es maltratado, sigue otra clase de llanto que tiene en la necesidad de comunicar su razón de ser.

Lloramos para reclamar atención, afecto, cuidados, comida, todo aquello que nos es vital y que no siempre recibimos ni en el tiempo ni en la forma debida. Llorar es nuestro primer lenguaje, nuestra forma de hablar, nuestra personal y casi única manera de comunicarnos con el mundo.

Dependiendo de la necesidad, el llanto va a desarrollarse de manera gradual, expresándose de menos a más en función de la respuesta que provoque, y va a estar acompañado de otras manifestaciones, gestos y ademanes que tienen por objeto esclarecer el mensaje a emitir por el bebé.

Fases del llanto

Aunque hay excepciones, porque cada bebé es único y, en consecuencia, irrepetible, podemos hablar de tres fases comunes.

-Primera Fase o Fase del Balbuceo: Fase caracterizada por breves y discretos balbuceos. Regularmente aparecen acompañados de mohines de desagrado, los conocidos como "pucheros", hondos suspiros y gemidos ocasionales. Cuando el llanto se debe a carencias alimenticias es frecuente, en esta fase, la exhibición de la lengua y un aumento considerable de la salivación con amplia profusión de las populares babas. Es una fase de advertencia.

-Segunda Fase o Fase del Grito: Ante la falta de respuestas satisfactorias el bebé aumenta el tono e intensidad de su queja prorrumpiendo en llantos entrecortados y lastimeros que movilizan su entorno. En esta fase es común el movimiento intermitente de brazos y piernas en reclamo de atención. Suele aparecer a los diez minutos, aproximadamente, de haberse iniciado el llanto y oscila entre el clamoreo y el vocerío que caracteriza sus últimas expresiones. Es una fase de amenaza.

-Tercera Fase o Fase del Berreo: También llamado berrinche, el berreo tiene lugar inmediatamente concluye el vocerío, caso de no haber sido atendida la demanda del bebé. El llanto, permanente, se vuelve bulloso, estridente, insoportable hasta para nosotros mismos. Es una fase de consumación de advertencias y amenazas.

Cómo distinguir los llantos

La mayoría de nuestros llantos se deben a las razones que he venido citando: sensación de hambre, hambre, mucha hambre, muchísima hambre, hambre absoluta...También por ese beso, por ese abrazo que no siempre aparecen.

Todos estos llantos tienen en común las tres fases citadas.

A veces, sin embargo, la razón del llanto puede ser una dolencia física: un dolor de estómago, una otitis, un padre pirómano que por no quitarse el cigarrillo de la boca te acerca la brasa a la cabeza, o una madre “distraída” que te sirve el biberón hirviendo para que te escaldes la boca, la garganta, el esófago... En estos casos, no hay segunda fase. El llanto pasa del cero al infinito en una décima de segundo, exactamente lo que tardamos en contraer el rostro, cerrar los ojos y abrir la boca con toda la generosidad posible.

Si los otros llantos, incluso los fingidos, se suceden de manera gradual, no va a ocurrir así en este caso. No hay balbuceos ni gemidos entrecortados. Sólo el grito en su más desgarrador ejemplo.

Tópicos paternos sobre el llanto

Corrientemente vamos a oír comentar a muchos padres, con los que voy a evitar los adjetivos, que los bebés lloramos “por llorar”. Otros, aún van más lejos y señalan que los bebés lloramos “por joder”. Y en este punto me parece obligado establecer la diferencia entre llorar y joder porque no sólo la hay sino que, además, ofende.

Llorar por llorar, en todo caso, descubre una adicción al llanto, un gusto del bebé en llorar. Por razones que bueno sería

analizar y que yo no voy a hacer, el bebé que llora encuentra en su propio llanto un motivo de satisfacción tan placentero que, desde que se acuerda, sin que venga a cuento, llora, con la misma naturalidad con que los adultos silbamos o tosemos. El bebé que llora por llorar no llora contra nadie, llora para sí mismo. Llorar es lo que importa, lo prioritario. Llorar por llorar es, por tanto, una propuesta orgánica.

Llorar por joder implica, sin embargo, una maquinación. "Joder" es una propuesta mental y deliberada, que tiene su asiento en la voluntad del bebé. Para quien llora por joder, el llanto es secundario, lo prioritario es joder.

Y no voy a detenerme en más consideraciones ni voy a referirme a la evidente proyección que hacen los padres sobre los bebés al reprochar en éstos sus propios juicios, porque, en cualquiera de los dos casos, lloremos por llorar o por joder, ambas premisas son falsas e interesadas.

Excepto raros casos, detrás de cada llanto siempre hay un porqué. Puede ser cualquiera de los que ya hemos visto o uno de esos en los que nunca reparan los padres: un maldito botón del pijama que se nos incrusta en los riñones, una bellísima chaquetita de lana cuyas hilachas no podemos sacarnos de la boca, el último discurso de Rajoy, otro impune bombardeo del imperio, puede ser, incluso, un llanto preventivo o de rutina, un llanto humanitario, en misión de paz, pero siempre va a haber un motivo, una razón que explique el llanto.

El que los padres no sean capaces de descubrirlo, no sepan verlo, no anula la razón del llanto por más que sea más fácil, antes de reconocer la propia ignorancia, suponerle al bebé hasta la capacidad de entretejer intrigas. "No están maduras, dijo la zorra". Lo que no sé no existe, dicen los padres.

Otro de los argumentos más socorridos de los padres cuando no saben responder al justo reclamo del llanto de un hijo es razonar: "Ya se le pasará...no es bueno que se malacostumbre". Se refieren los padres a la "malacostumbre" de los bebés de demandar más atención, más afecto, más cuidados, cuando no los reciben. Y son los padres, designados por ellos mismos, los que van a establecer cuál es la medida de la buena costumbre, hasta dónde se debe complacer el reivindicativo llanto, durante qué tiempo, de qué manera, qué días. Pocas veces le suponen al bebé otro derecho que no sea llorar y, en cualquier caso, para desconocerlo.

A ellos no les importa que nos malacostumbremos a la infame programación televisiva de la que viven cautivos; no les preocupa que, ya para los tres meses de vida, estemos pendientes del cáncer de la famosa tonadillera, de la posible boda de la única princesa soltera que queda en Europa o de la mala racha de la Real Sociedad. Tampoco les importa que nos malacostumbremos a todas sus cotidianas miserias.

Su preocupación siempre va a correr paralela al esfuerzo que se les demande con el agravante de que la cantidad de esfuerzo, también la determinan ellos.

Todos los días la misma insoportable letanía para justificar que se haga siempre su voluntad. A todas horas la misma excusa para que a nadie quepan dudas sobre la identidad de los que mandan.

Y, además, el cínico tufillo didáctico que añade al pretexto una cierta cobertura pedagógica. Al fin y al cabo, es por nuestra buena educación, por nuestro bien, que "no hay que malacostumbrarnos".

Cómo llorar, cuándo hacerlo y contra quien

Suerte que no todos los padres son tan intransigentes e intolerantes como quienes nos han servido de referencia en anteriores ejemplos. Frente a los demás padres, al igual que ante otros familiares, saber cuándo y en qué tono debemos llorar, puede ser la diferencia que separe el éxito del fracaso.

Cuando, además de llorar, “aprendamos” a llorar, es que los padres van a tener motivos para preocuparse.

En este punto, y sólo en atención al personal compromiso que asumo al redactar estas notas en relación a la veracidad de las mismas, me siento en la obligación de revelar algunos aspectos muy poco conocidos en los llantos de los bebés. Tal vez no sea lo más prudente y, al igual que los magos guardan escrupuloso y profesional silencio sobre la forma en que efectúan sus trucos, yo tampoco debiera esclarecer en este diario los secretos y artes de nuestros llantos pero, repito, sólo por respeto a la verdad y a ustedes, lo voy a hacer.

Existen unas reglas básicas que todo bebé debe seguir para que su llanto sea efectivo.

-Primera regla: Lo primero que debemos hacer los bebés es estudiar la personalidad de los padres y familiares más allegados, como abuelos y tíos. Sólo así estaremos en capacidad de explotar sus debilidades y hacer nuestra voluntad.

Aquellos familiares cuyas visitas son menos frecuentes, a los que apenas vemos, son más susceptibles de ser manipulados. En general, nuestros llantos son más efectivos con quienes nos visitan sólo esporádicamente que con aquellos que pasan por la casa de manera regular.

Son más vulnerables a nuestros llantos los familiares que no tienen hijos que aquellos que sí los tienen, como es más fácil

conmover a aquellos parientes cuyos hijos ya son adultos que a quienes tienen bebés.

-Segunda regla: Bajo ningún concepto debemos renunciar a los logros obtenidos. Una vez, en virtud del llanto, hemos sentado un precedente, debemos mantenerlo y conferirle rango de ley. Si un día, después de haber desplegado todas las artes del berrinche, conseguimos que se nos bañe antes de cenar, por ejemplo, de ninguna manera deberemos aceptar que al día siguiente el baño se posponga para mejor ocasión. Tan importante como el logro de una reivindicación es mantener su conquista.

Si el recurso del llanto nos ha servido para suprimir la coliflor o la berza de nuestra dieta el lunes, no es admisible que el martes terminemos aceptando semejante propuesta alimenticia. Todo el llanto derramado el día anterior no habrá servido de nada si permitimos que vuelva a imponerse la citada verdura.

-Tercera regla: No siempre, por más desgarrador que el llanto sea, es acompañado por el éxito. Con dolorosa frecuencia podemos encontrarnos con más resistencia de la esperada, especialmente, en el caso de la madre. Para cuando las lágrimas no son suficientes, conviene saber que el llanto no es la única herramienta que podemos manejar. Unas buenas arcadas, un nauseabundo vómito, pueden resultar más efectivos que el llanto, incluso, en su versión histérica y, sobre todo, menos agotadores.

-Cuarta regla: La fatiga en los padres así como sus eventuales diferencias siempre van a jugar a nuestro favor. Debemos explotarlo sus debilidades en nuestro beneficio, calibrando en

cada momento con quien debemos mostrarnos más intransigentes y llorosos y con quien más complacientes.

-Quinta regla: Conviene que nuestro llanto o el tipo de queja que implementemos no sea demasiado clara, demasiado evidente en sus propósitos. De ninguna manera es bueno que seamos nosotros, los bebés, quienes exponamos la naturaleza del problema y su posible solución. Para el ego de nuestros padres y el éxito de nuestra empresa, es bueno que sean ellos, por sí mismos, los que arriben a las conclusiones debidas y den, por consiguiente, con las respuestas correctas. Si el problema es el hambre, por ejemplo, no es prudente que se lo hagamos saber de manera taxativa. Es preferible, en este sentido, manejarnos en el terreno de la insinuación, por supuesto llorosa, y esperar que sean ellos los que den con la respuesta. Creer que nos interpretan debidamente, no por lo que los bebés podamos expresar sino por lo que ellos sean capaces de deducir, es la garantía de un seguro triunfo.

-Sexta regla: A veces, también es conveniente saber perder una batalla si ésta nos abre las puertas de la victoria en la guerra. Por ello es importante que, ocasionalmente, establezcamos llorosas escaramuzas por asuntos nimios, de ningún interés para nosotros, de manera que puedan los padres imponer sus criterios y reafirmar su liderazgo. En el siguiente conflicto que tengamos con ellos, posiblemente, se muestren más generosos con nuestras demandas.

-Séptima regla: La elección del momento adecuado es clave para el buen desenvolvimiento de nuestro llanto. Cualquier reivindicación que vayamos a hacer cinco minutos antes de que,

por ejemplo, se inicie el programa estelar por la televisión, será satisfecha de inmediato.

-Octava regla: Son muy peligrosos los momentos en que ellos están muy eufóricos o deprimidos, porque por exceso o por defecto, en esas circunstancias, suelen mostrarse poco tolerantes a nuestras quejas. Si están, por ejemplo, lanzándose reproches a la cabeza y compitiendo en ver quien grita más, no es prudente que a la crisis incorporemos nuestros llantos. Conviene permanecer en calma, como si no estuviéramos siendo testigos de sus vergüenzas.

Clases de llanto

1.- Llanto de Ablandamiento: También llamado de Persuasión, se caracteriza por un permanente lloriqueo de baja intensidad, sumamente monótono, acompañado de quejidos ocasionales, cuyo propósito es ir minando la resistencia de los padres antes de desencadenar la ofensiva final en el logro de los objetivos trazados.

2.-Llanto Guerrillero: Llanto de breve exposición que se reitera, esporádicamente, alternando sus lacrimógenas manifestaciones con otras más comunes, incluso, alegres. Durante uno o dos minutos el bebé se agita, grita, berrea, llevando la inquietud a su alrededor y creando la natural alarma. Una vez se movilice el entorno, esa será la ocasión elegida por el bebé para, bruscamente, interrumpir el llanto y prodigarse en sonrisas y en entrañables gagueos que, minutos más tarde, cuando ya la calma en el hogar se haya restablecido, volverán a dar paso a nuevos gritos y berreos.

Conviene que los accesos de llanto se dispersen por toda la casa. Si el primero tuvo lugar en el baño, oportuno es que el segundo se ejecute en la cocina, y el tercero en el pasillo. De esta manera se acentúa el desgaste psíquico de unos padres a los que se fuerza a un vía crucis por la casa, siempre detrás de los llantos.

El llanto Guerrillero no es continuo ni busca el enfrentamiento directo. Su propósito es alterar, sacar de quicio a los padres, sea para minar su resistencia de cara a futuras contiendas, sea como preludeo de un ataque de llanto inmediato y definitivo.

3.-Llanto Compungido: Llanto sumamente eficaz que algunos bebés somos capaces de elevar a la categoría de arte. Prácticamente, carece de sonido, limitándose éste a enternecedores gemidos intermitentes, acompañados de dramáticas muecas de singular tristeza. Lo gestual en esta clase de llanto, a lo que mucho ayudan los ojos de "cordero degollado"(*) tiene más importancia que el llanto mismo. Los llamados "pucheros" son una de sus expresiones más usuales.

(*) Les confieso que no sé como es que ponen los ojos los corderos instantes antes de ser degollados porque nunca, a Dios gracias, he asistido a semejante espectáculo, pero por lo que he oído el símil se presta.

4.-Llanto Preventivo: Llanto breve y de baja intensidad cuya característica principal es que siempre se emite a altas horas de la madrugada, cuando ya todos en la casa duermen y que sólo busca perturbar el sueño de los padres, llevar la zozobra, la intranquilidad a su descanso, de manera que ni siquiera dormidos lleguen a olvidar que al lado de la cama, en su cuna, o en la habitación próxima, hay alguien más.

Esta clase de llanto no persigue un objetivo próximo ni la resolución inmediata de una demanda insatisfecha. Su razón de ser es, exclusivamente, intimidar.

5.-Llanto de Desestimación: Llanto ocasional cuyo objetivo es evitar el conformismo paterno. Suele producirse, precisamente, una vez los padres hayan tenido una buena idea para pasar la tarde, o encontrado tiempo para un fin de semana en la playa o en el campo.

El llanto de desmotivación se da, generalmente, los domingos y festivos, a la vuelta de los paseos, al salir de las heladerías o al terminar la película. Así no haya razón alguna, el bebé llora para que los padres no incurran en el error de pretender que, con su festiva iniciativa dominical, ya han satisfecho sus compromisos y no están obligados a nuevos esfuerzos.

6.- Llanto de Desprestigio: Esta clase de llanto, que se efectúa siempre delante de testigos y en espacios públicos, sea la calle, un supermercado o una cafetería, busca poner en evidencia a los padres de manera que el llanto cuestione su presunta capacidad y experiencia, cuando no insinuar, incluso, la posibilidad de malos tratos.

Ante el súbito e inconsolable llanto del bebé que, no por casualidad, ocurre siempre frente a vecinos y parientes, los padres, avergonzados, improvisan, una tras otra, todas sus posibles artes disuasorias sin que ninguna resulte efectiva, padeciendo el lógico y público descrédito. Los testigos, solidarios con el llanto del bebé, censurarán la torpeza con que el padre carga a la criatura, el desconocimiento de la madre a la hora de aplicarle el seno a su bebé, y cualquier otra deficiencia que adviertan o supongan.

Llama la atención en esta clase de llanto que, de haber más de un bebé en el área, los demás aprovecharán el llanto del primero exhibiendo sus más angelicales gracias y saberes, para mayor bochorno de los padres del llorón.

7.-Llanto Kamikaze: El más común y popular de los llantos. Carece de cualquier sutileza o discreción y se caracteriza, sobre todo, por su exposición abrupta, explosiva y directa. A diferencia de otros llantos, el Kamikaze tiene por objeto la reivindicación de una exigencia urgente que debe ser atendida en términos inmediatos, sin derecho a apelación ni demora. Se acompaña de otros muchos recursos que refuerzan la demanda del llanto, como pataleos, vómitos y abundante lagrimeo.

Aunque registra un alto porcentaje de efectividad, sin embargo, el inusual despliegue de energía que necesita su ejecución hace que, en ocasiones, provoque tal desgaste en el llorón que termine por dormirlo.

23 de febrero

Hoy abandoné el hospital y conocí mi casa. El hospital era provisional, la casa también. Confío en que mis padres no lo sean.

Sí, no estoy de buen humor. También a nuestra edad nos pasa y el de hoy, con todo y la alegría de llegar a mi casa, me ha dejado la preocupación de tener que volver mañana al hospital para que revisen mis niveles de bilirrubina. Debo coger sol, dice el pediatra; debo ganar peso, señala la enfermera; debo cagar más, agrega la vecina... debo, debo, debo... acabo de nacer y ya no sé cuántas son mis deudas. Todavía no me han salido los dientes y ya tengo deudas con el universo, con la anatomía, con mis padres...y aún no termino de deber porque, cuando creo haberme liberado por el día de hoy de declarar más débitos, viene mi padre a recordarme que, también, “debo dormir”.

Si es esta una pedagógica manera de ir preparando mi futura integración a la sociedad, la conversión de mi persona en un crédito hipotecario o de registrar mi nombre a plazo fijo, sépase desde ya que no va a dar resultado, así que confío en que todo se quede en una triste... coincidencia.

24 de febrero

He salido por primera vez de paseo y sé que, dicho así, puede parecer que me refiero a lo que cualquiera entiende por un paseo, ese caminar las calles lentamente, deteniéndose apenas en las vitrinas de los escaparates o lo justo para conversar con alguien... pero no, mi paseo ha sido cualquier cosa menos propio. Poco hubiera importado que no fuera así porque, en cualquier caso, mi vista todavía no alcanza a reconocer nada que esté más allá de los veinte centímetros de mis ojos, con lo que la vitrina del escaparate, el hermoso jardín o los patos del río, por citar algunas de las maravillas por las que he cruzado, siempre quedaban demasiado lejos. Como quiera, aunque tampoco mi visión fuera el inconveniente, desde el fondo del cochecito lo único que puede alcanzarse a ver son las copas de los árboles y, para evitarlo, es que se inventaron las capotas de los cochecitos, con lo que si alguien está esperando que le cuente mis primeras impresiones sobre el pueblo de Azpeitia, lamento reconocer que no tengo nada que decir.

La única satisfacción del pretendido paseo, descartado el goce de la imagen, era el suave traqueteo del cochecito, sumamente relajante, que hubiera acabado por dormirme de no ser por las constantes pausas que hacía mi madre para saludar a todas las personas conocidas con las que se encontraba que, en un pequeño pueblo como este, suelen ser todas. Y cuando se agotaron en Azpeitia los encuentros y los saludos, se trasladó a Azkoitia, el pueblo vecino, para que ni siquiera en el trayecto dejaran de aparecer tías, primos, viejas amigas, vecinos, el cartero, la de la panadería...

Naturalmente, a cada parada precedía una interminable sucesión de jubilosas admiraciones, la primera de las cuales era

siempre la misma: ¡Ay que chiquirritina! Después venían los inevitables parecidos que solían prolongarse por cuatro o cinco minutos, y el encuentro terminaba con la última versión del parto que, mi madre, para no aburrirse, modificaba en sus detalles dependiendo de con quien se encontrara. Fue así que al nacer pesé 3 kilos en una versión, 5 en la segunda y 9 en la última; que el parto que se prolongó por 26 horas, también fue inmediato, y que dos horas después de haber nacido ya jugaba al ajedrez con la partera.

"Es para que coja sol, para que coja aire, para que se distraiga..." son algunas de las razones con que los padres justifican sacarnos de paseo. Razones muy válidas todas si no fuera porque la capota nos evita el sol; el cochecito nos limita el aire; y el traqueteo nos duerme.

Darí­a lo mismo que nos dejaran a solas en el balcón, al aire libre, y salieran los padres con el cochecito a pasear el mantón con que a veces nos cubren y otras nos tapan.

Y no es que una tenga nada contra los paseos pero bien harían los padres en responder primero qué es lo que pasean, si sus hijos o sus egos.

Para tomar el sol o el aire, por ejemplo, una arboleda puede ser un lugar más adecuado que una taberna; una plaza un sitio más agradable que un supermercado; y la ribera del río un espacio más apacible que una fábrica.

Y en cuanto a eso de que me "distraiga", la verdad, me inquieta esa urgencia de mis padres por distraerme. Me pregunto de qué quieren apartarme, en qué quieren que deje de pensar, qué saben mis padres de mi pasado que yo ignoro.

¿De qué debo distraerme? Yo que, muy a pesar mío, me limité al día de hoy a comer y a hacer espacio a la siguiente ingesta, que todavía ignoro qué es una pena y qué una carcajada, y que

duermo hasta despierta... ¿Por qué quieren distraerme? ¿Qué es lo que les aburre de mi aburrimiento?

En fin, que por hoy no voy a distraerme más con tan absurdas divagaciones, que Morfeo ya me está convocando, que me siento cansada... y los ojos... distraídos, van bostezando luces... y apagando bocas... y nada me distrae que no sea el...sueño.

Los cuentos que nos cuentan

Con los cuentos, al igual que con las canciones, estamos necesitando una profunda renovación del inventario. La mayoría de los cuentos que, actualmente, los padres hacen a los hijos, como Caperucita Roja, La Cenicienta, Blancanieves, Pulgarcito, El Gato con botas, Pinocho, La casita de chocolate, Los tres cerditos, El soldadito de plomo, Alí Babá y los 40 ladrones, tienen más de un siglo atormentando cunas y desvelando sueños.

Padres que aseguran ser muy cuidadosos a la hora de proteger la integridad de sus hijos para según que cosas, sin embargo, muestran para otras un descuido que raya en la complicidad.

Y es que, a no ser que tengan algún secreto deseo de introducir a sus hijos, a tan corta edad, en las mundanas truculencias del crimen en cualquiera de sus formas, no se explica el amplio surtido de cuentos que les ofrecen y en los que no hay delito consignado en el código penal que no tenga acomodo.

Y, además, la exposición a semejantes horrores, dicen los padres, sólo trata de facilitar el sueño de los hijos, de ayudarlos a dormir.

Se trata, obviamente, de una complicidad que agrega a la culpa, la nocturnidad y el abuso de confianza.

Desde los casos de canibalismo registrados, con ogros capaces de comerse a sus siete hijas, hasta el abuso laboral a que se sometía a Cenicienta por parte de quienes eran, al mismo tiempo, familiares y empleadores, pasando por la espantosa muerte, abrasada viva, de una anciana en un horno, todas las faltas a la moral y al orden, a la inteligencia y a la honestidad, se dan cita y hacen fiesta en los cuentos que nos cuentan.

Reinas celosas que envenenan a jóvenes doncellas, verdugos conminados a cortar cabezas, cazadores que arrancan

corazones, brujos perversos, enanos gruñones, bandas organizadas de ladrones, epidemias de ratas, lobos hambrientos, caperucitas rojas, gatos con botas dedicados a la estafa en beneficio de amos que usurpan identidades y se dicen marqueses y lo son de Carabás, todos los desmanes y desgracias del mundo que nos aguarda, nos son reveladas a tan temprana edad y de tan cruda manera.

El abandono y maltrato a menores de edad es una constante en cuentos como Pulgarcito y Hansel y Gretel, niños abandonados, hasta dos veces, por sus padrastros. El robo de tesoros, alimentos y ropa, también es habitual en la mayoría de los cuentos, como la discriminación de los patitos feos o de los Juan "sin miedo", la mentira en Pinocho, o la corrupción municipal en ayuntamientos como el de Hamelín.

Cuentos como "El gato con botas" constituyen una detallada guía de la estafa aplicada al arribismo social para que un desheredado trepe y se haga dueño de fortuna y castillo, amén de casarse con la hija del rey, en lo que algunos llamarían braguetazo real.

Y preguntas, muchas preguntas que, cuando el cuento acaba, se quedan sin respuestas. ¿Cuándo va a ser que al soldadito de plomo al que le faltaba una pierna, se le va a reconocer la invalidez permanente? ¿Por qué no le gestiona la Seguridad Social una prótesis? ¿Han vuelto los padrastros de Pulgarcito a abandonarlo en la espesura del bosque? ¿Sigue siendo Caperucita tan idiota? ¿De quién era en verdad el zapato que el príncipe aseguró le servía a Cenicienta? ¿Quién seguía, realmente, a Cenicienta en la fila? ¿Qué medidas ha adoptado el Ministerio de Trabajo con las hermanastras de Cenicienta? ¿Si el lobo no se comió a ningún cerdito qué fue entonces lo que cenó esa noche? ¿Construyeron los cerditos sus casas en terrenos públicos? ¿Eran cómplices el flautista y las ratas?

¿Cómo es que se llamaba el jefe de los ladrones al que todos confundimos con Alí Babá? ¿Por qué Gepeto no disfrutaba de ningún plan de jubilación?



"¿Qué medidas ha adoptado el Ministerio de Trabajo con las hermanastras de Cenicienta? ¿Si el lobo no se comió a ningún cerdito qué fue entonces lo que cenó esa noche? ..."

Propuestas nuevas

Para que no se diga que una sólo critica y no ofrece alternativas a los cuentos que censura, aquí dejo constancia de dos cuentos de mi padre que pueden leerse sin mayores quebrantos... y sin menores también.

El duendecillo y la luna

Había una vez un frondoso bosque en el que la naturaleza había reunido todas las bondades de la vida. Desde hayas y robles de curtida madera y profundas raíces, hasta flores silvestres de singular belleza, pasando por los clásicos manantiales de agua, por supuesto cristalinas, aquel era un bosque de ensueño en el que tampoco faltaban las típicas avecillas de vivos colores y melodiosos trinos. Era uno de esos bosques maravillosos, tan habituales en los cuentos, y así lo creía también el duendecillo que había levantado, entre su espesura, su acogedora cabaña de madera.

El duendecillo siempre había tenido lo imprescindible para vivir y en el bosque encontraba agua, comida y cobijo. Todas las lechuzas y ardillas y pájaros del bosque lo apreciaban y, en su compañía, felices transcurrían sus años.

Acababa de llegar la primavera y las avecillas festejaban el buen tiempo mientras las flores, agradecidas, exhibían sus virtudes. Sólo el duendecillo parecía no darse cuenta de la fiesta de colores y fragancias que se vivía en el bosque.

No había dormido y eran ya muchas las noches en que no lograba conciliar el sueño. A pesar de ser feliz, algo preocupaba al duendecillo que lo había transformado en otro duende, algo que no quería compartir con nadie.

Desde hacía algún tiempo, tanto como duraba su tristeza, al duendecillo se le había metido en la cabeza la idea de alcanzar la luna y, amarrado a ese sueño, nada más parecía importarle.

Apático y melancólico, al duendecillo sólo le preocupaba hacer posible su obsesión de llegar a la luna.

Iba y venía por el bosque sin que las flores lograran atraer su atención. Sólo la luna le importaba.

Algunas noches acudía a un pequeño claro que se abría en el bosque y allí permanecía largas horas, inmóvil, fijos sus ojos en la luna, hasta que vencido por el sueño y sin poder dormir, regresaba a su cabaña más perturbado que nunca.

Un día en que, cabizbajo, paseaba por el bosque, casi se dio de bruces con el roble más alto y, al observarlo, pensó que si trepaba por sus ramas y alcanzaba la copa del árbol, le resultaría muy fácil dar un salto y encaramarse sobre la luna. Desde el claro del bosque muchas veces había sorprendido a la luna recortándose sobre los árboles, así que lo único que tenía que hacer era esperar que anocheciera y trepar hasta alcanzarla.

Y dicho y hecho, desde que el sol se puso, inició su ascensión.

Alarmado el árbol porque el duendecillo, conforme trepaba, iba derribando ramas, frutos y nidos, advirtió a éste las consecuencias de su torpeza, pero el duendecillo no estaba dispuesto a aceptar consejos de nadie y siguió trepando y derribando cuanto obstáculo se interpuso entre él y su sueño.

-¡Calla y no te muevas tanto, que me vas a hacer caer! -advirtió el duendecillo hasta alcanzar finalmente la copa del árbol.

Sin embargo, aún desde allá arriba, la luna seguía siendo inalcanzable y, enojado, el duendecillo descendió del árbol culpándolo de su fracaso.

-¿Y para qué la altura, si no te ha servido para ayudarme a llegar a la luna?

Irritado, el duendecillo descargó su frustración contra el pobre árbol. Fueron tantos los golpes y patadas que le propinó que el gigantesco roble se desplomó y en su caída arrastró a otros árboles hasta que ninguno quedó en pie en el bosque, pero ni cuenta se dio el duendecillo.

Ocurrió entonces que la avecilla que más lo estimaba fue a hablar con él tratando de ayudarlo.

-¡Vamos duendecillo, cuéntame lo que te pasa, que si está en mis manos gustosa te ayudaré...!

-Más bien está en tus alas -sonrió el duendecillo- y ya que lo dices...hay algo que puedes hacer por mí. Necesito que me lleves a la luna.

-¿Es una broma? -preguntó ingenua la avecilla.

-No se trata de ninguna broma -confirmó muy serio el duendecillo- Quiero llegar a la luna y tú me vas a ayudar. Me agarraré a tus patas y tú te elevarás hasta dejarme sobre ella.

-Pero eso no va a ser posible... -se excusó la avecilla.

-¿Tú vuelas, no?...pues lo único que te pido es que lo hagas.

Antes de que pudiera la avecilla alegar nada más ya el duendecillo se había agarrado a sus patas y, resignada, optó por intentarlo pero, apenas se había levantado unos cuantos metros, comprendió que su esfuerzo, tal como temía, no bastaba e insistió en descender.

-No puedo, de verdad, no puedo...Ya las alas me pesan demasiado y no me quedan fuerzas...

-¡Vamos arriba, vamos...que ya veo más cerca la luna! -replicó el duendecillo- ¡No seas haragana y vuela!

La avecilla, sin embargo, agotada por el esfuerzo, se vino abajo, extenuada, golpeándose contra el suelo. Cuando el duendecillo se incorporó, todo su malestar se lo echó en cara a la avecilla a la que también culpó de su fracaso.

-¿Y para qué las alas si no has sido capaz de llevarme a la luna?

Era tanto el enfado del duendecillo, que las aves del bosque, abochornadas y sin nidos, levantaron el vuelo en busca de mejores horizontes donde rehacer sus vidas.

Ya casi era noche cerrada y el duendecillo se dirigió al río, tal vez buscando en sus orillas un poco de consuelo pero, para su sorpresa, lo que fue a encontrar acostada sobre las quietas aguas fue, precisamente, la ansiada luna.

-Mira por donde, yo buscándola en el cielo y ella esperándome en el río -pensó el duendecillo mientras saltaba sobre la luna hundiéndose en el agua.

Cuando emergió, nadó el duendecillo hasta la orilla sacudiéndose y tosiendo agua y lamentaciones.

-¿Y para qué el río si sólo sirve para reflejar la luna y no para tenerla?

Maldijo el duendecillo al río y, las aguas, dolidas comenzaron a extraviarse y confundirse.

Cuando finalmente regresó a su cabaña durmió toda la noche hasta que, entrada la mañana, despertó sorprendido de no escuchar, como acostumbraba, los habituales cantos de las aves.

Cuando abrió la puerta de la cabaña lo que vio lo dejó sin habla. Ya no había bosque. Sólo los troncos caídos que en su absurda pretensión de alcanzar la luna él mismo derribara. La belleza de las flores yacía ahora desfigurada, rota, bajo el peso de los árboles, y las aves y las ardillas y todos los animales del bosque habían huido en busca de mejores días. El río ya era tan sólo el cauce caliente y seco.

El duendecillo, al advertir las graves consecuencias de su torpeza, muy afligido, abandonó para siempre aquella que hasta entonces había sido su casa, aquel bosque generoso que tan buena vida le regalara y que sólo ahora que ya no existía era capaz de amar y recordar.

Dicen que desde entonces anda el duendecillo, arrepentido de su ingratitud, buscando niños y niñas que le ayuden a repoblar el bosque, para poder algún día, cuando de nuevo se levanten orgullosos y dignos los árboles y vuelva el río a ocupar su cauce, vivir en paz rodeado de todas las bellezas naturales que su obsesión destruyera.

Y con tiempo también para admirar la luna pero ya no para poseerla, sino por el placer de disfrutarla.

Cuentos de nuestros días

-Erase que se era un gracioso pollito, todo amarillito y que hacía pio pio...

-No papá, eso era antes de que le inyectaran hormonas... Ahora ya no dice nada. ¡Cuéntame otro cuento!

-Había una vez una simpática vaquita pastando en un prado y que hacía muuuuu, muuuuu...

-No papá, eso era antes de que la volvieran loca... ahora ya no dice nada. ¡Cuéntame otro cuento!

-Bueno... pero después a dormir...

-Vale...

-Erase una vez un lindo patito que se bañaba en el río y hacía cuá cuá cuá...

-No papá, eso era antes de que cogieran la gripe... ahora ya no dice nada. ¡Cuéntame otro cuento!

-Ya... ¿Otro cuento?

-Pero el último, que hay que dormir...

-Cuentan que un hermoso cerdito que vivía en una granja con sus cerditas y sus cerditos y que hacía oink, oink, oink...

-No papá, eso era antes de que agarrara la peste... ahora ya no dice nada. ¡Cuéntame otro cuento!

-¿Y después te duermes?

-Si papá...

¿De verdad?

-Que sí, que me duermo...

-Ya... bueno pues, las ovejitas tienen la fiebre aftosa; los perritos, la sarna; los gatitos, las pulgas; los ratoncitos, la rabia... Felices sueños, hija

-Vete a la mierda, papá.

León Felipe y los cuentos

El poeta León Felipe dejó escrito su parecer sobre los “cuentos” en un breve y contundente poema que no me resisto a recordar.

Sé todos los cuentos

Yo no sé muchas cosas, es verdad.

Digo tan sólo lo que he visto.

Y he visto:

que la cuna del hombre la mecen con cuentos...

Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...

Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...

Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...

Y que el miedo del hombre

ha inventado todos los cuentos.

Yo no sé muchas cosas, es verdad.

Pero me han dormido con todos los cuentos.

Y sé todos los cuentos.

Cronopiando

Por Koldo Campos Sagasetta

¿Dónde están las sonrisas que faltan?

Contaba Juan Carlos García en su columna de El Nacional de Santo Domingo "Breves, que te quiero breves" que un bebé sonrío, aproximadamente, 400 veces al día, a diferencia de un adulto que lo hace, en el mejor de los casos, en 30 ocasiones.

Se deduce por tanto que crecer, hacerse adulto, no contribuye a hacernos más felices si, la sonrisa, la más hermosa y humana expresión de que disfrutamos, es el costo que debemos pagar por "madurar", por convertirnos en hombres y mujeres de "provecho".

La natural sonrisa del bebé que agradece haber comido, haber descansado, que se sonrío simplemente cuando nos reconoce junto a él, que es capaz de amar y ser amado y de encontrar en el día cuatrocientas razones para celebrar una sonrisa, tal parece que, desde que se pone los pensamientos largos, muda sus risueñas maneras y termina transformando aquella que fuera su mejor sonrisa en una mueca hosca, inanimada, propia de quien ya ha perdido toda capacidad de asombro y de esperanza.

La cacareada "calidad de vida" sospecho tiene un funesto indicador en esa perdida capacidad de sonreír que se nos fue quedando por las esquinas de la vida.

Como terapia, las únicas sonrisas disponibles que nuestro estilo de vida nos permite, son esas amorfas contracciones del rostro, sonrisas desechables de poner y quitar que, cualquier día, aparecerán a la venta en las estanterías de los supermercados o podremos adquirir con la ayuda de un cirujano plástico que nos

esculpa en la cara, a gusto de cada quien, los buenos días y las buenas noches.

Y la única posibilidad de recuperar esas 370 sonrisas diarias perdidas desde nuestra infancia es hacer memoria, recordar qué es lo que nos permitía sonreír entonces, en qué perdidos valores, en qué extraviada moral levantó su derecho la sonrisa para poder reconducir nuestros pasos y ser, casi una vida más tarde, el mismo noble bruto capaz de agradecer haber comido, haber descansado, que ama y que es amado y que puede reconocerse al fin en ese otro, tan próximo y distante, con quien reconstruir una común y fraterna sonrisa.

Bastaría que nos atreviéramos a vernos en esos "locos bajitos" de que hablara Serrat, en esos para quienes nunca disponemos de tiempo y cuyas voces cargamos a la espalda. Bastaría que fuéramos capaces de verlos, de descubrirlos a nuestra alrededor, pero no para despedirnos sino para encontrarnos; no para censurarlos sino para entenderlos; no para instruirlos sino para educarnos, para aprender a vivir juntos.

Teatro

Para que nada falte, y en un esfuerzo por presentar nuevas alternativas a los viejos cuentos, aquí incluyo también una obrita de teatro infantil de mi padre, segunda parte del clásico de “Los tres cerditos”.

Los puerquitos hijos de los tres cerditos

Cuadro 1

Gruñendo su decepción, tres cerditos salen de una oficina de empleo.

- Cerdito 1.- ¡Puerca vida la nuestra, siempre la misma respuesta!
- Cerdito 2.- ¡No hay trabajo! ¡No hay trabajo! ¡No hay trabajo!
- Cerdito 3.- ¡Qué trabajo da encontrar trabajo!
- Cerdito 1.- Y digo yo, ¿de qué nos sirve tener estudios, trabajar como burros cuando aparece algún empleo precario, ser serios y decentes? ¿De qué?
- Cerdito 2.- No hay que perder la esperanza, hermano, verás como todo es mejor mañana...
- Cerdito 1.- Pero para eso será necesario que hagamos algo hoy... ¿y qué estamos haciendo?
- Cerdito 3.- (luego de una elocuente pausa) Por suerte que en otra vida debimos ser cigarras que aún nos quedan algunos ahorros...
- Cerdito 1.- Sí...algunos (refiriéndose a sus hermanos)

De improviso, un vendedor de periódicos semioculto tras los mismos, vocea las últimas noticias

-Vendedor.- “¡Extra, extra...!” “¡Anda suelto el lobo! ¡Peligran los cerditos!”

-Cerdito 1.- (con evidente pesar) Parece que nuestras calamidades no se limitan sólo al empleo...

-Cerdito 2.- El lobo anda suelto y nadie como nosotros sabe lo que eso significa...

-Cerdito 3.- Bueno... Caperucita.

-Cerdito 2.- Sí, es verdad, nadie como nosotros y Caperucita sabe lo que eso significa...

-Cerdito 1.- Bueno...y los corderitos...

-Cerdito 2.- (malhumorado) De acuerdo, está bien...nadie como nosotros, Caperucita, los corderitos... (observa a su alrededor en el temor de ser interrumpido) y otros posibles animales, sabe lo que significa que ande un lobo suelto.

-Cerdito 1.- Y ninguno de nosotros tiene casa en la que protegerse de su amenaza.

-Cerdito 3.- En cualquier caso, la casa posible deberá ser lo suficientemente sólida como para resistir los soplidos con que el lobo las tumba.

-Cerdito 1.- Yo hace tiempo que solicité un piso en alquiler a través del Gobierno y sé que las respuestas no las traen las liebres pero confío en que tampoco las tortugas. Por si las moscas, mientras espero, voy a meterme en un piso de alquiler.

-Cerdito 2.- Yo voy a ponerme en manos de una inmobiliaria. No tengo muchos ahorros pero no quiero seguir de colmena en colmena pagando alquileres. He visto por televisión anuncios muy interesantes de viviendas seguras, con abundante tierra, aguas lodazales y barrizales varios, dignas de un verdadero cerdo. Hasta con troncos en los que rascarte...

-Cerdito 3.- No sé, no sé... en esos negocios siempre hay sueltos muchos gatos y es bueno tener la vista de águila que tú no tienes. A los puercos nos toman por borregos si no nos amparamos en algún seguro. Y ese seguro, hermanos, es un buen banco.

-Cerdito 2.- ¿Mejor que una inmobiliaria?

-Credito 3.- Las inmobiliarias incumplen, defraudan, se declaran en quiebra, nadie las controla, son menos confiables que una víbora. El banco sale un poco más caro, es verdad, pero no tanto como una oferta inmobiliaria. Un banco es otra cosa, un buen banco quiero decir...y yo soy un lince para elegirlos. Con la garantía de un banco obtendré mi vivienda.

-Credito 1.- Lo importante es que por mucho que sople el lobo no nos tumba la vida.

-Credito 2.-Entonces... patas a la obra.

Los tres se van por caminos distintos en busca de resolver el problema de sus viviendas.

Cuadro 2

El primer credito, buscando algún apartamento en alquiler, recorre la ciudad de punta a cabo, sudando como un cerdo. Sube, baja, dobla a la izquierda, tira por la del medio, sale a la otra calle, toma un ascensor, se baja en la quinta, gira a la derecha, cruza el puente, pasa la plaza, da la vuelta a la iglesia...y queda, exhausto, frente a la Oficina de la Vivienda.

-Credito 1.- ¡Nada... ni una sola casa en alquiler...! Sólo casas abandonadas y casas en construcción, edificios vacíos y edificios en obras... ¿Y para qué es que se construyen tantas casas con tantas casas desocupadas?

Se está haciendo de noche y no es prudente seguir en la calle pero, tal vez en la Oficina de la Vivienda ya tengan la respuesta a mi solicitud.

En la puerta de la oficina un burócrata le sale al paso.

-Burrócrata.- ¿En qué puedo ayudarle?

-Credito 1.- Sólo quería saber si ha salido ya mi vivienda...

-Burrócrata.- Tiene su identificación...
-Cerdito 1.- No...pero soy el primer cerdito, usted me conoce...
-Burrócrata.- ¿Y cómo sé yo que es usted el primer cerdito que asegura? En fin, voy a hacerle el favor...dígame su número de solicitud.
-Cerdito 1.- El 22
-Burrócrata.- (Mientras revisa una carpeta con expedientes) Aquí está el 22 pero ¿y cómo sé yo que el 22 es el suyo?
-Cerdito 1.- Pues porque se lo digo yo, y además hemos quedado en que yo era el que soy, el primer cerdito...
-Burrócrata.- ¿Y cómo sé yo que es usted el primer cerdito y que le corresponde el número 22? En fin, voy a hacerle un último favor... (cuenta con los dedos) a dos casas por año adjudicadas los años buenos, y considerando que a usted, si fuese en verdad el primer cerdito que dice ser y le correspondiera el número 22 que dice usted...dos y dos cuatro, me llevo cinco... le queda de espera como doce años... si no hay más inconvenientes.
-Cerdito 1.- (Cabizbajo) Gracias por la información...
-Burrócrata.- Y la próxima vez que vuelva recuerde traer identificación.

Ya es noche cerrada y, aterido de frío, el cerdito busca, todavía, una vivienda en alquiler. Cuando observa a un vecino parado en una esquina se acerca en procura de ayuda.

-Cerdito 1.- Disculpe vecino...¿Conoce por aquí alguna casa en alquiler?

El vecino, que no es otro que el lobo, en lo que canta un gallo da cuenta del confiado cerdito.

-Lobo.- (Mientras se lo come) Pobre cerdito...tanta vida que parecía tenía, pero no hay mal que por bien no venga. Ya no va a tener que preocuparse por el problema de la vivienda porque, desde estos momentos, ha pasado a residir a mi agradecido estómago (eructa)... ¡y no le cobro renta!

Cuadro III

El segundo cerdito entra en la oficina de la inmobiliaria. Mientras pasa junto a algunas mesas en las que hay algunos zorros trabajando medita su decisión.

-Cerdito 2.- Una inmobiliaria que se anuncia en televisión tiene que ser una inmobiliaria seria.

Al final de la oficina, tras una mesa, es recibido por el principal ejecutivo del negocio, un tigre contratista.

-Tigre.- Está usted en su casa...póngase cómodo...

-Cerdito 2.- Buenas tardes...yo quería...

-Tigre.- No, no diga nada... Como gerente de esta empresa debo confesarle que en Tigre & Asociados resolvemos sus problemas antes, incluso, de que los tenga... Usted está buscando una vivienda y nosotros tenemos la casa de sus sueños (mientras le muestra rápidamente varias fotografías de viviendas)

-Cerdito 2.- El problema es que...

-Tigre.- Sí, ya lo sabemos, el problema es que anda suelto el lobo y usted quiere la vivienda con carácter de urgencia, y que sea sólida y confiable... (le enseña más fotografías y planos)

-Cerdito 2.- ¿Y sería posible...

-Tigre.- Por supuesto que sí, ni lo dude. Para Tigre & Asociados no hay imposible que valga cuando se trata de satisfacer las necesidades de nuestros clientes. Una vez firme se le entregan las llaves.

-Cerdito 2.- Me gustaría que la casa...

-Tigre.- No, no se moleste, no tiene que explicarme nada... (al tiempo que le muestra otra fotografía) Esta es la vivienda que usted necesita, ni cerca ni lejos, ni arriba ni abajo, ni pequeña

ni grande... sino todo lo contrario... ¿Qué le parece? La número 8 de esta misma calle. En cuanto al campo de golf que aparece al lado le garantizo que no le va a causar problemas. Es más, los hoyos del campo se los vamos a convertir en charcas.

-Cerdito 2.- (al tiempo que pone los ahorros sobre la mesa) ¿Y además de mis ahorros...?

-Tigre:- ¿Qué más falta? Nada, sólo firmar estas 20 sonrisas a plazo fijo, los intereses correspondientes y la letra pequeña, y (mostrándoselas) las llaves son tuyas.

El cerdito se despide y sale de la oficina. Está anocheciendo. Tras comprobar la dirección de la casa en el recibo que le han dado en la inmobiliaria, echa a andar. Lo interrumpe el vendedor de periódicos.

-Vendedor.- “¡Extra, extra...el lobo se come al primer cerdito!”
“¡No se lo pierda, banquete de tocineta!”

El segundo cerdito solloza al escuchar la amarga noticia.

-Cerdito 2.- ¡Oh no... el lobo se comió a mi hermano! ¡Tanta ilusión que tenía por llegar vivo a Navidad! ¡Que porquería de vida la nuestra! Pero hay que seguir adelante que la casa número 8 no debe estar muy lejos...cuatro...seis...¡Por San Martín, esta es! ¿Y qué es esto?

Delante del cerdito se levanta precariamente una casucha de la que cuelga el número 8, rodeada de matorrales y basura. Por si no fuera suficiente, una pelota de golf cae sobre la casucha abriendo un hoyo en el techo.

-Cerdito 2.- ¡Cómo quisiera aullar como perro para consolar mi vergüenza! ¡Mi hermano me lo dijo, no le hice caso y estas son las consecuencias...

Otra pelota de golf cruza el cielo y se estrella contra la casucha.

-Cerdito 2.- (resignado) Cuando llegue el lobo no tendrá ni que soplar. Le bastará con respirar al lado de la casucha... (recuperando el ánimo) pero yo no soy un conejo como para salir corriendo o un avestruz que esconda la cabeza. Ahora mismo vuelvo a la inmobiliaria y pongo a ese felino en su lugar.

El cerdito regresa sobre sus pasos.

-Cerdito 2.- La verdad es que no debiera andar en la calle con el lobo suelto, pero más que la prudencia me empuja la indignación que siento al saberme estafado por ese tigre. Me va a oír.

El cerdito entra de nuevo en la inmobiliaria, como elefante en cacharrería, alborotando el avispero y con las llaves de su casa en la pata.

-Cerdito 2.- ¿Y dónde es que se esconde el que se quedó con mis ahorros? ¡Que salga que quiero verlo, que aquí es donde la puerca retuerce el rabo!

Inconscientemente, el propio cerdito se mete en la boca del lobo al entrar en la oficina del felino ejecutivo. No le dio tiempo ni de arrepentirse. El gerente de Tigre & Asociados, que no era otro que el lobo, se sirvió a dos carrillos su menú preferido y del segundo cerdito sólo quedaron las llaves.

Cuadro IV

El tercer cerdito llega a la quinta planta de un gigantesco banco buscando hacerse con un préstamo para su vivienda.

-Cerdito 3.- De los bancos dirán muchas cosas pero la verdad es que me siento un león. Desde que he entrado ha sido el centro de todas las miradas. Aquí hay eso que se dice “clase”, clase animal pero, clase al fin. Y una organización extraordinaria y eficiente: Ratas confirmando pagarés, cocodrilos consultando balances, buitres revisando arquesos, hienas notificando desahucios... incluso abogados, equipos de abogados al servicio de la empresa. Una verdadera fauna en la que no faltan algunos grandes cerdos que, muy amables, desde la puerta, se me han acercado interesados en mi solicitud.

Se detiene junto a una mesa ocupada por un elegante león a quien estrecha la zarpa.

-León.- Así que está usted interesado en nuestros servicios de vivienda con gestión bancaria... ¿Y de qué patrimonio dispone?
-Cerdito 3.- Bueno...yo tengo una vieja pocilga que cubriría el préstamo...(mientras alarga un título de propiedad que desaparece inmediatamente en las alas de un búho)

Confirmada la legitimidad del título, el león pone sobre la mesa algunos documentos que el cerdito firma sin leer.

-León:- No se preocupe, no es nada, papeleos sin importancia, sólo tiene que firmar estas 20 sonrisas a plazo fijo, los intereses correspondientes y la letra pequeña.

-Búho.- Y le hacemos entrega, además, como un detalle que solemos tener con ciertos distinguidos clientes, de un edredón y dos kilos de estiércol.

Tras los naturales abrazos que sellan la relación, muy orondo, el cerdito se despide y comienza a bajar las escaleras con su edredón y su estiércol.

En la cuarta planta es interrumpido por un lagarto.

-Lagarto.- Perdón, ¿es usted el tercer cerdito?

-Cerdito 3.- Bueno, lo era hasta hace un rato...

-Lagarto.- Soy de Asuntos Legales, de este banco (mientras le da un documento) es para notificarle que debe ponerse al día con el rédito subsiguiente al interés total del neutro.

-Cerdito 3.- ¿Y eso qué es?

-Lagarto.- Su mismo nombre lo dice...el rédito neutro al total subsiguiente interés, lo que hace un total de dos mil...si lo paga ahora.

-Cerdito 3.- Pero de eso no se habló...

-Lagarto.- Está en los papeles y usted lo firmó. ¿Va a pagar ahora o prefiere que le cobre compulsivamente en su casa?

-Cerdito 3.- (sorprendido) Tenga, tenga usted...

El cerdito sigue bajando, siempre cargando su edredón y su estiércol. En la tercera planta le sale al paso un loro.

-Loro.- Disculpe, soy del Departamento de Asuntos Fiscales de este banco y tengo que recordarle que todavía no ha abonado el interés indirecto de aplicación automática

-Cerdito 3.- ¿Cómo? ¿De qué está hablando?

-Loro.- No se me haga el burro señor cerdo, hablo de que usted ha triplicado el valor gregario de su cuenta adjunta...y eso le sale por otros 2 mil.

-Cerdito 3.- Pero a mí no me hablaron de eso...

-Loro.- Está en los papeles y usted lo firmó. ¿Verdad que usted no quiere que mande un alguacil a su casa?

-Cerdito 3.- (Cariacontecido) Tenga...mil y dos mil...

El cerdito llega a la segunda planta. Lo interrumpe una culebra.

-Culebra.- Vamos a hacer esto fácil. Mira cerdito, el impuesto agregado a la conservación del inmueble usufructuado acaba

de elevarse a un 75%”... y ya sé que no lo entiendes pero debes al banco cinco mil y el plazo acaba de cumplirse.

-Credito 3.- Pero yo...

-Culebra.- Está en los papeles y usted los firmó.

-Credito 3.- (triste) De acuerdo, lo pagaré... (revisa en su cartera pero no tiene tanto dinero) Sólo tengo tres mil...

-Culebra.- Si no paga ahora los cinco, temo que para cuando llegue a la primera planta, la deuda va a ser mayor...y el banco se quede con la porqueriza.

-Credito 3.- Si esperan hasta mañana tal vez podría...ahora no tengo dinero.

-Culebra.- (maliciosamente) ¿No tiene dinero? ¿Y no ha pensado acudir a un banco?

El credito llega a la puerta del banco absolutamente desolado. Dos gorilas de uniforme se abalanzan sobre él y lo dejan a solas con su deuda.

-Gorila 1.- ¡Son órdenes superiores!

-Gorila 2.- ¡El edredón se queda...! (a gorila 1) ¿Y el estiércol?

-Gorila 1.- El estiércol... también.

Es noche cerrada y el tercer credito camina sin rumbo, a ninguna parte, sin pocilga en la que revolcarse, ni casa en la que defenderse del lobo. En una esquina de la desierta calle, el vendedor de periódicos sale a su encuentro anunciando su siniestra nueva:

-Vendedor.- “¡El lobo se zampa al segundo credito!”

“¡Gobierno lamenta hecho pero insiste en que el cerdo no es una especie en vías de extinción!”

El credito escucha con pesar la triste suerte que, también, ha corrido su otro hermano.

-Credito 3.- ¡Oh no...el lobo se ha comido a los dos! Es duro perder a un hermano por más cerdo que fuese, pero aún es

más duro perder a los dos cuando en su puerca vida, los tres marranos que somos apenas hemos tenido tiempo de disfrutar de unas ricas bellotas, de un buen pienso. Así, en la flor de la vida, tan lejos todavía de su San Martín, han ido a morir mis dos cerditos hermanos en los dientes de un insaciable lobo... Y con tantas porquerías que les quedaban por hacer.

-Vendedor.- “¡Ya sólo queda un cerdo!” ¡Ya sólo queda un cerdo”! (mientras se acerca al tercer cerdito) ¿Quiere un ejemplar?

-Cerdito 3.- Sí, dame uno, que no quiero leerlo pero me ayudará a protegerme del frío.

-Vendedor.- No te preocupes cerdito que a donde tú vas no se pasa frío...

El vendedor, que no es otro que el lobo, rápido como banco, se abalanza sobre el tercer cerdito y se come hasta los intereses.

Después se va voceando titulares por la desierta calle.

-Lobo.- “¡Extra extra, trasladan el cáncer de la ballena de hospital!” “¡No se pierda las fotos exclusivas del cachalote tras su divorcio!” “¿Es realmente el mico hijo del macaco?”

Suena la música mientras cae el telón

Con los primeros aplausos (caso de que los haya) vuelven al escenario el lobo y todos sus acólitos, haciendo espacio en el centro para la llegada de los tres cerditos. Mientras espera el público la presencia de los tres cerditos, que sigue sin producirse, algo extraño ocurre tras bastidores, algo que el público no acierta a comprender hasta que, finalmente, hacen su entrada los puercos hijos de los tres cerditos, seguidos de algunos puerquitos más y otros tantos animales que, inmediatamente, toman posesión del escenario y se dirigen al público.

(Cantando)

- Puerquito 1, 2 y 3.- Y colorín colorado...
- Puerquito 1.-... este cuento habría acabado...
- Puerquito 2.-... que así es que nos lo han contado...
- Puerquito 3.-... Tres cerditos devorados
- Puerquito 1.-...por un lobo desgraciado...
- Puerquitos 1,2 y 3.- Colorín colorado...
- Puerquito 1.- ...el cuento no ha terminado
- Puerquito 2.-...ya no son los tres cerditos...
- Puerquito 3.-...hoy somos muchos marranos...
- Puerquito 1.-... y no somos tan pendejos...
- Puerquito 2.- ¡La vivienda es un derecho!
- Puerquito 1, 2 y 3.-... Colorín, colorado...
- Puerquito 3.-...la vivienda que queremos
- Puerquito 1.-...la más sólida y segura...
- Puerquito 2.-...la que no nos tumbe el lobo...
- Puerquito 3.-...es la que vamos haciendo...
- Puerquito 1.-...entre todas y entre todos.
- Puerquito 1, 2 y 3.- Colorín colorado...
- Todos.- La vivienda es un derecho...
- Colorín colorado...
- no hay que darle tregua al lobo...
- Colorín colorado...

La vivienda es un derecho...

Colorín colorado

no hay que darle tregua al lobo...

Este estribillo se repite hasta que el Estado adjudique y abarate las viviendas, los constructores hagan casas como si fueran a vivir en ellas, los intermediarios se suiciden, los lobos vuelvan a los montes y el resto de las fieras a la selva, y vayan presos todos los especuladores, defraudadores inmobiliarios y demás delincuentes de tan surtida fauna de canallas, empezando por los banqueros.

Caso de que estas medidas se demorasen más de lo prudente, puede usted dar por terminada la función.

26 de febrero

Reconozco, volviendo al tema de los paseos, que también tienen muchos aspectos positivos. Por ejemplo, ir enterándote del futuro que se nos reserva, a lo largo de los interminables encuentros que tu madre tiene en cada paseo con familiares, amigos y vecinos.

Hoy, sin ir más lejos, una compañera de estudios de mi madre que paseaba a un sobrino suyo en cochecito, nos contaba el drama que están viviendo los padres de la criatura y que como drama al fin, voy a narrarlo por actos:

Acto I

Un padre y una madre, felices por el nacimiento de su retoño, festejan alborozados la buena nueva y resuelven trabajar más horas para hacer frente a los gastos que supone un nacimiento.

Acto II

Al trabajar más horas, se ven en la necesidad de mandar a su bebé a una guardería.

Acto III

Para poder costear la guardería, tienen entonces que trabajar más horas.

Acto IV

Como el bebé de tan sacrificados padres contrae todas las gripes y demás enfermedades circulantes, que no son pocas en una guardería, el bebé, por cada día de guardería que paga pasa seis en casa, enfermo, atendido a veces por su padre, a veces por su madre.

Acto V

Por reiteradas faltas al trabajo, los padres terminan perdiendo los empleos.

Acto VI

Los padres, desesperados, sin recursos ni trabajo pero llenos de deudas, andan a los gritos y en la calle todo el día, buscando el trabajo que no encuentran.

Epílogo

El bebé, desde el fondo de su cochecito para que esté tranquilo, debajo de la capota para que no se moje, y abrigado entre mantas para que no se enfríe, llora cuando puede y pregunta:

-¿Dónde están mis padres?

Los bebés y la modernidad

Que los tiempos cambian es una verdad tan obvia que no voy a tomarme la molestia de comentarla. Cada vez más, la religión que cuenta con mayor número de feligreses: el consumismo, nos bendice los sueños que nos propone y nos extiende a crédito, al crédito que todavía conserven nuestros padres, toda clase de objetos sin otro alegado interés que nuestro provecho y felicidad.

La Televisión

La televisión, por más años que tenga de existencia, y competencia que le haya salido, sigue siendo el artillero más peligroso para un bebé, por la importancia que tiene en el hogar, presidiendo el mejor espacio; por las conductas y opiniones que reproduce y multiplica; y por los efectos que provoca.

Si bien es cierto que la televisión sólo es un medio, una herramienta, y que el pecado o la virtud que guarde dependerá de su uso, el empleo que de ella hacen sus programadores y dueños demuestra tal devoción por la bazofia que, sentido tendría la supresión absoluta del invento, antes que seguir aportando al mundo generaciones de descerebrados a tan temprana hora, con el agravante añadido, a su torpeza mental, de la torpeza física en quien pasa el día sentado y en silencio en

lugar de estar corriendo, saltando, hablando con otros semejantes en la calle.

Y queda claro que el único posible interés de un bebé en el televisor es descubrir en él un objeto, el único de la casa, que siendo inanimado, se mueve; que no teniendo boca, habla y que suele ser lo primero que se prende y lo último que se apaga. Muchísimo más interesante, obviamente, que la nevera, la batidora o la cafetera.

Sin embargo, desaparecer absolutamente la televisión de la vida de los niños y niñas tampoco parece ser la respuesta más correcta dado que suprime un medio que, en sí mismo, también es un punto de común encuentro con la sociedad, un valioso elemento para su comprensión del mundo, para su conocimiento. Lo digo en el entendido de que nuestros padres tampoco están pretendiendo formar ciudadanos o ciudadanas de clausura, anacoretas condenados a vivir aislados, a no mantener contacto con nada. Muy al contrario, se trataría de dotarnos de las necesarias herramientas críticas como para que nosotros mismos podamos relacionarnos y defendernos del medio en el que somos y al que pertenecemos. Renunciar a la televisión sería tan absurdo como renunciar al coche por las constantes vidas que se cobran los accidentes, pero el problema no es el coche, sino el uso que se haga de él. Además, el televisor que no existe en nuestra casa, sí está en la de los familiares, los amigos, los vecinos, la propia escuela, la calle... y no, precisamente, apagado.

La respuesta sobre qué hacer con la televisión sólo puede ser usar la cabeza, la racionalidad. Utilizar ese instrumento a nuestro favor, no en contra nuestra; usarlo para crecer como seres humanos, no para empequeñecernos y repetirnos hasta el aburrimiento; usarlo para potenciar nuestra criticidad, no para idiotizarnos; para hacernos más sensibles y solidarios, no para

evadirnos; usarlo para entretenernos, no para atontarnos. Ver, por lo tanto, lo que queramos ver, no lo que el televisor exija que veamos.

Por ello la importancia de que los padres, y me estoy refiriendo a los conscientes, controlen el uso que sus hijos vayan a hacer de la televisión, que los acompañen, que les enseñen a "mirar", al igual que aquel otro niño, más afortunado, que, cuenta Eduardo Galeano, al llegar en compañía de su padre a la orilla del mar por primera vez en su vida, asombrado, cuando pudo decir algo, balbuceó: "Papá, enséñame a mirar". (Esta cita de Galeano no ha sido tomada de la televisión sino de un libro. Libro: Obra científica, literaria o de cualquier otra índole con extensión suficiente para formar volumen, que puede aparecer impresa o en otro soporte/Conjunto de muchas hojas de papel u otro material semejante que, encuadernadas, forman un volumen. Diccionario de la Lengua Española)

Al fin y al cabo, ningún programa es más atractivo que una tarde en un parque, ningún dibujo animado supera el disfrute de un paseo, ningún concurso es más alegre que la risa compartida, ningún efecto especial mejora la sensación de un beso, ninguna película puede sustituir nuestra vida.

Peligros de la televisión

Además de la exposición a la televisión sin un criterio, incluso con él, uno de los peligros más terribles que reserva la televisión a los incautos es el de los anuncios comerciales, para los que no suele haber cuidado alguno en relación a los bebés, ni siquiera por parte de quienes controlan en la casa el uso del televisor.

Los anuncios son la más burda y grosera invitación a reproducir todas las lacras sociales que se dice combatir; todas

las miserias humanas que se asegura lamentar. Anuncios que promueven el machismo, el racismo, la insolidaridad, la violencia, además del consumo irracional y engañoso, y que ocupan, sin embargo, buena parte del tiempo que un televisor pasa encendido, armados del pretexto del comercio, amparados en su “inofensiva” brevedad, y provistos de un infalible seguro de vida ya que aportan los recursos para que el programa sea posible.

Diez citas sobre la televisión

Para mejor documentar sus criterios sobre el uso que deban darle a la televisión, aquí les dejo diez opiniones sobre la misma.

- 1.- “Condenar la televisión sería tan ridículo como excomulgar la electricidad o la teoría de la gravedad”. Federico Fellini
- 2.-“La televisión es maravillosa, no sólo nos produce dolor de cabeza sino que, además, en su publicidad encontramos las pastillas que nos aliviarán.” Bette Davis
- 3.-“La televisión nos proporciona temas sobre los que pensar pero no nos da tiempo para hacerlo”. Gilbert Keith
- 4.- “Los matrimonios jóvenes no se imaginan lo que deben a la televisión. Antigüamente había que conversar con el cónyuge.” Isidoro Loi
- 5.-“Ver un asesinato por televisión puede ayudarnos a descargar los sentimientos de odio. Los que no tengan sentimientos de odio podrán obtenerlos en el intervalo publicitario.” Alfred Hitchcock
- 6.-“Vivimos en la era de la televisión. Una sola toma de una enfermera bonita ayudando a un viejo dice más que todas las estadísticas sanitarias.” Margaret Thatcher

7.-“Hoy, no salir en televisión, es un signo de elegancia”.Umberto Eco

8.-“Hay algo absolutamente tranquilizador sobre la televisión: lo peor siempre está por venir”. Jack Gould

9.- “La televisión es el espejo en donde se refleja la derrota de todo nuestro sistema cultural.” Federico Fellini

y 10.- “Encuentro la televisión muy educativa. Cada vez que alguien la enciende, me retiro a otra habitación y leo un libro”.
Groucho Marx

Vídeo-Juegos

Si peligrosa es la televisión, mayores riesgos supone para la infancia la cada día más extendida práctica del vídeo-juego, práctica que suele llevarse a cabo sin monitoreo alguno y que, frecuentemente, bajo la lúdica apariencia con que se presenta, promueve como virtudes las más deleznable conductas humanas.

Tenga presente que si la televisión es el instrumento más eficaz para hacer de su hijo un idiota, los vídeo-juegos hacen que ese idiota, además, resulte peligroso.

La Industria infantil

Impresionante el desarrollo que ha adquirido la industria en el llamado primer mundo en relación a la infancia.

Por más que aseguren que el índice de natalidad ha descendido notablemente en Europa y Estados Unidos, índice apenas sostenido en los hijos que aporta la emigración, nunca el

escaparate de consumo para bebés había estado tan repleto de ofertas como en estos tiempos. Y en cualquier área.

Yogures, flanes, cereales, harinas, dulces...en cuestión de alimentos el mercado ha creado múltiples opciones y adicciones con las que poder elaborar un menú distinto para cada día y adicto.



"Sí, no siempre ganamos la guerra y, en ocasiones, la cuchara impone la papilla y termina por doblarnos el brazo y la victoria. Cuando así ocurra, sigue mi consejo, relájate y come."

Con relación a la ropa asombra la infinidad de posibilidades, colores, tallas y, en consecuencia, industrias que deben estar funcionando para vestir, por cierto, de tan cara manera, a la población que menos tela gasta.

Los juegos, cada vez más sofisticados y costosos, son parte importante del negocio que representamos quienes no podemos representarnos.

Los fármacos aparecen en amplia y surtida gama, la mayoría de las veces absolutamente innecesarios y prescindibles, pero que se venden y se compran con la complicidad de muchos médicos y la ignorancia de muchos padres. De sus consecuencias secundarias hablarán el tiempo y la distancia, o sea, nadie.

Y junto a todo lo existente y su permanente renovación, según la estación del año o los impulsos de la moda, la inevitable innovación. La aparición en el escaparate, cada vez más grande y luminoso, de nuevos artilugios. Por ejemplo, los cascos para bebés. Pero no para andar en triciclo o en bicicleta (espero que no haya ningún degenerado que monte a su niño en una motocicleta) sino para estar en casa. Para evitar, dicen sus promotores, que se den golpes en la cabeza. Razón que bien podría ser válida para idear nuevas defensas que eviten los golpes en las piernas, los brazos, el pecho, la espalda... En definitiva, que si alguien ha visto alguna vez la figura de un catcher de béisbol o de un jugador de rugby estadounidense, tal vez pueda hacerse a la idea de la apariencia que se propone para los bebés, a los que, en el mejor de los casos, se nos estará forjando un futuro repleto de golpes, entre los que nos correspondan por futuro y los postergados por pasado, y frente al que necesitaremos algo más que buena suerte. Claro que, siempre podrían dejarnos puestos los cascos y ya decidiremos nosotros cuando nos casemos.

La innovación en la línea de cochecitos no tiene nada que envidiar a cualquier escudería de vehículos de motor. Los hay individuales, para gemelos, para trillizos, para cuatrillizos, cochecitos de dos pisos, de asientos contrapuestos o continuos, de silla giratoria, con hilo musical... Y antes de que termine de redactar estas líneas, es posible, que ya esté saliendo al mercado un último modelo, aún más innovador si cabe, que ponga en entredicho las ventajas de los cochecitos que acabo de citar.

A cambio de tanta maravilla electrónica, de tanta cibernética propuesta, la realidad es que, cada día, nos quedan menos parques, la calle se ha vuelto más insegura y nuestros padres tienen menos tiempo para estar con nosotros, entre otras razones, por tener que trabajar más para adquirir el nuevo modelo de cochecito que no les cuento y el último vídeo-juego anunciado en la televisión.

Cronopiando

Por Koldo Campos Sagaseta

Juegos

Las dos noticias aparecieron el mismo día y en la misma página, para que nadie piense que uno se entretiene hurgando en los medios de comunicación miserias que airear.

Un supermercado de Lanús, cerca de Buenos Aires, ofertaba para los más pequeños la última innovación en recreaciones sanas que asegure a la infancia una equilibrada y futura vida. Ni más ni menos que un “Original Shocker”, una especie de silla eléctrica en la que por sólo 50 centavos los niños y niñas reciben descargas, por supuesto discretas. Gana quien más “vibraciones” resista.

En competencia con semejante artilugio se anunciaba un vídeo-juego de origen inglés de gran acogida entre el público infantil. A bordo de un potente vehículo, el jugador debe sumar todos los puntos posibles durante una ruta determinada. Los puntos los gana atropellando peatones. Una mujer embarazada suma más puntos que un empleado público.

Para mañana, antes de que usted se levante, ya estará en el mercado algún nuevo y burdo juego con que seguir desalmando a los menores.

Semejantes aportes al ocio no son fruto de la casualidad, sino la consecuencia del demencial estilo de vida que se nos propone, basado en el consumo y en la competencia, sin espacio alguno para la ética, para la solidaridad.

Y no son sólo nuestros hijos los atrapados en tan repulsivos juegos. Nosotros, los adultos, protagonistas de este tiempo, no somos otra cosa que insignificantes personajes de ficción. Nosotros también somos muñecos de vídeo-juegos con los que el reducido grupo de fortunas que controla el mundo se entretiene y goza.

Y disponen para su distracción de toda clase de juegos. El juego de la deforestación, el de la desaparición de la capa de ozono, el juego de la guerra, el del hambre, el del machismo, el del racismo, el del despido libre, el de la epidemia, el de la emigración... todos nos tienen como protagonistas a los simples mortales que les servimos de recreo.

Lo que tal vez no sepan o si lo saben no les importe es que, cuando acabe el juego, no va a haber una segunda oportunidad ni para nosotros, las insignificantes figurillas de alrededor de la pantalla, ni para ellos, esos tristes diosillos atrapados en su propio y miserable juego.

27 de febrero

Ayer no quise agregar nada sobre el caso de la pareja que criaba a un bebé desconocido y enfermo porque ya el bebé lo dijo todo. Y lo peor es que no se trata de un caso aislado. Son incontables las parejas atrapadas en esa espiral de trabajo, dinero y consumo, para las que, además, somos los bebés un magnífico pretexto.

Ya me dirán ustedes a qué lógica responde tener un bebé para no tenerlo. Y, sobre todo, en una etapa de la vida tan importante y que, desgraciadamente, es la que más se subestima.

No somos adultos-bonzai a falta de adquirir habilidades. Tenemos sentidos, tenemos cerebro, tenemos memoria. Somos, y perdón por el atrevimiento... ¡gente! Por lo tanto, no nos da igual estar en brazos de la empleada que en brazos de nuestros padres; no nos es indiferente que la leche esté fría o esté tibia. Y tampoco es verdad que podamos dormir al dictado, comer a conveniencia de quien nos alimenta o hacer nuestras necesidades en el baño, que hasta eso se atreven algunos a exigir... y no miro a mi padre.

A propósito de padre y de paseos, tengo que reconocer que con mi padre no tengo ninguno de los inconvenientes que tengo con mi madre cuando me saca a pasear. Tampoco ninguna de las ventajas. Y es que los paseos con mi padre son tan cortos que no me suele dar tiempo ni a llorar. Sospecho que, cualquier día, el paseo va a terminar en la escalera. Tan común como la brevedad de los paseos suele ser su trayectoria. En el mejor de los casos: una calle, la plaza, el puente que cruza el río, vuelta por el otro lado, la plaza, la calle y la casa.

Tampoco acostumbra a detenerse con nadie mientras me pasea, y no tanto por sus carencias de vecinos conocidos sino por la

velocidad con que me transporta que, al principio, me hacía pensar, incluso, que íbamos a alguna parte.

Los fines de semana el paseo está a cargo de los dos y mis dudas tengo si salgo ganando o perdiendo. Y es que entremezclan sus “virtudes”, y a la velocidad que conduce mi padre el cochecito debo agregar las constantes paradas que, a su lado, ocasiona mi madre, con lo que, en cualquier momento, en un frenazo, voy a salir disparada por la capota. Sólo espero no ir a parar al río.

Los juegos que nos proponen, los juguetes que nos dan

Los juegos y los juguetes tienen, y no pretendo negarlo, un gran valor como instrumentos de maduración y crecimiento, facilitando nuestra socialización y creatividad, y ayudando al desarrollo de nuestra vida afectiva.

Claro que juegos y juguetes, también deberán su éxito o su fracaso al uso que de ellos hagan los adultos y, en este sentido, para nosotros, tanto podrán ser motivo de alegría como de desolación.

Factores como la edad, la clase social o el sexo, irán determinando las características de los juegos y de los juguetes. En cualquier caso, juegos y juguetes, además de la pretensión de distraernos, van a tener, casi siempre, segundas intenciones. En ocasiones, también aviesas.

Y es que detrás del simple juego de entrechocar las palmas al compás de una intrascendente cancioncilla, uno de los primeros juegos y más comunes entre bebés y adultos, se esconden, muchas veces, mensajes no precisamente subliminales. Mensajes que tanto son de la madre, como del padre o del primero que se presta a hacer palmitas con nosotros.

Por ejemplo:

“Tortica, tortica,
tortica de manteca,
mamá te da la teta,
tortica de cebada
papá no te da...¡Nada!”

Parecido juego y melodía, en manos y en boca de la abuela, sonaría de la siguiente forma:

“Tortica, tortica,
tortica de centeno,
tu madre es una loca,
tu padre es un jumento,
tortica de cebada
la abuela es la que gana”

La asociación del juego con la música es fundamental en nuestros primeros meses de vida y, en relación a ello, les propongo a los padres interesados un ejercicio infalible tomado de Internet y al que yo le he hecho algunos ajustes, para que su bebé alcance un sueño profundo y gratificante, en armonía con su entorno y sus progenitores.

Haga sonar una canción de cuna, aquella por la que su bebé tenga predilección. Si no la sabe, no se le ocurra preguntarle. Su bebé podría interpretarlo como muestra de ignorancia y desinterés.

Tiéndase en el suelo, sobre sus espaldas, manteniendo flexionadas sus rodillas, tome a su bebé por la cintura y hágalo saltar de una rodilla a otra al compás de la música que suene y que es bueno que usted marque con sus pies, mientras le mordisquea las manitos de derecha a izquierda y le besa la frente en sentido contrario al de las manitos, al tiempo que va inventando las letras de la melodía que suene, que a los bebés nos encanta que nos hablen, y se da la vuelta después de cada giro, aumentando la intensidad en cada uno de los besos y mordiscos para volver, al mismo tiempo y de manera gradual, al ritmo con que iniciara la primera vuelta, cuando estaba de espaldas en el suelo y pensaba las letras de la siguiente canción sin dejar de mover los pies. Entonces habrá terminado...y yo no

quiero saber como. Lo importante es que cualquier persona adulta que consiga llegar al final del ejercicio ilesa, queda homologada como educadora ejemplar y puede repetir el ejercicio pero, ahora, invirtiendo el orden.

En ocasiones, los juegos son pura y simple diversión, fugaces encuentros de los padres con su propia infancia que utilizan a los bebés como pretexto para dar rienda suelta a su pasado, casi siempre patético.

Por la misma razón, llevar al niño o a la niña al cine se convertirá en la mejor excusa para que vuelvan los padres a ver todas las películas llamadas infantiles a las que nunca se aventurarían solos.

Otras veces, sin embargo, el juego también sirve para que los padres vayan motivando y adiestrando a sus hijos en los múltiples juegos que, cuando sean adultos, van a tener a su disposición para adquirir esos bienes que se consideran derechos humanos, como el de la vivienda, y que si uno no tiene la precaución de acompañar de los mercuriales argumentos, sirven de muy poco.

En estos tiempos, y nada hace pensar que vayan a mejorar, la única posibilidad que tiene una pareja de acceder a una modesta vivienda es acertar la lotería Primitiva, la de Navidad, la Bonoloto, la Europea, las quinielas, o alguno de los sorteos o rifas que organizan bancos y cajas de ahorro, y por ello es importante que se nos estimule la pasión por el juego, ya que habrá de ser el juego, que no el salario, lo que nos permita en el futuro, si tenemos suerte, satisfacer nuestras necesidades. Al fin y al cabo, en nuestra mentada declaración de derechos, los únicos dos que no aparecen son el derecho a la buena suerte y el derecho a un salario humano.

Tampoco está demostrado, aunque haya quien opine lo contrario que, necesariamente, un bebé que comience a jugar

con un sonajero, por ejemplo, vaya a terminar de adulto frecuentando casinos y bingos, generando facturas millonarias por jugar con su teléfono móvil, o con sobrepeso y problemas circulatorios por pasarse 12 horas diarias distraído con videojuegos, por lo que ir interesándonos en el juego facilitará nuestra integración social y no va a arruinar a nuestros padres más de lo que ya lo están.

El juego y los juguetes también se prestan a perfilar los papeles que, en función de su sexo, la sociedad nos asigna a tan temprana hora.

Y lo digo a riesgo de que alguien objete que, en esta maravillosa Europa del progreso y el nuevo milenio, el machismo ya está superado y las mujeres podemos elegir.

Sobran los testimonios que desmientan tan dulce proclama.

Primero se nos entrega a Pecas, la muñeca que hace pipí; a los pocos días nos traen a Fanny, la muñeca que llora; después nos compran a Rebeca, la que limpia; para los cinco años nos regalan a Lisa, la bebé que cocina, a la que sigue la cocina de Lisa, los utensilios de Lisa, el menú de Lisa...; más tarde se nos regala la inevitable Barby y su inacabable vestuario, novio incluido; y un día, cuando menos lo esperas, vienen tus padres y te piden que elijas, que decidas qué hacer en la vida, qué te atrae, a qué te gustaría dedicarte...

¿Y cómo vamos a elegir si no tenemos tiempo? Si nos pasamos el día cambiando los pañales de Pecas, consolando a Fanny, limpiando con Rebeca, ayudando a Lisa en la cocina y cambiándonos de ropa y maquillaje cada hora, cada estación, cada temporada. ¿Elegir qué? ¿Y es que hay otra vida?

Cierto que la hay, pero no es fácil descubrirla entre tantas muñecas y muñecos.

Y conste que, en el futuro, posiblemente, yo también quiera tener un hijo, pero como elección, no como destino. Como

escribiera Koldo en uno de sus poemas "una mujer que ama las rosas pero no por mujer sino por rosas".

En el caso de los varones, los efectos combinados de juegos y juguetes suelen ser devastadores.

En su columna de opinión "Cronopiando" que se publica en El Nacional de Santo Domingo y en el periódico digital Rebelión, Koldo se ha referido en ocasiones al problema de la educación escolar en Estados Unidos.

Cronopiando

Por Koldo Campos Sagaseta

¿Y aún no tienen las respuestas?

Otra matanza más que establece un nuevo récord en los centros docentes estadounidenses. Ahora ha sido una universidad de Virginia. Van 30 muertos y varios graves heridos.

Durante el pasado año 21 estudiantes estadounidenses perdieron la vida en incidentes violentos registrados en sus centros de estudio. Y esa espeluznante marca que no ha surgido de la nada, ni es gratuita, ni tiene en la casualidad su razón de ser, ha sido pulverizada en lo que va de año con un múltiple crimen que, además, corre el riesgo de provocar réplicas semejantes, en una sociedad tan enajenada como la estadounidense.

Han construido una selva y, en lógica consecuencia, la selva se les ha llenado de animales.

Hace 8 años la CIA, por aquello de ir haciendo patria, colocó en internet una página propia dedicada a la infancia para ir

instruyendo a los niños y niñas en las bondades del espionaje, en lo divertido que resulta aprender desde la infancia a mentir, disimular, engañar, falsificar, robar e, incluso, asesinar a nombre, beneficio y mayor gloria de la seguridad nacional.

Se trataba de que, entusiasmados con las hazañas de tantos indómitos espías, antes de emocionarse con sus tradicionales personajes infantiles, estuvieran en capacidad de elaborar manuales del crimen; que en lugar de perder el tiempo soñando con duendes y hadas, pudieran redactar breviaros de tortura que aplicar de adultos en las guerras patrias; que en vez de enternecerse con las vidas de ratones que hablan y patos que especulan divisas, pudieran recrear su ocio en virtuosos atentados y respetables crímenes. Había que aprender cuanto antes a tejer intrigas, a derrocar gobiernos e invadir países.

El caso de Adam Walter fue un oportuno reflejo de lo que se incubaba. En 1998, el adolescente, tras algunos incidentes en su escuela, decidió poner fin a su malestar y vengarse de los agravios recibidos haciendo volar por los aires la escuela en general y su profesora de Ciencias en particular. Sus bombarderos propósitos, sin embargo, fueron descubiertos antes de que los hiciera realidad y tras reconocer frente a un tribunal sus intenciones fue condenado a 8 años de probatoria. Pero como no hay mal que por bien no venga, al joven Walter le llegó una comunicación de la Fuerza Aérea de su país ofreciéndole una beca para ingresar a su academia en cuanto recuperase la libertad. Si la experiencia es un grado, la temprana vocación mostrada por el adolescente había que aprovecharla y, posiblemente, antes de que usted termine de leer estas reflexiones ya el bueno de Adam esté al mando de algún avión bombardero trabajando en Iraq o Afganistán. Al fin y al cabo, como advirtiera el abogado del adolescente: “Walter es un buen chico, más allá de la histeria provocada por el incidente”.

El entonces presidente Clinton hasta se reunió con un grupo de expertos para analizar en profundidad el caso de dos niños

blancos, de 11 y 13 años que, en ese tiempo, mataran a balazos en Arkansas a cuatro estudiantes y una maestra, hiriendo a otros 12 estudiantes.

Nadie entendía nada. Se sabía que los dos niños blancos de Arkansas hacían vida hogareña en compañía de sus padres y habían sido educados como la mayoría de los niños en ese país con arreglo a los más sólidos valores patrios y familiares.

Los padres, por supuesto, para protegerlos, los habían instruido desde muy temprana edad en el manejo de armas, para que ningún otro niño fuera a abusar de ellos en la escuela o en la calle: “No permitan que les peguen” les habían enseñado. También habían sido educados, como la mayoría de los niños, en su natural supremacía sobre las niñas, para que no fueran a tolerarle a ninguna que los desconsiderase o cometiera la equivocación de rechazarlos: “No permitan que les dejen” les habían enseñado. Como buenos estadounidenses, los padres también se habían preocupado porque los pequeños aprendieran a honrar país y bandera y a defenderse de toda clase de bravata extranjera: “No permitan que los amenacen”, les habían enseñado. Eran, en consecuencia, niños comunes que consumían compulsivamente televisión y vídeo-juegos y soñaban con ser en el futuro una nueva versión de Rambo o Terminator. Consternados, los padres expresaban su asombro. Siempre les habían celebrado sus cumpleaños, habían compartido con ellos el St.Thank Living Day, Halloween y el Independence Day, siempre habían cumplido sus deberes ciudadanos para con su país votando una vez por los demócratas y otra por los republicanos, y hasta habían respaldado la aplicación de la pena de muerte porque había que proteger a la sociedad de las hordas criminales...

Tampoco era el primer episodio de tan triste crónica. Tennessee, Oregón, Nueva York, Detroit, Nueva Jersey... por todas partes se sucedían los casos de niños pistoleros ante el estupor de una sociedad que, lejos de buscar explicaciones,

improvisaba pretextos que pusieran a buen recaudo su responsabilidad.

Se hablaba del gran número de armas en poder de los ciudadanos, de la proliferación de bélicas revistas que no sólo vendían fusiles y explosivos sino que, además, te buscaban las guerras en las que emplearte como mercenario, se hablaba de los vídeo-juegos, de las guerras retransmitidas como si fueran espectáculos deportivos, del auge de la delincuencia, de la migración, y se pretendía explicar, a partir de estos factores el desmoronamiento moral y cívico de una sociedad enajenada que, “entre el éxtasis de la victoria y la agonía de la derrota” engendra y multiplica la razón de su ruina, una sociedad que mientras reserva la gloria al triunfador sepulta en el anonimato y en la frustración a todos los derrotados, a todos los que no alcanzaron a comprar lo suficiente, a los que no pudieron aparentar lo debido, a quienes no alcanzaron a especular lo necesario, a los que no pudieron medrar lo imprescindible, a los que no supieron mentir lo inevitable y que nunca van a ser exaltados al salón de la fama, del dinero o del poder.

Y poco importan los discursos y proclamas frente a semejante realidad, aunque aparezcan en boca de representantes del gobierno. En el 2003, el propio secretario de Justicia, John Ashcroft, tras descubrirse una vasta red de pornografía infantil que tenía su sede en Texas afirmó: “Tenemos la obligación de preservar la inocencia de América porque el recurso más precisado de nuestra nación son nuestros niños”.

Preocupación extrema la del ministro si consideramos que todos los niños y niñas que aparecían en los vídeos mientras eran violados procedían de Rusia e Indonesia. Los únicos estadounidenses eran los 250 mil suscriptores de la red que a 30 dólares al mes adquirían los vídeos, y el feliz matrimonio que dirigía la libre empresa. Claro que esos suscriptores eran adultos, no niños estadounidenses de los que se debe preservar su inocencia a cualquier costo, dado que su inocencia podría

perderse si un día cualquiera descubrieran que, entre el vídeo de Bambi y el de Blancanieves, sus padres guardaban también esos otros vídeos que indignaban al ministro. Hasta podrían averiguar, y se publicó en la misma página en la que se denunciaba la existencia de la red, que el execrable Montesinos que corrompiera la inocencia de Perú, incluyendo niños y ancianos, era un leal empleado de su gobierno. Y que entre otros asalariados de la Casa Blanca han figurado en nómina la mayor parte de los asesinos que en el Sur han acabado, además de con la inocencia, con la vida también de millones de niños y niñas a falta de un ministro que se indignara a tiempo y pronunciara frases tan demoledoras como su homónimo estadounidense.

Esos niños “americanos” de cuya inocencia abundan las referencias en la prensa cada vez que alguno la extravía y comienza a disparar a mansalva sobre sus compañeros; esos inocentes niños que aún ignoran que son empresas de su país, principalmente, las que en el llamado tercer mundo aprovechan la inocencia de los niños ajenos para someterlos a la explotación más brutal picando piedras en Bangla Desh, o laborando jornadas de hasta 12 horas en granjas, curiosamente, estadounidenses; esos niños que aún no se han enterado que su refresco favorito se dedica, por ejemplo, en Colombia a contratar sicarios que asesinen sindicalistas ingratos, o que ignoran que sus célebres zapatillas deportivas son también responsables de la explotación en Asia de millones de niños y niñas que si no han perdido todavía la inocencia se debe, exclusivamente, a que no vino con el parto; esos inocentes niños que nunca van a conocer ni los nombres ni los rostros de los miles de niñas y niños muertos por las guerras que desata su gobierno, o por los bloqueos que implementan sus políticos, o por las políticas económicas que promueven sus mentores.

Decía el legislador republicano Dan Burton con respecto al niño cubano Elián González, secuestrado por algunos familiares en Florida hace 7 años, que “era un hombrecito muy

inteligente” porque le había preguntado si le gustaba vivir en Estados Unidos y el niño había respondido: “Me gusta mucho porque hago burbujas”. La psicóloga estadounidense que se ocupaba del menor mostraba, en los mismos días, su desolación por la suerte que pudiera correr de prosperar el derecho de su padre a llevárselo a Cuba, ya que “en Cuba no va a poder ver Batman”.

Elián regresó a Cuba de la mano de su padre y no sé si durante estos años ha hecho burbujas o ha visto Batman, no sé si semejantes carencias lo hayan vuelto un adolescente conflictivo o triste pero, al menos, se ha salvado de ser baleado a manos de un compañero de escuela, o de ser carne de comercio para una red pornográfica, o de ser manoseado por un cura pederasta, o explotado por un granjero texano, o enrolado en una de las malditas guerras del imperio.

En Cuba, hoy todavía, los padres ayudan a sus hijos a acomodar los útiles escolares en carteras y mochilas: lápices, libros, cuadernos, bolígrafos, gomas... Pueden ir solos, sin riesgo alguno para sus vidas, sin que peligro alguno los aceche en las calles, hasta el centro escolar donde, además de la educación garantizada y gratuita, nada les falta: ni su desayuno escolar, ni sus frutas, ni su leche.

En Estados Unidos, también muchos padres ayudan a sus hijos a acomodar sus útiles escolares en sus mochilas: chalecos antibala, revólveres, fusiles de asalto, cuchillos, manoplas de acero, explosivos...

De mano de sus padres o de sus guardaespaldas llegan a sus escuelas donde, además de una enseñanza pobre y cara, nada les falta: ni pastillas contra la ansiedad, ni fármacos contra el estrés o la fatiga.

Veintiún escolares muertos a balazos en centros de educación estadounidenses descalifica a cualquier Estado. Matanzas

como la del instituto de Virginia retrata con dolorosa precisión el fracaso absoluto del modelo social en uso.

Lamentablemente, ni a Clinton entonces ni a Bush ahora, ningún consejero, al parecer, les ha sabido explicar que una sociedad que educa para que se acumule, no para que se reparta; que anima al recelo, no a la confianza; que busca la competencia, no la participación; que adiestra para el triunfo, no para la vida, está condenada al infierno.

Las escondidas

(Texto sin firma tomado de Internet)

“Había bostezado el Aburrimiento, cuando la Locura, siempre loca, propuso: Juguemos a las escondidas. La Curiosidad preguntó cómo era eso. "Es un juego -explicó la Locura- en el que yo me tapo los ojos y comienzo a contar, mientras ustedes se esconden, y cuando haya terminado de contar, el primero que encuentre ocupará mi lugar continuando el juego.

El Entusiasmo bailó secundado por la Euforia. La Alegría dio tantos saltos que terminó por convencer a la Duda e incluso a la Apatía a la que nada interesaba. Pero no todos quisieron participar. La Verdad prefirió no esconderse. ¿Para qué si al final siempre la hallaban?. La Soberbia opinó que era un juego muy tonto (en el fondo le molestaba que la idea no hubiera sido de ella) y la Cobardía prefirió no arriesgarse. Cuando la Locura comenzó a contar, la primera en esconderse fue la Pereza que, como siempre, se dejó caer tras la primera piedra del camino. La Fe subió al cielo y la Envidia se escondió tras la sombra del Triunfo, que con su propio esfuerzo, había logrado subir a la

cima del árbol más alto. La Generosidad no alcanzaba a esconderse porque cada sitio que hallaba le parecía maravilloso para alguno de sus amigos. La Belleza se ocultó en un lago cristalino y la hendidura de un árbol fue perfecta para la Timidez. La Voluptuosidad fue a esconderse en el vuelo de una mariposa, mientras la Libertad elegía una ráfaga de viento. El Egoísmo, en cambio, encontró un sitio bueno, ventilado, cómodo...pero sólo para él. La Mentira se escondió en el fondo de los océanos (aunque es mentira porque en realidad se escondió detrás del Arco Iris). El Olvido...se me olvidó donde se escondió, pero no importa. Cuando la Locura terminó de contar, el Amor aún no había encontrado sitio, pues todo estaba ocupado, hasta que divisó un rosal y decidió esconderse entre sus flores.

La Locura comenzó a buscar y la primera en aparecer fue la Pereza, a sólo tres pasos de una piedra. Después escuchó a la Fe discutiendo con Dios en el cielo. Encontró a la Envidia y pudo deducir dónde estaba el Triunfo. Al Egoísmo no tuvo ni que buscarlo: él solito salió ufano de su escondite. De tanto caminar la Locura sintió sed y en el lago descubrió a la Belleza. Con la Duda resultó más fácil pues la encontró sentada sobre una cerca sin decidir dónde esconderse. Así fue encontrando a todos. Al Talento entre la hierba fresca, a la Angustia en una cueva, a la Mentira tras la Verdad que no se había escondido y hasta al Olvido, que ya se había olvidado del juego...pero el Amor no aparecía por ninguna parte.

La Locura buscó por todas partes, hasta que a punto de darse por vencida, divisó un rosal. Tomó una horquilla y removió las ramas cuando, de pronto, un doloroso grito se escuchó. Las espinas habían herido en los ojos al Amor. La Locura no sabía qué hacer para disculparse. Lloró, imploró y pidió perdón hasta prometer, incluso, ser su lazarillo.

Por eso, desde entonces, el Amor es ciego y la Locura siempre lo acompaña".

1 de marzo

Sé que va a parecer que utilizo este diario para desprestigiar a unos padres de los que, en confianza, no son muchas, todavía, las afrentas de las que pueda acusarlos. De hecho, hasta podría considerar positivo el saldo de su ejercicio con respecto a mi persona, pero hoy, lamentablemente, no puedo sumarles puntos.

Después de someterme, sin consulta previa ni advertencia, a una primera vacuna, ni quiera han sido capaces de decirme de qué me han vacunado. Y no porque consideren prudente no informarme o no quieran hacerlo todavía, no, la razón por la que se han mostrado incapaces de decirme qué vacuna me ha puesto la matrona es que ino lo saben!

Como lo oyen, a estas horas de la noche, ellos todavía no saben contra qué enfermedad, se supone, soy inmune. Y se sonríen y hasta bromean con su ignorancia cuando todo lo que saben y me han hecho saber, es que la vacuna era de ¡70 euros...!

Así, también me he enterado que me falta por poner la vacuna de 45 euros y la de 60, y que la de 42 euros corre a cuenta de la seguridad social, mientras hay que comprobar si la de 55 es también cosa del seguro o de mis padres, quedando pendientes las vacunas de 25, 44 y 62 euros.

Y ahí siguen, alrededor de mi vacunada persona, tratando de que yo les recompense su ignorancia con una angelical sonrisa al tiempo que suman y restan vacunas, sin ser capaces de llamar por su nombre a ninguna. Comprenderán que, frente a semejante declaración de intenciones, nadie podría sentirse bien. Tampoco yo.

Lo peor es que, quizás, el resto de mi vida no vacunada gira en torno a los mismos principios y todavía no me he dado cuenta. Tal vez están comprando pañales plásticos de 13 euros, y sale

por 25 el pijama verde con ositos, y un cuento de 5 euros no siempre es mejor que uno de 4.

Suerte que la leche materna es gratis y los abrazos y besos que me prodigan, dicho sea de paso, con generosidad, tampoco los cotizan o facturan. Al menos yo no los he oído nunca tasar sus arrumacos y atenciones.

Voy a confiar en que lo de las vacunas haya sido un malentendido, simplemente, un casual y mutuo olvido provocado por su turbación al enterarse de los precios y, en última instancia, voy a confiar, sobre todo, en que el Ambulatorio sí registre las vacunas que suministra y no por su precio sino por su nombre.

5 de marzo

Ojalá que no se me malinterprete porque, insisto, ningún bebé elige a sus padres y, en lo que a mi respecta, repito, no me ha tratado mal la lotería. Sin embargo, días como el de hoy sólo sirven para desmentirme. Primero fue mi madre que me dejó dormida en el balcón, plácidamente, mientras ella hablaba por teléfono, desde la sala, con mi tía Karina en la República Dominicana. Conversaron de aquel y de este país, intercambiaron impresiones o chismes, (a su gusto lo dejó) planificaron viajes improbables a los que, incluso, les pusieron fechas imposibles, hablaron de lo humano y lo divino hasta que, de improviso, mi madre recordó que yo estaba en el balcón, que eran las 3 de la tarde y el sol campaba a sus anchas.

Cuando me rescató, entre gritos histéricos e invocaciones al Altísimo, todo lo que consiguió fue despertarme. Ya desde hacía rato mis mejillas habían adquirido un sonrosado brillo playero y, quien les cuenta, aletargada por el calor, ni siquiera había podido evaluar los daños. Entre el pijama que llevaba puesto por debajo de la camisa y los pantalones, más el mantón que me cubría y, además, hundida en la silleta, que se me quemaran las mejillas no era la única incomodidad que lamentar y, tampoco, la única sorpresa desagradable que el día me reservaba.

Más tarde, con mi madre todavía acomplejada por la culpa, tomó el testigo mi padre que, habitualmente, se hace cargo del biberón. Sentada en sus piernas, apoyaba mi cabeza en su brazo a la espera de que comprobara que la leche no estuviera demasiado caliente y, como siempre, antes de acercarme la tetina a la boca, colocó alrededor de mi cuello el babero.

Un fuerte olor, muy desagradable, como a lejía, me hizo entonces sacudir la cabeza hacia atrás, en un instintivo gesto

provocado por la pestilencia del contexto que, de improviso, amenazaba ahogarme. Y así hubiera ocurrido, tal vez, si mi madre no hubiera intervenido a tiempo quitándome del cuello el sucio paño de cocina que mi padre confundiera con el babero.

A punto de dormirse mis temores, quiero creer que todo ha sido un despiste, que ni mi madre pretendía quemarme ni mi padre es partidario de la asfixia, que son, simple y alegremente, bastante descuidados, y que esto... sólo está empezando.

En cualquier caso, aprovecho tan cruda experiencia para recordarles a los padres que se aventuren por este diario, la necesidad de que, cuando estén con sus bebés se limiten a estar con sus bebés. Sé que puede parecer duro prescindir del teléfono o del televisor mientras se trata de dormir o alimentar a la criatura, pero estar con ella no suele ser un ejercicio compatible con muchos otros, como tampoco suele ser el sillón situado frente al televisor la mejor mesa para cambiar al bebé, o la silla de la computadora el asiento más indicado para alimentarlo. Y es que cualquier tonta dificultad puede convertirse en un serio problema cuando una tiene padres, digamos... distraídos.

Los aires que soltamos

Supongo que los adultos llaman aire a los gases que los bebés sacamos del cuerpo, sea por arriba o por abajo, como un irónico homenaje a la atmósfera que nos espera y a la que tanto han contribuido ellos. Lo sabemos desde que nos asomamos a la calle. Por más hediondos que sean nuestros "aires", nunca podrán competir con los "aires" que nos esperan fuera.

Lo que sí no entiendo es que los padres nos celebren regocijados nuestros pedos y eructos cuando bebés y, sin embargo, nos los censuren de adultos.

¿Por qué tirarse un pedo a los tres meses es una gracia digna, incluso, de ser grabada y a los 15 años una falta de respeto?

¿Por qué reclamamos al bebé los mismos eructos que reprocharemos en el joven?

Semejantes contradicciones sólo sirven para llevar la confusión a quien, desconcertado, pasa de los aplausos a los pitos y de los pitos a la bronca.

Los prejuicios de los adultos en relación a los más populares gases de que disponemos son causa de que se haya creado hasta un diccionario de eufemismos y diminutivos para poder nombrar el culo y algunas de sus funciones y residuos: pompis, pandero, pupú, popó, culito, nalguita...

Y tal derroche de imaginación, no obstante saberse que, antiguamente, en muchas respetables culturas, eructar o pederse después de una grata comida era señal de complacencia.

A diferencia de ciertas absurdas tradiciones que una no sabe porqué se conservan, nadie parece estar interesado en

reivindicar la tradición del eructo y el pedo después de las comidas.

Algún día, los médicos descubrirán hasta qué punto es saludable en la vida humana, esa tradición que primero se ensalza y después se denigra..

El eructo

Llamamos eructo a la expulsión sonora, por la boca, de gases de origen gástrico. Eructar, por lo tanto, es sacar aire del estómago mediante un ruidoso recurso muy apreciado en la infancia que, sin embargo, no goza de excesivo prestigio social en la adultez.

Los seres humanos nos iniciamos en el eructo, prácticamente, desde nuestro nacimiento, cuando deglutimos aire de manera inconsciente, consumimos alimentos y bebidas que producen gas o padecemos enfermedades por reflujos gastroesofágicos.

Sin embargo, en algunos casos, porque el eructo es una forma arquetípica de reaccionar, puede ser también psicológico y ejecutarse como respuesta ante ciertos estímulos externos.

-De angustia: Cuando la persona, sin importar la edad, desconsolada ante una realidad ingrata, expulsa su congoja sin pudor ni recato.

-De indignación: Respuesta violenta del individuo que, a falta de otra posible reacción, apela a su estómago como único recurso.

-De reclamo sexual: Forma peculiar, cada vez más extendida, de la que se sirve el macho para llamar la atención de la hembra. Al paso de ésta, el macho levanta ligeramente el cuello

prorrumpiendo en eructos, siempre a diferentes tonos y de gran vistosidad y colorido que, sin embargo, no suelen obtener resultados dignos de mencionarse.

-De júbilo: La que tiene como sujeto eructante a un jubilado o jubilada.

Eructar adecuadamente requiere tiempo y es resultado de un largo aprendizaje por lo que los padres no deben impacientarse con los escasos progresos que pueda hacer el bebé o censurar sus supuestas deficiencias. Un bebé que se sienta reprimido en sus manifestaciones eructeras difícilmente va a alcanzar de adulto el donaire adecuado, volviéndose un ser taciturno, marginado e infeliz.

Según Gessel, si eructamos sobre el oído de un recién nacido, éste no reaccionará al estímulo la primera vez. Sin embargo, en una segunda ocasión, desde que perciba el bebé que un rostro se le aproxima, eructará con estrépito antes, incluso, de que se produzca el estímulo.

El bebé precisa de un medio adecuado en el que se eructe diariamente, y conviene a su salud y educación que, desde los tres meses, pueda asistir a una guardería en la que integrarse en grupos coloquiales y disfrutar de una eructación compartida y generalizada, siempre bajo la atenta supervisión de un “erucdito” en la materia. De esta manera, el bebé aprenderá a modular los eructos y ampliará su “eructobulario” o vocabulario de eructos.

Fases del eructo

Tres son las fases por la que atraviesa el eructo desde su concepción hasta su proyección.

-Primera Fase o fase psicoanalítica: Ante una acción perturbadora externa, no importa su naturaleza, el “ELLO” acumula gases de distintas procedencias, supera la oposición del “SUPER-YO” y se dirige al “YO” en demanda de que se satisfaga la provocación de que ha sido objeto.

-Segunda Fase o fase psico-física: El “YO” no responde con la necesaria prontitud a las exigencias del “ELLO” que, indignado, vence la oposición del “SUPER-YO” y pone fin al proceso de acumulación de gases.

-Tercera Fase o fase orgánica: El “YO” abre la boca y permite la explayación sonora del eructo.

Clases de eructos en adultas y adultos/anagramas

Aunque existen muy diversas clasificaciones de eructos, me arriesgo a poner en sus manos una de las más comunes.

a/ Clase Homer. Debe su nombre, precisamente, al anagrama con que se representa su ejecución. Su potencia es enorme y suele producirse de manera súbita, sin razón aparente para ello. Su efecto también es instantáneo. A menudo va acompañado de una coletilla churrigueresca muy vistosa. En algunos países también la llaman Simpson.

-Anagrama: ¡HOOOOOMERRRR... upsssssss!

b/ Clase Reverberada Supina. De exquisita tonalidad, supera a la clase Homer en textura y ritmo. Se desarrolla en tres etapas. Una primera de suave ronroneo que sugiere un cúmulo de sensaciones ocultas; una segunda en la que alcanza su punto

álgido, metamorfoseando su estructura sonora en un solo compás; y una tercera y definitiva, conocida como “La Heroica” por haber sido compuesta a pesar de las circunstancias.

-Anagrama: ¡BRONSSSS ZASSS ZASSS AREHARE BRONSSSS!

c/ Clase Pan y Circo: Así considerada por manifestarse habitualmente en lugares muy concurridos como espectáculos artísticos, competencias deportivas o actos religiosos. Acostumbran a ejecutarse en coro y son sobrias en relación a sus características y opacas en función de su propuesta.

-Anagrama: ¡GOOOOOOOOL! ¡AMEEEEEEEEEEN!
¡OLEEEEEEEEEEEEEEE!

d/Clase Coyuntura: Habilidosa mezcla de las anteriores que acostumbra a ser ejecutada por personalidades relacionadas con la política. Su realización es muy simple, se trata de eructar hacia donde empuje el viento. Es común su uso en recepciones oficiales, puestas de largo, almuerzos de trabajo y congresos de cualquier tipo.

-Anagrama: ¡Hasssin asa Nissah!

Clases de eructos en niños y niñas. Anagramas.

a/ Clase Bart: Eructo breve pero de explosiva exposición, muy vinculado al eructo Homer. Son frecuentes una vez el bebé recibe su ración de leche.

-Anagrama: ¡Baaaaarrrrttttttt!

b/ Clase Flanders: Se caracteriza por un tenue sonido agudo, casi inaudible, que sólo recientemente fue catalogado como eructo, y que puede dar paso en el bebé a llantos inconsolables

de desconocida naturaleza. Algunos estudios sitúan su origen en la genética.

-Anagrama:ih

Factores que condicionan el desarrollo del eructo

Existen dos tipos de factores que determinan la realización del eructo.

1.) Factores Endógenos:

- La Raza. Según el color de la piel el eructo adquirirá matices más claros u oscuros.

-La Familia. La dotación genética que reciba un individuo será causa de su mayor o menor capacidad eructera. Igualmente, en función del grado de armonía que reine en la familia el eructo tendrá más o menos gracia. De ahí la expresión: “Familia que eructa unida, permanece unida”.

-El género. Por muy distintas razones, especialmente la visión machista que del eructo se tiene y el que todavía en estos días se discrimine su práctica en función del género, el hombre va a eructar más y mejor que la mujer.

2.) Factores Exógenos:

-Alimentación y vitamínico. De una adecuada nutrición va a depender la solidez y amplitud del eructo. Una equilibrada dieta puede eliminar los riesgos de malformaciones en el eructador y procurar un mejor sonido.

Entre los alimentos más idóneos para procurar eructos de calidad se encuentran los garbanzos, las alubias, cocidos y potajes en general, huevos y carne roja. Las bebidas con gas son las más adecuadas para producir eructos a gran escala.

-Climático. Los climas extremadamente fríos o calurosos pueden ayudar a la concepción y ejecución del eructo. Está demostrada la capacidad que personas de origen nórdico o eslavo pueden desarrollar en la emisión de eructos, como es de público dominio la identificación de las culturas mediterráneas con tan popular recurso. En algunas culturas mediterráneas todavía se conserva la costumbre de eructar después de una comida para demostrar la satisfacción y el aprecio por la ingesta recibida.

-Medio Social. Las estadísticas al respecto parecen demostrar que mientras un individuo de clase media alta no eructa o lo hace esporádicamente, sin motivación alguna, un obrero, sin embargo, recurre al eructo con relativa frecuencia así esté o no estimulado.

El pedo o “peo”

Hablar del pedo o del culo es hablar de dos censurados conceptos que corren peligro de extinción a manos de decenas de eufemismos. Con la honrosa excepción del diccionario que, por fortuna, jamás ha entendido de buenas y malas palabras, pocos son los espacios con que cuentan esas dos proscritas palabras. Sin embargo, voces tan autorizadas como las del insigne escritor Francisco de Quevedo y Villegas, han dejado para la historia páginas tan sublimes como las “Gracias y

Desgracias del Ojo del Culo”, obra que el autor, según reza en la dedicatoria, dirigiera a “Doña Juana Mucha, Montón de Carne, Mujer gorda por arrobos” y que firmara como “Juan Lamas, el del camisón cagado”.

Más recientemente, Joseph Pujol, francés conocido universalmente como Le Petomane, batió récords de audiencia en el Moulin Rouge de París en base a un espectáculo inolvidable concebido y realizado en relación a los pedos.

De 1887 a 1914, Le Petomane llenó todas las noches el famoso club nocturno parisino, ganando alrededor de 20 mil francos de entonces, más del doble de lo que ganaba su contemporánea Sara Bernhart

Se presentaba a su acto vestido elegantemente, y empezaba haciendo imitaciones de varios tipo de pedos: el tímido (de una niña), el cordial (de un molinero), el de la recién casada en la noche de bodas (casi inaudible), el de la misma novia una semana después (una vigorosa interpretación) y un pedo majestuoso de 10 segundos que él lo ligaba a un tapicero cortando 6 pies de tela. Siempre advertía a la audiencia de que sus pedos no tenían olor, ya que se irrigaba el colon diariamente. También podía fumar con su trasero, apagar velas y para terminar, solía ponerse una ocarina en el ano y tocar conocidas tonadas como “La Marsellesa” y "O sole mio" e invitaba a la gente a hacerle coro. (En realidad sólo podía tocar 4 notas con el instrumento: do, mi, sol y el octavo de do)

Fue tan célebre en su época que hasta el rey de Bélgica se escabulló a París para verlo de incógnito. Tuvo una

fructífera carrera hasta 1914, compró una casa llena de sirvientes para él y su familia, y luego de que dos de sus 10 hijos murieran en la primera guerra mundial, ya no quiso regresar al escenario (que para esto ya tenía su propio teatro).

Volvió a ser panadero, como en sus primeros años, y murió a los 88 años entre sus familiares, amigos y pedos.

(Si alguien está interesado en conocer más datos sobre este personaje que entre en Google que es donde yo lo he encontrado)

La opinión de la ciencia

En relación al pedo, toda una eminencia en el tema cuyo nombre no puedo hacer público, (la verdad es que no sé cómo se llama) divulgaba por Internet una entrevista que se le hiciera meses atrás y en la que, con sabia destreza y docto saber, respondía a cuestiones puntuales sobre el pedo.

-¿Qué es lo que hace que los peos tengan olor?

-El olor de los peos proviene de pequeñas cantidades de sulfuro de hidrógeno y azufre (ácido sulfhídrico) libre en la mezcla, y cuanto más rica en azufre es su dieta, más gases van a ser producidos por las bacterias en su intestino y más hediondos serán sus peos. Alimentos como la cebolla, la coliflor, los huevos, van a producir peos apestosísimos. Sin embargo, las alubias, en contra de lo que se cree, producen grandes cantidades de peos pero no necesariamente hediondos.

-¿Es peo o pedo?

-Cualquiera de las dos denominaciones es correcta, así como los muchos sinónimos que existen: follón, muerto, tracas, etc.

-¿Por qué los peos hacen ruido?

-Los ruidos son producidos por la abertura anal y depende de la velocidad de expulsión del gas y de lo estrecha que sea la abertura de los músculos del esfínter anal. Dicho de otro modo, un culito bien apretado va a tronar más y mejor que otro que no se arme.

-¿Cuánto gas produce una persona?

-El equivalente a cerca de un litro de peos por día, como 14 más o menos. Sin duda es preocupante, si consideras la población del planeta y multiplicas por ésta el número de peos per capita, la impresionante cifra de 90 mil millones de peos diarios que estamos soltando al espacio y sus consecuencias, y me refiero sólo a los de naturaleza humana, que aquí no registramos los de las vacas, hipopótamos, elefantes y otros animales. En algún momento habrá que reconocer la vinculación de esta masiva emisión de gases, con el efecto invernadero y el calentamiento global.

-¿Cuánto tarda un peo en llegar a la nariz de alguien?

-Depende de las condiciones atmosféricas imperantes, de la humedad, de la velocidad del viento, de la distancia entre las personas y de la calidad de los olfatos. Los peos, una vez se emiten, se dispersan y su nauseabundo potencial va a disminuir en la medida en que se diluya. A veces alguien nos asegura poder hacer levitar las sábanas de su cama a base de peos. Obviamente es una exageración. Posiblemente se trate de un potente peorro que, en algún momento, haya sufrido alucinaciones provocadas acaso por la natural asfixia luego de soltar los peos. Se trata de mitos a los que no hay que atender. Lo que sí es cierto es que un peo liberado en un espacio reducido, como un ascensor, se adhiere a las paredes, permaneciendo en el ambiente, incluso, más de 24 horas.

-¿Todas las personas peorrean?

-Sí, si están vivas, y hasta se sabe de casos en los que, incluso, han peorado muertas. Con el peo no hay excepciones.

-Peorrear los hombres más que las mujeres?

-Nada más falso. Las mujeres peorrear tanto o más que los hombres. Ocurre que, tradicionalmente, el peo que en el hombre era una gracia, en la mujer se tildaba de afrenta, de conducta vergonzosa, reprimiéndose tan sana conducta.

-¿En qué momento es más común el peorreo?

-Durante las mañanas y en la primera entrada al baño. Es conocido como Cantatta Matinal. El escaso ruido circulante facilita la sonora difusión del peo que, de tener la prestancia debida puede, incluso, transformarse en una original y orgánica manera de dar los buenos días.

-¿Es el peo un eructo equivocado?

-En absoluto. El eructo procede del estómago y dispone de una composición química diferente a la del peo. Los peos desarrollan una amplia acumulación de gases de origen bacteriano que nada tienen que ver con el eructo.

-¿A dónde van los peos que aguantamos?

-A veces, el peorro, en ciertas circunstancias, se ve obligado a retener un peo que, más tarde, cuando ya nos hallamos trasladado a otro lugar más adecuado, vamos a descubrir que ha desaparecido, que ya no está. La realidad es que el peo ni salió lentamente ni fue absorbido por la corriente sanguínea. Simplemente, ese peo volvió a los intestinos para reponerse de los gases perdidos en su desplazamiento, permaneciendo en la recámara a la espera de la oportunidad. Un peo ni se crea ni se destruye, sólo se demora.

12 de marzo

Cada día que pasa disfruto más los paseos. Hablo de los que hago con mi madre que, dicho sea de paso, son los únicos que me atrevería a calificar de tales. Y especialmente, el paseo que nos lleva a Loyola, santuario jesuita situado a un kilómetro de Azpeitia, que una persona común haría en diez minutos, a un anciano con reuma le demoraría veinte, y que mi madre nunca recorre en menos de una hora.

Y no porque tenga, que no es el caso, algún problema motor que le dificulte andar o le impida imprimir más velocidad a sus piernas. La causa de que nuestros paseos nunca se sepa cuando terminan sigue siendo el elevado número de familiares y conocidos que mi madre se encuentra a la ida y a la vuelta.

Sin embargo, con el paso de los días, he aprendido a aprovechar las constantes interrupciones para conocer las experiencias e ideas que al respecto de la crianza tienen algunos padres y que pueden ser inquietantes.

Ayer, una amiga de mi madre teorizaba con ésta sobre la calidad del tiempo que dedica a su bebé, y enfatizaba el hecho de que más que el tiempo que pasaban juntas, le importaba la calidad de la relación.

O lo que es lo mismo, que mejor que pasar toda la aburrida tarde con tu bebé, compartas con él un par de emotivos, de vehementes, de entrañables minutos, minutos de calidad por supuesto, cuya intensidad, probablemente, dejará una huella indeleble en el subconsciente de la impresionada criatura que, a buen seguro, invertirá el resto de la tarde en recrear, una y otra vez, aquellos dos inolvidables minutos.

Cierto que es importante la calidad de la relación pero, la calidad no se da en el aire, ni viene inducida por un espíritu celestial o es fruto de la repentina inspiración de nadie. La

calidad sólo se da en el tiempo y, para que ocurra, se precisan muchos compartidos y comunes bostezos, muchas horas de tedio, muchas tardes de aburridas y mutuas confianzas, tiempo al fin del que saldrá la calidad de la relación.

La teoría de la calidad en la relación entre padres e hijos sólo es un pretexto que justifique el ausentismo de los primeros y que les aporte, para su sosiego moral, una coartada de educativos ribetes.

Y es que la calidad, insisto, necesita tiempo.

18 de marzo

Hasta donde alcanza mi memoria nunca mi padre había manifestado mayor interés por la fotografía. Tampoco mi madre, creo recordar, se había revelado como una entusiasta de la cámara de vídeo pero, mira por donde, precisamente ahora, no hay amanecer en el que no me encuentre, al abrir los ojos, la cámara delante. “Para que le quede de recuerdo”, insiste mi madre mientras su cómplice, retrata mis movimientos camino de la mesa en la que se me cambia. Las comidas también deben ser registradas para mi propia historia, así como las siestas, los paseos, el baño... No hay incidente, por banal que sea, que no quede, inmediatamente, grabado por cualquiera de las dos cámaras.

Y como ninguno de los dos, especialmente mi padre, parecen demostrar suficientes habilidades en el oficio, las tomas del lunes se repiten los martes, se componen los miércoles, se mejoran los jueves, se perfeccionan los viernes, se refinan los sábados... y se descartan el domingo.

Hora va siendo de que algún organismo de derechos humanos tenga en cuenta el derecho a la intimidad que debe amparar la vida de un bebé, derecho tan importante como otros que sí se reconocen.

Son incontables los bebés de famosos, sean cantantes, actores o monarcas, cuyos nacimientos se venden hasta por anticipado, sin que los interesados puedan disponer en sus cuentas de los beneficios de un comercio que se hace en torno a su persona, que implica una amplia documentación gráfica, y frente al que no existe un mecanismo legal en manos del bebé que haga valer sus derechos.

No es el caso de mis padres, obviamente, ni tampoco estoy pensando demandarlos por explotar mi imagen.

De eso, espero, se van a encargar los amigos de mis padres, que ya están hartos de recibir todos los días por Internet las últimas instantáneas de mi persona, sea comiendo, bañándome o durmiendo.

Mi tío Mercader, extraordinario pintor dominicano con asiento en Canadá, sólo para vengarse, les reenvió ayer a mis padres la foto de sus hijos. Hasta incluyó el perro. Y otros van a animarse y a congestionar el correo de mis padres con las fotos de sus bebés, de sus gatos, de sus plantas, hasta que, condenados a no poder levantarse de la computadora para dar entrada a tanto dato adjunto, se olviden de grabar mis cotidianas y vuelva a encontrarme al despertar el rostro de mi madre, no la cámara.

La ropa que nos ponen

A un obrero siempre va a quedarle el recurso de la huelga, a un náufrago la esperanza del rescate. Sólo a los bebés no les queda más remedio que aceptar la ropa que se les ponga. Sin embargo, el que no podamos expresar quejas formales sobre la indumentaria con que se nos viste, no quiere decir que carezcamos de opinión al respecto.

Porque otra vez, en la ropa, van a encontrar los padres excusas para vestirse, pretextos para mostrarse, razones para volver a ser, muchos años después, el sueño que no fueron.

De ahí su insistencia en proyectar sobre los hijos, no sólo sus ideas, también sus camisas, sus pantalones, sus zapatos.

Antes de vestir a un bebé debieran los padres preguntarse a quién, en verdad, están vistiendo y para qué lo visten; ponerse unos segundos en el lugar del bebé y responderse si los lazos rosas en la cabeza, además de ridículos, no suponen un peligro; responderse si no habrá comido ya el bebé suficientes hilachas de lana del pijama que le tejiera la abuela como para quitárselo; responderse cuál pueda ser el destino de las arandelas bordadas en el cuello, de los botones de la blusa, que no sea la boca del bebé. El hecho de que el abuelo le haya regalado un abrigo al bebé, por ejemplo, no obliga a los padres a ponérselo cada vez que lo visitan, especialmente, en verano.



Prueba gráfica del maltrato psicológico a que es sometida una bebé vestida de marinerita.

La bebé de la fotografía, a la que por razones legales no se identifica, hizo la denuncia y aportó las pruebas.

A pesar de que se han reducido los casos de maltrato por estos motivos, todavía hay padres que consideran intrascendente, cuando no divertido, disfrazar a sus hijos.

Sin embargo, no es por casualidad que usted jamás va a encontrarse por la calle con un adulto vestido de marinero que no sea un marinero.

En caso de dudas bastaría con apelar al sentido común para dar con las respuestas correctas pero, dadas las carencias de tan común sentido, mejor les dejo algunas oportunas recomendaciones:

1.-Nada más delicado que la piel de un bebé por lo que no se recomienda tejidos que no sean naturales o que irriten la piel. La tela de saco, por ejemplo, podrá ser muy barata pero no es adecuada. Además, las pomadas y ungüentos que tendrá que comprar para aliviar la piel de su bebé le saldrán más caras.

2.-La ropa de un bebé debe ser holgada. Tenga la seguridad de que a él, al menos por el momento, no le inquieta demasiado la imagen que pueda proyectar y antepone la comodidad a cualquier otro detalle.

Vestir a sus bebés con ropa holgada ayuda a los padres a evitar desagradables accidentes domésticos, y a los bebés les ahorra brazos partidos, tendones rotos, clavículas fuera de su sitio, por el empeño de que les “entre” ropa que no les entra.

3.-Son muchos los vestidos, camisitas, pijamas, baberos o los llamados "bodies" que por distintas razones, además de su mala calidad, desprenden hilos. Para no tener que buscarlos con pinzas en la garganta del bebé es recomendable asegurarse de que la ropa que se le ponga no desprenda hilachas.

4.-Si para ponerle el pijama a su bebé deben los padres atenerse al manual de instrucciones que traiga el pijama, con la localización en un plano de los botones, los cierres, los pliegues y demás fases que implique la operación, es preferible buscar otro pijama o arroparlo con una manta. Recuerde que la sencillez no es una desgracia, ni una tara, ni un delito.

5.-La ropa, incluyendo los pañales, debe cambiarse con cierta frecuencia, la necesaria para que el bebé no atraiga las moscas más de lo debido.

Cómo no equivocarse al vestir a un bebé

Es posible que ninguna receta sea infalible y la que sigue es un buen ejemplo, pero les sugiero los siguientes pasos para no tener que lamentar errores.

El primer paso consiste en aprender de memoria las definiciones que el diccionario de la lengua nos aporta sobre estas dos palabras:

- Vestir: Acto de poner o ponerse la ropa.
- Disfrazar: Cambiar el aspecto natural de personas o cosas.

Una vez haya aprendido ambas definiciones deberá proceder a vestir o disfrazar a su hijo, según sea su interés. Le recuerdo que los carnavales, generalmente, son en febrero.

El segundo paso exige tres compromisos de su parte:

-Primer compromiso: Ningún delito que haya podido cometer su hijo es merecedor de que lo vista de “marinerito”. No importa lo que haya hecho, no importa la gravedad de su falta, de ninguna manera puede un niño ser forzado a padecer traje de tanto ultraje. Ni siquiera en caso de primera comunión es aconsejable atuendo tan anacrónico. El niño “marinero” no sólo será objeto de crueles bromas por parte de amigos y enemigos, sino que acabará perdiendo su confianza en el ser humano el

día en que, de verdad, conozca a un marino y aprecie la diferencia que separa el juego de la vida.

-Segundo compromiso: Nunca disfrace a su hija de "niña de la casa de la pradera". Hablo de esos vaporosos vestidos de doble ruedo, con enaguas, incluso, y cuello y sobrecuello, y manga y sobremanga, y blanco delantal de amplios bolsillos con florecitas bordadas en hilo. Su hija no tiene la culpa de que usted haya tenido un mal día.

-Tercer compromiso: Se le puede disculpar que, ocasionalmente, en circunstancias muy especiales, disfrace a su hijo de marinerito. Se le puede perdonar que, abrumado por quién sabe qué causas, disfrace a su hija de margarita silvestre pero, nunca, bajo ningún concepto, los vista de adultos.

27 de marzo

Algunos padres, y no voy a decir quienes, debieran tener la precaución de no discutir delante de los bebés sus diferencias. Aunque sólo sea por prolongar un poco más la imagen que han proyectado de sí mismos, como padres conscientes y tolerantes, oportuno sería que ante la falta de consenso para vestir a un bebé, y es un ejemplo, se retirasen a deliberar al baño, es otro ejemplo, antes de exponer frente a terceras personas sus carencias y debilidades.

La que sigue es una transcripción casi literal de una discusión de padres delante de su bebé. (Para preservar la identidad del menor lo identificaré como “XX”, omitiendo también los nombres de los progenitores)

Padre.

- Ya que vamos a casa del abuelo, le voy a poner a “XX” el abrigo que le regaló.

Madre

-¿El abrigo? ¿El abrigo negro de cuero y pana hasta los pies?

Padre

-Sí, para que vea que le hacemos aprecio...

Madre

-¡Pero si estamos en agosto y a más de 30 grados!

Padre

-No te lleses de lo que diga el periódico. Además, de aquí a una hora seguro que la temperatura cambia.

Madre

-Pues, para eso, mejor le ponemos el impermeable que le regaló la tía, que también va a estar en casa del abuelo.

Padre

-¿El impermeable? ¿El impermeable verde de plástico sintético con sus botas de hule y su gorro transparente?

Madre

-Sí, para que vea que le hacemos aprecio.

Padre

-¡Pero si no está lloviendo ni es probable que lo haga en la próxima semana...!

Madre

-No te lleves de lo que diga la televisión. Además, de aquí a una hora seguro que el tiempo cambia.

Padre

-Pues para eso mejor le ponemos el pasamontañas que le regaló el primo, que también va a estar en casa del abuelo.

Madre

-¿El pasamontañas? ¿El pasamontañas de lana que le cubre también la boca?

Padre

-Sí, para que vea que le hacemos aprecio.

Madre

-¿Y si le ponemos la bufanda que le regaló la vecina, que también va a estar en casa del abuelo?

Padre

-¿Y los guantes forrados? ¿Y el paraguas?

Sé que más de uno está imaginando el vía crucis de ese bebé hasta la casa del calvario, con su abrigo puesto, el impermeable por encima, el pasamontañas, la bufanda alrededor del cuello, los guantes, el paraguas... pero no. El bebé tuvo suerte. Después de horas de discusión sobre la indumentaria idónea, el bebé acabó por dormirse y, en el entendido de que ya era tarde, sus padres optaron por posponer el paseo y la visita para mejor día y hora.

4 de abril

Si algún problema vengo padeciendo al margen de todos los que llevo expuestos, ese es el del lenguaje. No poder, todavía, articular palabra, me llena de impotencia. Observo a los demás como hablan y trato de imitarlos. Buscando arrancar un sonido a mis cuerdas vocales, muevo la lengua tanto como los ojos, soplo, y sólo consigo, a cambio, algunos balbuceos que se quedan sin aire desde que los provoco.

Y tampoco mis padres están siendo de gran ayuda. Cualquier gesto sonoro que yo haga, cualquier respingo mío, inmediatamente lo interpretan como “es que tiene hambre” o “es que tiene sueño”, así se trate de mi padre o de mi madre quien tenga a cargo la consulta a los oráculos.

Por alguna razón inexplicable, uno y otra siempre van a coincidir en el mismo diagnóstico, no importa que la causa sean mis babas, mi llanto, un estornudo, no importa qué me pase o qué yo haga, estoy condenada a tener hambre o a tener sueño.

Recientemente, mi madre ha dado con otra posible explicación para mis primeros escauceos en la comunicación con lo que, además de sueño, también puedo tener... aburrimiento.

Pronósticos aparte, justo es reconocer que terminan acertando, aunque para lograrlo yo deba pasar por toda suerte de estériles esfuerzos, y demostrar que no tenía sueño, ni estaba aburrída, ni quería comer, antes de que, finalmente, el mal olor les anime a cambiarme.

Sin embargo, lo que me está consumiendo es su insistencia, desde que nací, en velar mis sueños con un artilugio colgante del que penden y giran, como carrusel, las figuras de unos animalitos, al son de una cajita de música que, una vez se le da cuerda, hace sonar brevemente algunos compases de la Canción de Cuna de Franz Schubert.

Sí, bellísima canción, entrañable melodía que haría dormir como a un bendito a Jack el Destripador pero, ocurre que, en mi corta vida, ya la he escuchado 45 veces al día, para un total aproximado de cuatro mil emisiones. Schubert ya me sale por las orejas, hasta por el pañal. No lo soporto más. El resto de mi vida sólo se mueve al compás de la... bendita canción de cuna. La cantan los personajes de los cuentos con los que sueño, la bailan la tía Leyre y el tío Igor cada vez que vienen a casa, tía Mey y tía Mentxu se la saben, tía Olatz y Patxi la tararean por teléfono, mi abuelo la toca al clarinete, la vecina de enfrente la conoce, mi padre la silba, mi madre la canta, y yo me vuelvo loca, tratando de agarrar a alguno de los animalitos que giran en torno a mi cabeza para hacerlo trizas y poner fin al musical carrusel de Schubert, iporque ya no soporto su... canción de cuna!

Ni siquiera es toda la pieza, sólo una primera estrofa la que se repite una y otra vez. Además, conforme la cuerda se va gastando, van también las notas mostrando su cansancio, languideciendo hasta apagarse. Y cada vez que estiro los brazos en busca de alcanzar el dichoso artilugio para poner fin a la pesadilla, mis padres interpretan el intento como expresión de júbilo por la música y vuelven a darle cuerda al mecanismo.

Repito que nada tengo contra Schubert y que espero sobreponerme a su popular melodía sin que resultemos damnificadas ninguna de las dos pero, mientras tanto, hasta las tetas de mi madre, cuando las convoco, bailan y cantan la canción de cuna.

La música y los bebés

Para nadie es un secreto la positiva influencia que ejerce cierta clase de música entre la gente. También sobre los animales y las plantas.

Estudios publicados a los que no obstante mi corta edad he tenido acceso, y no voy a decir cómo, aseguran la conveniencia de que los enfermos de reumatismo escuchen música clásica. Eso era al menos lo que decía el científico austriaco Guenther Bernartzky, así como los muchos reumáticos que, aún cuando no mejoraron sus dolencias, al menos disfrutaron de una inolvidable terapia.

El médico Petrus Van Swieten, ya en 1773, insistía en las bondades de la música clásica para combatir la “gota”, y otros especialistas han puesto como ejemplo la música barroca para enfrentar el estrés, el miedo o el dolor.

Hasta se ha llegado a afirmar que no hay mejor medicina para paliar los efectos del Parkinson que la Marcha de Radetzky de Johann Strauss.

En ese mismo orden otros estudios han demostrado que las vacas ordeñadas a los acordes de la música de Mozart daban más leche que las que, simplemente, debían escuchar los gritos e insultos del ganadero. Y no dudo que si las gallinas tuvieran en las granjas hilo musical para escuchar a Chopin, Beethoven o Bach, no sólo pondrían más huevos sino que serían de dos yemas.

La música clásica, entre otras que iré detallando, es un elemento primordial en la consolidación de nuestra estructura cerebral o, lo que es lo mismo, uno de los factores que más contribuye a potenciarnos como seres humanos. Y no estoy hablando por lo que ha sido mi experiencia desde que naciera,

sino por el acierto que tuvieron mis padres al ponerme en contacto con los clásicos durante los meses de gestación.

A la música clásica debo inolvidables momentos vividos durante aquellas noches en Santo Domingo, con mis padres en la cama y disfrutando el Cannon de Pachelbel; momentos inolvidables, incluso, a pesar de que, abruptamente, se fuera la luz en el paraíso (metáfora que es también el nombre del sector en que vivíamos) y otro concierto, de plantas eléctricas y maldiciones, silenciara al musical.

Apagones al margen, la música clásica es un indispensable requisito para el buen dormir y el mejor soñar. En consecuencia, la garantía de un reparador descanso.

La música clásica es, también, una perfecta compañía durante la lactancia, el complemento ideal para los senos. Tampoco está de más acompañar los ratos de higiene y vestuario con más música clásica, variando los autores y los estilos, así como recurrir a ella en la limpieza de unas heces fecales que, en mi caso, debido a la terapia, muestran un mejor color y aroma.

Tanto durante el periodo prenatal como en los primeros tres meses de vida, la música clásica es una de las más útiles herramientas que vamos a tener para “organizar” nuestro pensamiento y para que éste resulte sensible, armónico, y juicioso. La criticidad resultante se ocupará del resto.

A partir de los tres meses es que debemos introducir otros géneros musicales, cuidadosamente seleccionados y de manera gradual.

Géneros musicales y edades

-Periodo Prenatal y primeros 3 meses: Clásica. (*)

-De los 3 a los 6 meses: Exposición gradual a músicas autóctonas o folclóricas, con especial atención a la del lugar (*)

-De los 6 a los 12 meses: Paulatina integración a la dieta musical de jazz, beat, rock, soul y otros.

-De los 12 a los 36 meses: Incorporación de los estilos musicales restantes, preservando la salud mental de los bebés de las epidemias tóxicas puestas en solfa.

-De los 36 meses a los 18 años: Refuerzo programado, en función de las horas, ambientes y actividades, de todos los géneros citados, y examen de apertura a nuevas composiciones y estilos.

(*) La música clásica, que deberá variarse en relación a estilos y autores, se mantendrá durante toda la vida, incluyendo el día del entierro (Réquiem de Mozart) o la cremación (Sinfonía del Nuevo Mundo-Dvorak)

(*) En lugares como República Dominicana, la música autóctona (merengue y bachata) debe mantenerse lejos del alcance de los niños todo lo que se pueda, de manera que no vayan prematuramente a padecer frecuentes otitis e, incluso, sordera crónica. Evitando la exposición de los bebés a estos peligrosos virus solfeados preservamos, también, en mejor estado sus neuronas. También se debe guardar extremo cuidado en la exposición de los bebés a géneros como la jota navarra y la música del Tirol.

Peligros sonoros para la infancia

Fuentes que gozan de mi absoluto crédito, no obstante basarse en investigaciones de especialistas que prefirieron mantener en reserva su identidad, coinciden en señalar el peligro de exponer a una criatura durante la gestación y primeros 12 años de vida, a ciertas composiciones que, si bien es cierto pueden aparecer en cualquier estilo musical, son corrientes en las llamadas baladas. También suelen aparecer, con harta frecuencia, en la llamada “canción española” y en expresiones musicales tan distantes como “heavy-metal”, “metálíka” y “funky”, por citar algunas.

Esas exhaustivas investigaciones de prestigiosas universidades que, prefiero no citar, han demostrado como 9 de cada 10 bebés expuestos a composiciones de José Luis Perales y Rocío Jurado, por citar dos casos, han tenido infancias turbulentas, caracterizadas por hondas depresiones, paranoias diversas y repetidos accesos de tos y vómitos. El décimo era sordo.

Otros investigadores que desarrollaron valiosos experimentos con insectos, llegaron a parecidas conclusiones demostrando que el 80% de las moscas expuestas a radiaciones solfeadas de Bustamante, David Bisbal y Ricardo Montaner, se suicidaron en masa, estrellándose contra puertas y paredes. El 20% restante logró huir.

Pensar que los bebés expuestos a las solfainfecciones citadas puedan correr la misma suerte es, probablemente, un juicio prematuro, acaso aventurado pero, en la atención sanitaria a los bebés debe centrarse, especialmente, la medicina preventiva y, por ello, la necesidad de que antes de que aparezca la sonora infección se tomen los correctivos de lugar.

Cómo prevenir la solfainfección en los bebés

1.- Mantenga la radio y la televisión siempre apagadas para no verse sorprendida en su buena fe con repentinas emisiones solfainfecciosas que enfermen a su bebé.

2.- Así tenga la radio sintonizada al mínimo volumen posible, absténgase de pasar cerca del aparato no vaya a ser que alguno de los cantantes citados se le escape una nota y le caiga a su bebé en el oído. Es recomendable, para evitar riesgos, atender la primera opción y desenchufar cualquier aparato del que no tengamos absoluto control de su emisión.

3.- No permita que su bebé quede a cargo de un pariente o vecina, en otra vivienda que no sea la suya, durante los horarios de emisión al público de festivales, galas y otras ruinas televisivas.



Itxaso, luego de que fuera sorprendida por la emisión en la radio local de una canción de José Luis Perales. La bebé, que sufrió diversos traumatismos en el oído izquierdo, tras pasar dos días en observación en el centro de salud de Azpeitia, fue remitida a un centro especializado de San Sebastián en el que se recupera. Se confía en que no le queden secuelas.

4.- Facilite a su bebé religiosamente los antivirus musicales que le permitan sobrevivir a los embates de las ondas bodrianas,

con una bien condimentada ración de clásicos y músicos de calidad en general.

Receta musical para dormir a un bebé

Para dormir a un bebé es preciso tener en cuenta diversos factores como la luz, la temperatura o el ambiente, así como la música, especialmente en los primeros 12 meses de vida.

La presente receta, sólo es una sugerencia que usted deberá sazonar como mejor le plazca. Yo me limito a darle los condimentos y usted sabrá qué hacer con ellos. Recuerde que, alrededor de su bebé, muchos familiares y supuestos amigos van a estar proponiendo música y que no siempre su propuesta va a ser decente. No se sume a la campaña. Trate de ayudar a su bebé y no lo esponga a las comunes musicales bazofias.

Para que no alegue ignorancia, aquí le suministro un amplio catálogo de composiciones y autores, idónea compañía para procurar y acompañar el sueño de su bebé:

-La cantante irlandesa Enya, tiene, por ejemplo, entre otras joyas, dos composiciones sublimes para acompañar esa transición de la realidad a lo onírico:

“How can i sep from singing?” y “Marble Halls”.

-De Louis Armstrong yo nunca dejaría de oír en la cuna una pieza exquisita llamada “St. James Infermery”, y mejor la versión de estudio que cualquier otra en directo.

-Del grupo vasco Haizea, desaparecido como grupo del escenario musical, rescato, y habría más, una composición entrañable:“Loa, loa”.

-De John Lennon, “Imagine”.

-De Silvio Rodríguez, entre otras muchas, “La Gota de Rocío”.

-De Lluís Llach no me resigno a prescindir de “Laura”.

-De Don MacLean, un tema que, creo, se llama “Story, story night”.

-De Bob Dylan, “Desolation rown” “Ley, lady ley” “Blowing in the wind”

-De Cat Stevens, “Morning has broken”

-De Rolling Stones, un viejo tema llamado “Aster go bye” y “Angie”

-De The Beatles, “Because” y “Something” de “Abbey Road”; “Blackbird”, “Honey Pie” y “Julia” de su disco blanco, “For no one” de Revolver, “Girl” de Rubber Soul, y “And i love her” y “Hill there was you”.

-De George Harrison, sugiero el tema “Isn` t it a pity”.

-De George Moustaki, “El Extranjero”.

-Entre los clásicos existen cientos de soberbias muestras entre las que me permito sugerir el “Cannon” de Pachelbel y la sonata al Claro de Luna de Beethoven.

-De la República Dominicana, junto a algunas composiciones de cantantes que recomiendo encarecidamente, como Sonia Silvestre, J.L.Guerra, Víctor-Víctor, Patricia Pereyra o Manuel Jiménez, propongo una pieza que es mi debilidad: “Ombe” de Luis Díaz.

La banda sonora de la película francesa “Los niños del Coro” es también oportunísima, tanto para el buen dormir como para el mejor despertar.

Y entre Los Panchos y Edy Gorme, Lorena McKennitt, Cesarea Evora, Zitarrosa, Mikel Laboa, Oskorri, Simon y Garfunkel, o Peter, Paul and Mery, o Milanés, Pink Floyd, Jack Brel, Chico Buharque, Mercedes Sosa, Serrat, Aute, por citar algunos, van a aparecer notables composiciones adecuadas a la labor que se propone.

Artilugios sonoros

Los artilugios sonoros, en cualquiera de sus formas, son parte del amplio catálogo de regalos que se nos hacen.

Y aprovecho el tema para llamar la atención sobre la absoluta carencia de estudios en relación a los efectos de estos artefactos en los bebés, no obstante los muchos casos de malformaciones auditivas y trastornos cerebrales registrados como consecuencia de semejantes exposiciones.

Desgraciadamente, los mismos padres conscientes de la importancia de hervir el agua para evitar la presencia de bacterias; que se preocupan por la calidad e higiene de los alimentos que dan a sus bebés, no tienen, sin embargo, el menor cuidado en exponerlos a los gérmenes que arrastran los molestos pitidos, los sonidos desagradables, los ruidos en general.

Aunque cada día es mayor el número de artilugios sonoros destinados a los bebés que salen al mercado, los más comunes siguen siendo las tradicionales cajitas de música, los clásicos sonajeros, las postales musicales, ahora también por Internet, y las muñecas o peluches que cantan y pitan.

-Las Cajitas de Música

Se dice que las cajitas de música son originarias del pueblo suizo de Sainte Croix y que tienen más de dos siglos de existencia. Desde que la primera fue creada, muchas son las que se han construido en toda clase de materiales, incluyendo las maderas y las piedras preciosas. Aunque en un primer momento su invención no estaba destinada a servir como distracción a los niños, con la aparición del fonógrafo, la cajita de música fue desapareciendo como regalo típico de

enamorados u homenaje a la madre, limitando su función a la que hoy le conocemos.

Al margen de estos datos, la virtud o el pecado de una cajita de música va a depender tanto de la selección de la pieza musical como de la calidad de la grabación y del mecanismo de cuerda, sin desdeñar las características de la cajita y su posible belleza y gracia.

Acertar o equivocarse en la elección de una pieza musical adecuada es determinante para el éxito o el fracaso de la cajita de música. Poco importaría la excelencia de la grabación si la selección de la melodía no fuera la más adecuada. Una cajita de música que arrulle nuestros sueños o acompañe nuestros amaneceres con la llamada "canción del verano", de cualquier verano, puede constituirse en la primera fuente de disturbios en la vida de un bebé, alterando su tiempo de sueño, sus horas de lactancia, modificando su humor e, incluso, generando frecuentes cefaleas y desórdenes gástricos. El regalo que para un adulto pudo constituir una gracia, para un bebé se convierte en una insoportable maldición a la que lo condenamos varias veces al día y con las consecuencias que es lógico prever: desarreglos durante el crecimiento, alteraciones sensoriales, retraso en el aprendizaje, y graves problemas con los estudios.

Muy al contrario, hay delicadísimas piezas clásicas que hacen nuestras delicias, aportando su necesaria serenidad y brillo a puntuales momentos del día y que, sin embargo, reducen su eficacia, si no están sostenidas en grabaciones de calidad y en un mecanismo de cuerda adecuado.

De ahí la importancia de calibrar correctamente la elección de la cajita de música que vayan a regalar a un bebé. Ese sonido acampanillado y discreto, reiterado en sus noches y en sus días, suele ser la primera referencia musical de un bebé.

-Los Sonajeros

El primer sonajero del que se tiene conocimiento era una calabaza seca rellena de semillas que se utilizaba para ahuyentar a los malos espíritus. Con ese fin se agitaba frente a los recién nacidos o, más tarde, en caso de enfermedad del bebé.

En los pueblos próximos al mar, los sonajeros se construían con conchas de moluscos rellenas de piedrecillas y en zonas montañosas con piñones y semillas. El medio natural se ha ocupado siempre de aportar los materiales y las formas.

Fueron los egipcios los que 1360 años antes de Cristo popularizaron los sonajeros, contruidos de madera o arcilla y rellenos de semillas y granos, al usarlos, también, como objetos de diversión que se ponía en las manos inocentes de los niños y que, probablemente, mucho tuvo que ver con los altos porcentajes de niños egipcios tuertos, no obstante las precauciones que tomaban los fabricantes. Por otra parte, en relación a la presunta eficacia didáctica del sonajero, de justicia es reconocer que nunca ha llegado a nosotros noticias de egipcio alguno que despuntara en la música.

En tumbas infantiles egipcias era frecuente encontrar sonajeros en forma de ave, siempre desprovistas de pico y patas para limitar el número de lesiones en los bebés; de cerdo, cuyas orejas, por las mismas razones, aparecían pegadas a la cabeza; y de oso, naturalmente sin uñas. Solían estar revestidos de seda y pintados de azul celeste, color mágico para ese pueblo.

Todavía hoy, en muchos pueblos de Africa se fabrican sonajeros con vainas vegetales secas y se usan, como antes, para producir sonidos, asustar a los demonios y divertir a los niños.

No obstante su antigüedad y aunque hay distintas versiones con respecto a su eficacia, los sonajeros son una de las primeras

desgracias sonoras con que se nos violenta, especialmente, por el abusivo uso que se hace de los mismos. Ese cosquilleo repentino de granitos de arroz o piedrecillas de un sonajero, típico sonido de la mayoría, en una o dos ocasiones puede resultar, incluso, grato, siquiera ameno. Más aún si se hace sonar con discreta gracia, con cierto sentido del ritmo. Lamentablemente, la mayoría de los padres e intrusos suelen hacerlos sonar de manera persistente y sin ningún musical atributo.

Las consecuencias a estas exposiciones suelen darse a corto y largo plazo. En lo inmediato provocan en el bebé un irritante estado de desasosiego, sin saber nunca cuando volverá a sonar el artilugio o cesará por fin su ruido, y que da paso al inconsolable llanto. Este suele ser el momento elegido por el instrumentista para hacer sonar con más fuerza el sonajero, en el entendido de que eso es, precisamente, lo que está demandando el llanto del bebé.

A largo plazo, está demostrado que los bebés expuestos frecuentemente al ruido de los sonajeros, experimentan rápidamente una fuerte adicción a tocar las maracas, las propias y las ajenas, con nefastos resultados.

-Las Postales Musicales

De reciente aparición, las postales musicales son una de las más brutales expresiones sonoras con que, consciente o inconscientemente, se maltrata a los bebés.

Con independencia de la música elegida, la pésima calidad del sonido convierte a estas postales en una intolerable

provocación, responsable de buena parte de las otitis prematuras que afectan a los recién nacidos.

Estudios comparativos efectuados en bebés han demostrado que los recién nacidos sometidos a radiaciones sonoras provenientes de postales musicales, tosen con más frecuencia, generan más babas y padecen constantes diarreas.

Y no otra cosa puede decirse de las patéticas tarjetas electrónicas.

-Muñecas y Peluches

Para la salud mental y física de los bebés, tan peligrosas como las postales musicales son las muñecas y muñecos que cantan y los peluches que pitan.

Además, el que dependan para que suenen de que se les presione la barriguita, suele ser causa en el bebé de peligrosas equivocaciones cuando tiene un hermano o hermanita, o existen animales en la casa.

Las canciones infantiles

Uno de los aspectos más preocupantes en relación a la educación musical de los bebés es el de las llamadas “canciones infantiles”. Y básicamente por dos graves razones: La primera, porque las “canciones infantiles” que se cantan actualmente son, en general, las mismas que ya eran viejas cuando las cantaban nuestros abuelos, lo que denota una absoluta falta de interés por parte de la sociedad en la que nacemos de ofrecernos alternativas musicales más contemporáneas y, sobre todo, menos deprimentes.

Y esta es la segunda razón, la espeluznante, porque no tiene otra palabra, sucesión de barbaridades, letra y música, que se nos sugiere como canciones inocuas, incluso, pedagógicas, y que no dudo tengan mucho que ver con algunas agresivas conductas que estamos manifestando.

Sus textos son, sencillamente, abominables, y buscan inducir al bebé o al menor a conductas egoístas, machistas y hasta promiscuas.

Si de muestra vale un botón, aquí les dejo una:

“Tengo una vaca lechera, no es una vaca cualquiera,
me da leche merengada, ¡Ay que vaca tan salada!

¡Tolón tolón! ¡Tolón, tolón!

Un cencerro le he comprado y a mi vaca le ha gustado,
se pasea por el prado, mata moscas con el rabo

¡Tolón, tolón! ¡Tolón, tolón!

Qué felices viviremos cuando vuelvas a mi lado,
con sus quesos, con tus besos, los tres juntos ¡Qué ilusión!

¡Tolón, tolón! ¡Tolón, tolón!”

Alguien puede explicarme qué se está sugiriendo con tan particular “menage a trois” en el que, a falta de un tercer hombre o tercera mujer, aparece una vaca que ya daba leche y que ahora promete el queso, a lo que habría que añadir los besos de la dama...tolón, tolón.

¿Qué derecho puede tener un padre que haya arrullado el sueño de su hijo con semejante canción infantil, a recriminarle que, cualquier día se acueste con la vecina y con el perro? Y no es el único ejemplo:

“Al pasar la barca, me dijo el barquero
las niñas bonitas no pagan dinero.

Al volver la barca me volvió a decir
las niñas bonitas no pagan aquí.
Yo no soy bonita ni lo quiero ser,
las niñas bonitas se echan a perder.
como soy tan fea, yo le pagaré,
arriba la barca de Santa Isabel”.

Supongo que no se precisan excesivas cavilaciones para llegar a la conclusión de lo que se plantea en esta canción infantil, tan tradicional como perversa.

Ante la sutil propuesta del pederasta barquero, que, además, es reincidente, a la niña, el autor de la canción no le da más opciones para defenderse del acoso al que la somete el barquero que asumirse fea, renunciar a su propia estima.

Mientras el barquero, al parecer, sigue ejerciendo su trabajo y sus extraños cobros sin que una denuncia lo someta, sin que la policía lo moleste, la niña es la que debe renunciar a su vida “para no echarse a perder” porque es ella, en definitiva, la que se pierde.

Y la misma situación, aunque con diferente desenlace, nos encontramos en otra tradicional canción infantil:

“El cocherito leré, me dijo anoche leré,
que si quería leré, montar en coche leré.
Y yo le dije leré, con gran salero leré,
no quiero coche leré, que me mareo leré”

Otro pederasta suelto, en este caso el chofer del coche que, al paso de la niña, le ofrece montarla.

La diferencia con respecto al anterior ejemplo, es que, al menos, la niña de esta canción no se ve obligada a cambiar de acera por la impune presencia en la calle del cocherito porque,

al igual que en la otra canción, el pederasta sigue funcionando como chofer, reiterando sus propuestas a todas las niñas que pasen y sin que la justicia actúe.

El que las canciones infantiles sean tan viejas, tan nada que ver con nuestra realidad, puede ser causa, incluso, de serias confusiones políticas.

“Quisiera ser tan alta como la luna,
ay, ay, como la luna, como la luna.
Para ver los soldados de Cataluña,
ay, ay, de Cataluña, de Cataluña.
De Cataluña vengo de servir al rey,
ay, ay, de servir al rey, de servir al rey.
Y traigo la licencia de mi coronel,
ay, ay, de mi coronel, de mi coronel”.

Otras veces, los textos ya no es que parezcan de hace dos siglos sino que resultan absolutamente inverosímiles. Y para muestra, el siguiente:

“Cucú, cantaba la rana; cucú, debajo del agua.
Cucú, pasó un caballero; cucú, con capa y sombrero.
Cucú, pasó una señora; cucú, con traje de cola.
Cucú, pasó un marinero; cucú, vendiendo romero.
Cucú, le pidió un ramito; cucú, no le quiso dar.
Cucú, y se echó a llorar”.

Ranas al margen, no voy a preguntarles si han visto pasar a ese caballero de capa y sombrero por alguna esquina de su barrio. Tampoco si han visto a la señora con traje de cola en la fila del supermercado. Porque podría resultar que sí, que sí han visto, acaso una vez, a la señora y al caballero. Lo que estoy seguro no

habrán visto nunca es a un marinero vendiendo romero. Yo, lo reconozco, ni siquiera he visto a un marinero pero, cuando lo vea, supongo que lo veré pescando merluzas o limpiando bacalaos, no vendiendo romero. Y si alguien en el mercado me vende romero, sé que no va a ser un marinero.

Tampoco se entiende el reproche final hacia el insólito marinero por no querer dar romero a quien se lo pide. Si hemos dejado sentado que está vendiendo romero no lo va a regalar, así por la cara bonita del caballero o de la señora que, en lugar de pedir un ramito, debieran comprarle el puesto, que una cosa es que sea marinero y otra que sea bobo. Y si lloran, que lloren.

El sentido de la propiedad es una constante en las canciones infantiles. Como si hubiera, y no lo dudo, un especial interés en fijar a tan temprana edad semejante concepto, son numerosas las referencias a la propiedad que se hacen en las canciones, al igual que la conveniencia de no dar, de no ser solidario.

Ejemplos:

“Tengo una vaca lechera....”

“Tengo, tengo, tengo, tú no tienes nada”

“Tengo una muñeca vestida de azul...”

“Yo tengo un castillo, matarile rile rile...”

“El patio de mi casa es particular...”

“Antón Pirulero...cada quien, cada quien, que atienda su juego...”

“le pidió un ramito, no le quiso dar...” (Cucú cantaba la rana)

“que rompa los cristales de la estación, y los tuyos sí y los míos no... (Que llueva, que llueva)”

Si en algo han demostrado eficacia estas, aparentemente, inofensivas cancioncitas infantiles, ha sido en lo tocante a

reproducir la ideología machista y establecer los roles que deben empezar a jugar los hijos, también, cuando son hijas. Entre otros vergonzosos ejemplos, les apunto los siguientes:

“Soy capitán de un barco inglés,
y en cada puerto tengo una mujer.
La rubia es fenomenal
y la morena tampoco está mal.
Si alguna vez me he de casar
me casaré con la que me guste más”

“Arroz con leche se quiere casar con una señorita de la capital,
que sepa coser, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir
a pasear.
Con ésta sí, con éste no, con esta señorita me caso yo.
Cásate conmigo que yo te daré zapatos y medias color café”.

En “La canción del enano”, muy popular en el Caribe, se pone de manifiesto ese cuidado toque de crueldad tan “infantil”:
“Me casé con un enano
para poderme reír.
Le puse la cama alta
y no se pudo subir.”

Pero ninguna canción infantil reproduce con tanta gracia y candor la violencia de género como la que narra, porque todavía se canta, el crimen de la mujer de Antón Carolina:

“Antón Carolina... na... na
mató a su mujer... jer... jer
la metió en un saco... co... co

la mandó a moler... ler... ler.
El molinero dijo... jo... jo
esto no es harina... na... na
esta es la mujer... jer... jer
de Antón Carolina... na... na.”

No me parece que sea necesario abundar en detalles sobre la conveniencia de que se busque al autor de esta pieza para que corra la suerte de la mujer de Antón Carolina, mujer que, además de carecer de identidad, también perdió la vida en la canción.

Otra de las constantes en las canciones infantiles son las letras reiterativas y cansinas que sólo tienen eficacia la primera vez que se cantan porque, ya para la segunda, todo el mundo está advertido del abuso que se incuba y se pone a salvo antes.

Son las llamadas canciones interminables cuyo propósito no es disfrutar el gozo de cantar, ni mejorar el conocimiento de las notas y escalas musicales, sino el de aburrir hasta la somnolencia a quienes, pobres ingenuos, se sumaron al coro.

Los que siguen son algunos ejemplos:

“Había una vez un barquito chiquitito, (se repite)
que no sabía, que no sabía, que no sabía navegar.
Pasaron un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, semanas, (se repite)
Y aquel barquito, y aquel barquito, y aquel barquito navegó.
Y si esta historia parece corta volveremos, volveremos a
empezar.
Había una vez un barquito chiquitito...”

“Un elefante se balanceaba en la tela de una araña
y como se divertía al ver que no se rompía llamó a otro elefante.
Dos elefantes se balanceaban en la tela de una araña...”

“Debajo de un botón ton ton
había un ratón ton ton...”

En definitiva, que alguien, por favor, se ponga a componer, que en alguna parte otro más se dedique a cantar, que cualquier nueva canción, por ramplona que sea, siempre será mejor que seguir exponiendo a la infancia a las perversas canciones citadas.

8 de abril

A veces resulta penoso observar hasta qué punto puede un adulto hacer el ridículo. Y todo para entretener a un bebé cuya única demanda era volver a casa y dormir. El padre, de la edad del mío, paseaba a su bebé por la misma calle por la que yo iba o, mejor dicho, me transportaban, y casi a la misma altura, así que no tenía que hacer mayores esfuerzos para enterarme del conflicto.

Al parecer, el padre de la criatura consideraba que su bebé estaba aburrido y que el único remedio a esa enfermedad dependía de él, de su capacidad para imitar el sonido de todos los animales caseros y salvajes que conocía para disfrute de su bebé. No obstante la amplitud de un repertorio en el que no faltaba ni el ornitorrinco, la terapia no surtía efecto en el agotado bebé por lo que el padre, en lugar de regresar a casa y acostarlo, que era justamente lo que el bebé reivindicaba, procedió a mostrarle todas las graciosas muecas que era capaz de crear y de las que, también, andaba bien surtido.

Tras el mismo éxito que le conociéramos con las imitaciones, el bebé retomó la iniciativa y dio inicio a un llanto desgarrador cuyo triunfo no pongo en duda por más que mi padre doblara nuestro cochecito por otra calle y yo me perdiera el desenlace.

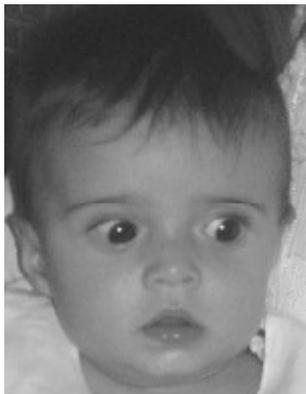
Y todo por no aceptar que el aburrimiento es parte de la vida y todos y todas tenemos derecho a aburrirnos.

¿Alguien conoce mejor distracción para el espíritu y el cuerpo que derrumbarse sobre la cuna y pasarse las horas muertas observando el ir y venir de las moscas por la habitación? ¿Hay mayor gozo cuando se nos acomoda en la silleta y se nos saca a la terraza que contar los gorriones o distinguir cuando un bocinazo es de camión y cuando de automóvil?

Se nos quiere hacer creer que el aburrimiento es malo por lo que tiene de desperdicio, como si esas horas de profunda abstracción, de saludable ausencia que siempre coronamos con bostezos, pudieran tener una mejor inversión. Aburrirse no sólo es un arte, es también un derecho que, en algún momento, habrá de ser recogido por Naciones Unidas.

Por ello, si estás planificando un aburrimiento, no temas que descubran tus intenciones ni te avergüences de aburrirte, y abúrrete de la manera más amena posible, hasta que tu aburrimiento sea tan divertido que no quieras dejar de aburrirte, y así contagies tu aburrimiento a los demás aburridos y podáis disfrutar de una aburridísima y compartida velada de tedios.

Cualquier cosa, antes que volver a ver a un padre haciendo el ornitorrinco.



“... como si esas horas de profunda abstracción, de saludable ausencia que siempre coronamos con bostezos, pudieran tener una mejor inversión”

14 de abril

No es todos los días que puedo hablar bien de mis padres, así que no voy a dejar pasar esta ocasión. Y es que les aplaudo y celebro su decisión de no colgarme pendientes que exijan perforar mis orejas, y su rechazo a hacerme socia de un partido político, una iglesia o un club de fútbol.

Entiendo que hay decisiones que no pueden esperar a que yo las tome, por ejemplo, el nombre que tengo y que, en cualquier caso, podría cambiar más adelante, aunque no vaya a ser así.

Pero hay otras decisiones que muchos padres toman alegremente, a nombre de los hijos, y que bien podrían esperar algunos años.

Mi cuerpo es mío, y me pertenece a mí, a nadie más. Perforar este cuerpo, hacerle hoyos, sean las orejas, las cejas o el ombligo, es una decisión que yo sabré tomar a su debido tiempo. No necesito que nadie se anticipe a mi deseo, que decida a mi cargo, que complazca su gusto y pretenda que satisfice el mío.

La vieja excusa, en relación a los pendientes, de que así se distingue si es niña o niño, hace ya rato que perdió sentido porque cada vez son más los varones que también usan pendientes.

Y si aceptamos que los lleven los varones porque así lo decidieron ellos ya de adultos, ¿por qué entonces no esperar a que las hembras hagan lo propio y decidan de adultas si llevan o no aros o colgantes?

En cualquier caso, lo que quiero que sepan es que, si algún día entro a una iglesia, a un campo de fútbol o a un club social para quedarme, quiero ser yo quien lo determine. Cualquier idea o concepto que maneje quiero ser yo quien lo construya.

Cualquier proyecto que en el futuro emprenda quiero ser yo quien lo realice. Y quisiera contar entonces con la ayuda de mis padres, de mi familia, de la sociedad de la que formo parte, pero siempre que quede claro que mi vida la decido yo.

17 de abril

Que mis padres estén desempleados, aunque ellos no acaben de entenderlo, creo que es más motivo de gozo y alegría que de preocupación. Entre otras cosas, este diario no habría sido posible de estar mis padres ocupados en las comunes labores y horarios, porque nunca hubieran tenido tiempo para pasarme a máquina estas reflexiones. Y es que, el desempleo, que algunos consideran un drama social, constituye, sin embargo, la condición inevitable para acceder a ese divino estadio del desarrollo humano caracterizado por no hacer nada. Cualquiera que haya experimentado alguna vez la sensación de no hacer nada sabe de los sublimes pensamientos que somos capaces de generar desde nuestra aparente inactividad y que muchas personas, entretenidas en sus afanes, jamás disfrutarán.

Además, la mayoría de los trabajos, por lo que he ido viendo, son absurdos y prescindibles. Ningún sentido tiene trabajar de portero de un club y dedicar ocho horas de existencia al día a abrir la puerta a una caterva de incapaces que pudiendo abrírseles ellos, necesitan humillar a uno con exigencias clasistas y desfasadas. El oficio de friegaplatos hace ya tiempo que debió ser abolido cuando existen los platos desechables y máquinas que hagan el trabajo, y ni siquiera la profesión de camarero debiera mantenerse en plena era del autoservicio.

Existen también razones religiosas para rechazar el flagelo del trabajo que deben tenerse en cuenta. Dios no se iba a tomar la molestia de hacer un mundo tan hermoso y colocar sobre la tierra las más bellas especies, si los humanos, por vivir tantos miserables ajetreos no fuéramos a disfrutarlas. ¿Quién podría celebrar los serenos atardeceres si los seres humanos tuviéramos que pasarnos el día detrás de un mostrador atendiendo a impertinentes? ¿Qué secretaria perdería su

tiempo colgada de un teléfono, repartiendo buenos días y buenas tardes a todos los cretinos que llamen a la oficina, cuando a esas mismas horas podría estar asistiendo al extraordinario milagro de la lluvia derramándose sobre calles y tejados?

De hecho, entre las muchas órdenes impartidas por Dios y reveladas en los libros sagrados por quienes, se supone, estaban a su lado, apenas si hay una leve y sutil sugerencia, para nada vinculante, sobre la posibilidad de que los humanos ejerzan de vez en cuando algún tipo de labor. Si hemos de atenernos estrictamente, tal y como algunos puristas aseguran, a las alegadas palabras divinas cuando dicen que dijo: "ganarás el pan con el sudor de tu frente", habrá de convenirse en que sólo habló del pan. Nada dijo de electrodomésticos, vehículos, casas, hipotecas y otros alimentos y artefactos. Y que nadie venga a pretender justificarlo con el alegato de que se trata de una figura literaria sujeta a las circunstancias de su tiempo, una especie de bíblica metáfora porque Dios, que todo lo sabe, si en algo fue enfático fue en afirmar la necesidad de que creciéramos y nos multiplicáramos.

Y me pregunto ¿cómo vamos a hacerlo si el trabajo nos impide encontrarnos y cuando lo conseguimos la fatiga convierte la fiesta del sexo en la antesala del divorcio?

Nada más perverso para Dios que separe el hombre lo que él ha establecido. De ahí que el desempleo, sobre todo si es compartido, ayude más que ningún congreso sobre relaciones humanas al ayuntamiento de la carne a cualquier hora y de cualquier manera.

Pero el desempleo no es sólo una necesidad divina. También la ciencia precisa de seres humanos desocupados.

Si Newton hubiera estado trabajando jamás habría descubierto la teoría de la gravedad. Para su fortuna y la nuestra, se

encontraba el hombre descansando, ensimismado en sus fantasías, a la sombra de un árbol, ayudando acaso a sus intestinos a completar una perfecta digestión, cuando vio caer una manzana. Esa misma manzana que había estado cayendo repetidamente durante tantos años y que la gente ocupada nunca advertía por vivir condenada a esa lacra que llaman oficios, sin tiempo para advertir los bellos fenómenos que nos ofrece la naturaleza.

Newton era dueño de su tiempo y de su espacio y, por ello, fue él quien reparó en la caída de la manzana. Ni siquiera tuvo la fruta que impactarle en la cabeza, como algunos historiadores mienten, porque esa ociosidad, que es la madre del genio y de la creatividad, fue lo que llevó a Newton a pensar en las razones que había tenido la manzana para desprenderse y edificar, por tanto, su genial teoría.

Bécquer nunca se hubiera interrogado sobre la suerte de golondrinas y arpas de haber malgastado su vida trabajando en un periódico como corrector, y Beethoven no hubiera compuesto ninguna de sus nueve sinfonías de haber tenido que pasarse el día conduciendo un autobús de transporte público.

Ojalá que mis padres lo acaben entendiendo y que podamos, entre todos, dignificar y celebrar el desempleo, cuando el trabajo, además, ni siquiera compensa con su salario, la placentera renuncia a hacer nada.

24 de abril

Una de las peores desgracias que nos puede caer en suerte a los bebés, es tener padres nostálgicos.

Y dejando claro que cualquier parecido con mi realidad es pura coincidencia, resulta en verdad penoso observar los afanes de los padres por registrar su vida como si el destino del género humano dependiera de ello, anotando en el cuaderno familiar de efemérides la fecha en que por primera vez hicieron el amor, fueron al cine o comieron perdices. O ver las estanterías repletas de extraños objetos que guardan celosamente, como la matrícula del primer vehículo que estrellaron, una caja con arena de una isla caribeña, el primer biberón con que me alimentaron (apenas voy por el segundo), tres bailarinas de porcelana regalo de algún enemigo al que se honra, y un cisne de tan fina cerámica que no se puede tocar, agarrar, babear o cambiar de sitio. Sólo se puede ver y, por cierto, es espantoso...

Agrégueseles a las estanterías de nostalgias, los nostálgicos álbumes de fotos, las fotos a la espera de álbum, postales, llaveros, posavasos, y demás dispersas memorias por la casa, y sólo estará viendo una mínima parte de las nostalgias existentes y archivadas.

Porque nada he dicho de los recortes de prensa de la boda, de las felicitaciones por cumpleaños y navidades, de las cartas recibidas o de los innumerables días que todos tenemos en el calendario para regalar y ser regalados y de los que se amontonan por los cajones las consecuencias....

No he mencionado tampoco el carcomido armario de madera, próximo a derrumbarse, pero que se conserva porque todavía sirve para acumular nostalgias; o el imposible espejo, tantas veces roto y tantas reparado, que por haber sido regalo de la suegra, debe seguir presidiendo la entrada de la casa.

He sabido de matrimonios que en la elección de una habitación para su futuro bebé o de un desván para sus nostalgias, han optado por la vasectomía, por si acaso les fallaba la píldora.

Hay padres que cada vez que tienen que mudarse de vivienda, la mitad de las propiedades que cargan son... nostalgias.

Y se me ocurre un remedio infalible para evitar ser víctima de las propias nostalgias.

Si es usted de esa clase de personas que necesita vivir del pasado porque ha transformado su presente en un almacén de recuerdos, ya que no de vivencias, le aconsejo que se ponga a recordar. Sí, como lo oye, pero a recordarlo todo, absolutamente todo, y recordarlo bien.

Vaya restándose años, conforme avanza en sus recuerdos, para seguir buceando en su pasado rescatando para la nostalgia todas las grandes y simples tonterías que prodigó en su vida de casado, de soltero, de joven, de niño, de bebé... hasta desaparecer en el útero de su madre, con aquel llamado primer día y primer llanto. Y seguir entonces recordando aquel noveno mes y el octavo y el séptimo y llegar, finalmente, al primer día de su concepción y aún más atrás, hasta encontrar al espermatozoide que dio comienzo a su nostalgia y al óvulo que le sirvió de cómplice, y encontrarse con su padre y con su madre y con los abuelos y con la última y más lejana generación de su árbol familiar y seguir, más allá, todavía más allá, hasta toparse con el mono y no conformarse, y seguir recordando, en aras de la nostalgia, más profundamente, mucho más adentro, hasta llegar a Dios, si le parece, o a la cósmica explosión que inventó a Dios, o seguir recordando hasta que se le fundan las escasas neuronas que le resten y ya no pueda recordar nada más porque ya no quede nada que recordar.

Y que, cuando haya recordado todo, lleve su pesada memoria hasta el primer basurero que encuentre y dépositela entre las

sobras de alguna nochevieja y las vacías botellas pero, sobre todo, de ninguna manera se le ocurra, bajo ningún concepto, apuntar en su diario la fecha en que perdió la memoria.

El sueño y los bebés

La mayoría de los bebés no tiene que esperar mucho para saber lo que es la frustración, la infeliz derrota del deseo, el porqué el término soñador es sinónimo de iluso y hasta qué punto son oníricos los sueños.

Antes, incluso, de que se nos caiga ese pedacito de cordón umbilical que nos acompaña algunos días, muchos bebés ya hemos perdido la ingenuidad, esa virginal inocencia que cuando la perdemos nos condena a treinta años y un día de adultez.

Y así ocurre que, una triste mañana, en medio de un fragor de sueños rotos, acabamos sabiendo que los reyes, también los magos, son unos impostores; que Santa Claus, además de sordo es ilegal; que el unicornio azul come garbanzos; que los siete enanitos eran antropófagos, la hermosa Blancanieves una madame de lujo y que el temible hombre del saco era mi padre. (*)

En definitiva, que dadas las circunstancias, casi estamos por prescindir de los sueños antes que los sueños prescindan de nosotros.

A lo que, sin embargo, no estamos renunciando es a dormir. Y dormirnos, hacer posible que descansemos, requiere tanta o más atención que cualquier otra necesidad que podamos tener. Ese tránsito que hacemos, natural y lento, entre lo que llamamos realidad y tenemos por sueño, demanda, antes que nada, afecto. Nos gusta sentirnos queridos, deseados, en ese ir rindiendo los párpados cansados. Nos gusta la intimidad, el silencio o, en todo caso, una música que acompañe, cierta penumbra, un espacio sereno, apacible, ni más ni menos que lo que desearía cualquier adulto para dormir. Nos gusta un buen baño antes de dormir, comer lo debido, que alguien se acuerde

de cambiarnos el pañal y que una solícita mano nos devuelva el chupete a la boca cuando, de madrugada, se nos caiga y pidamos ayuda.

(*) Figura literaria

Consejos prácticos para dormir a un bebé

1- Despertarnos no es la mejor forma de saber si estamos dormidos. Tengan siempre en cuenta que los bebés solemos cerrar los ojos cuando dormimos, detalle este que puede ayudar a despejar cualquier duda.

2- Además de dormir, los bebés comemos, jugamos, observamos, gritamos, hacemos nuestras necesidades...no siempre queremos dormir y, especialmente, si acabamos de despertar de un profundo y largo sueño.

3- Es cierto, sí, que la música clásica es una grata compañía para arrullarnos el sueño, y que Wagner es un clásico pero, sobre todo, llévese de los resultados. La teoría no siempre es infalible.

4- No es recomendable, salvo en el caso de que usted quiera crear un perfecto idiota, que se nos atonte frente al televisor hasta dejarnos traspuestos; o que se nos mantenga en el bar o la cafetería a la espera de que se desempate la partida o nos enteremos de la última noticia que corra por la calle.

La diferencia entre un sueño y una pesadilla muchas veces la establece la manera en que nos duerman.

5- Si los bebés dormimos no es por joder a nadie, no planificamos la hora del sueño para que coincida con la de la comida o el paseo. El sueño en nosotros es algo natural.

6- Se sabe de personas que duermen hasta de pie, de faquires capaces de descansar sobre alfombras de clavos pero, a pesar de estos y otros casos, hay todavía bebés que preferimos una base blanda sobre la que acostarnos, a ser posible acolchada y, si no es mucho pedir, lo suficientemente larga como para que podamos descansar sin tener que doblar las piernas.

7- Dormir es un proceso y requiere tiempo. Por absurdo que parezca nadie se duerme por soberana decisión de un padre o una madre. Podemos reír, hacer palmitas, sacar la lengua, si se nos solicita, pero no dormir instantáneamente, al dictado.

El sueño y posibles aliados

Uno de los más efectivos colaboradores en el afán de dormir a un bebé es el cuento. Claro que no todos los cuentos sirven a ese fin. Apenas unos cuantos, por sus características, pueden ayudar a conducir al bebé a las puertas del sueño e, incluso, abrírseles.

Un ejemplo de lo que digo es el cuento que les presento, escrito por mi padre, y que observa una gran virtud y un único defecto. La virtud es que el cuento nunca falla la primera vez, contribuyendo a su sueño antes de que lo termine. Lástima que esa va a ser también la última vez que el bebé se lo tolere, y ese es el defecto.

Cuento terapéutico subliminal e interminable para dormir a las niñas y los niños

Por Koldo Campos Sagasetta

Había una vez un ratoncito que, paseando por la sala de la casa en que vivía, fue a encontrarse con un pedazo de queso tirado en el suelo.

-¡Hummmm! –exclamó el ratón- ¡Qué pedazo de queso... y con el hambre que yo tengo!

Pero el ratón también tenía mucho sueño ya que se había pasado la noche despierto y dijo:

-Tengo demasiado sueño como para comérmelo ahora. Mejor me voy a echar a dormir aquí mismo y cuando me despierte me lo como.

Mientras se recostaba bostezó -¡Ahhhhhhhh!- y se quedó dormido.

Pasó entonces un gato y al ver al ratón exclamó:

-¡Un maldito roedor...y con el hambre que yo traigo!

Pero el gato también tenía mucho sueño ya que estaba cansado de subir y bajar tejados y dijo:

-Tengo demasiado sueño como para hincarle el diente al ratón ahora. Mejor me voy a echar a dormir aquí mismo, al lado del ratón, y cuando me despierte me lo zampo.

Y apenas hubo acabado de hablar, el gato bostezó dos veces – ¡Ahhhhh! ¡Ahhhhh! y se quedó dormido.

Llegó entonces un perro y, al encontrarse con el gato, se relamió de gusto.

-¡Mira por donde ya encontré mi cena...y rollizo que está el gato este!

Pero el perro también tenía mucho sueño ya que estaba muy fatigado con tanto ir y venir por esas calles y dijo:

-Tengo demasiado sueño como para comerme al gato ahora. Mejor me voy a echar a dormir aquí mismo, al lado del felino y cuando me despierte me lo ceno.

Y nada más echarse, bostezó tres veces -¡Ahhhhhhh! ¡Ahhhhhh! ¡Ahhhhhhh! Y se quedó dormido.

Si llegado a este punto del cuento el bebé todavía no se hubiera dormido, usted puede hacer llegar al león, al elefante, a la foca, al ornitorrinco, a cualquier animal que guste, siempre procurando que el zoológico que presente se halle al borde del agotamiento. También deberá ir aumentando de manera gradual los bostezos de los animalitos y cualquier otra muestra de sueño que se le ocurra.

Al interés del éxito perseguido conviene que resalte el tedio del relato agregando suspiros y dramatizando las demostraciones de fatiga.

Caso de que se le terminara la nómina de animales y su bebé todavía no se hubiera dormido, es recomendable comenzar a despertar a todos los animales, en el mismo orden en que se fueron durmiendo, para repetir la operación en otra habitación y sustituir el queso por la carne.

2 de mayo

La verdad es que no entiendo porqué mis padres y otras supuestas voces autorizadas (eso dicen ellas) se la pasan criticando, desde que ponemos un pie en la calle, los armónicos sonidos que produce el desarrollo: los martillazos, las sierras eléctricas, las bocinas de los vehículos, las radios, las cargas y descargas, toda la grácil y sonora cadencia que genera la calle. No entiendo que se censuren esos sonidos y otros muchos que omito y que son, precisamente, los que nos permiten librarnos del verdadero escándalo, de ese que nos aturde y ensordece, que nos saca de quicio.

Gracias al sonido de las alarmas, por ejemplo, podemos aislarnos de los atosigantes gorjeos de los pájaros, porque no importa que, afortunadamente, cada vez queden menos árboles, siempre habrá un gorrión que se las ingenie para encontrar una rama, o un tejado, y desde allí enloquecernos con sus infernales gorgoritos e insoportables trinos.

Gracias a esa sonora armonía de la calle que algunos incompetentes llaman ruido, esos motores encendidos, sirenas, pitidos, es que podemos evitarnos el cotidiano murmullo de voces amorfas con su inaguantable letanía de saludos y frases hechas y pronósticos del tiempo. Y eso para no hablar de conversaciones, incluso, elaboradas, sobre el ser o el no ser, las interioridades del país o las diferencias entre un ciudadano y un pendejo.

Quien sostenga la necesidad de recuperar el ruido de la fuente y su alboroto de agua, desconoce, en su ignorancia, la natural melodía de la publicidad y sus entrañables anuncios, o el conmovedor arranque de una motocicleta con todos sus caballos de potencia.

Quien afirme, que para todo hay opiniones, que el turbulento repicar de campanas o el alevoso escándalo del gallo son ruidos agradables que debiéramos proteger y conservar, es que no sabe el deleite que para el oído humano supone comenzar el día acompañado de la sonora majestad de una taladradora.

En fin, que urge encontrar fórmulas eficaces que nos permitan protegernos de los rústicos ruidos del pasado, ya en desuso, y aceptar gozosos la globalizada música del desarrollo.

Y si alguien se está preguntando si una bebé puede ser irónica, la respuesta se la voy a dejar de tarea.

Los colores

Antes de que una bebé asegurase la supervivencia de la especie, ya existían los colores. La naturaleza los había aportado todos y, con el tiempo, los seres humanos, con mayor o menor éxito, aprendimos a copiarlos y reproducirlos.

Claro que nadie contaba con la infinita estupidez humana que, frente a regalo tan hermoso, ante tanta diversa y colorista belleza donde elegir, se inventó normas y preceptos y refranes; y estableció reglas y costumbres, y creó buenas y malas maneras a partir de los colores, de manera que el sexo decidiera rosas o azules; que “el debido respeto” impusiera sus prejuicios; que la costumbre determinara blancos sobre negros; que la edad eligiera entre rojos y grises... para un lamentable desperdicio de elección y de colores.

Mi tía Carmen Irizar también quiso aportar a este diario su justificada queja por el uso y abuso de un color que, no sólo dice ella que no existe sino que, además, lo demuestra.

Elucubraciones en torno al color rosa-bebé

Por Carmen Irizar

Acabo de percatarme que la vida, que parece tan larga y acaba siendo un suspiro, empieza con un largo periodo rutinario. Los primeros meses de un bebé son invariablemente los más monótonos y por tanto los más aburridos; tal vez por eso pasan aproximadamente 20 horas dormidas/dormidos. Algún estudioso o estudiosa de la psicología de los bebés debería comprobar si dormir tantas horas es un estado natural o si por el contrario el aburrimiento está directamente relacionado con su incapacidad de mantener los ojos abiertos durante más de unos minutos.

Si en algún momento de la historia se comprueba que el sopor y la monotonía están realmente relacionados con el síndrome “post picadura tse-tse” (creo que el nombre se ajusta a la realidad), tendríamos que poner remedio a semejante tragedia a que se ven sometidos/sometidas los bebés.

En un estudio científico basado únicamente en mi experiencia personal y en mi aversión al color rosa he concluido que la costumbre tan arraigada en nuestros lares de vestir a las bebés casi exclusivamente de color rosa puede ser una de las primeras causa de aburrimiento de las bebés y del posterior desarrollo de mala leche que muchas mujeres acusan en la edad adulta. Eso y que la sociedad no nos deja otro remedio, claro está. (El caso de los bebés merece un estudio aparte, que no he profundizado lo suficiente)

Durante los primeros meses de vida las horas son un largo devenir de acciones que no cesan de volver sobre si mismas; mismo menú para las tres (o cuatro o cinco) comidas del día y de la noche, misma rutina de comer, expulsar los gases, llorar, dormir, y vuelta a comer. La única variación podría residir en los aspectos exteriores, es decir, en los que no están directamente relacionados con su supervivencia. Y he ahí que lo que podría ser un vasto terreno de color y alegría no es más que un triste apéndice de sus necesidades físicas, ya que las niñas se ven sometidas a lucir una vestimenta de color triste y apagado en todos y cada uno de los actos sociales a los que asisten. Pijama rosa para dormir, vestido rosa con múltiples lazos rosas que dificultan su visión, abrigo rosa de punto para las fríos días de invierno, traje rosa y manta rosa para el cochecito cuando haya que visitar al pediatra o a la pediatra, botines rosas, calcetines rosas, gorros rosas,.... y sigue la lista invariablemente.

Doy por hecho que todo el mundo sabe a que tonalidad del rosa me estoy refiriendo.

Navegando en internet he descubierto que ese tono rosa que todo el mundo relaciona con las bebés, es símbolo de pureza, de candor, de paz. ¡Semejante perogrullada! pues claro que las bebés simbolizan la pureza, el candor y la paz. ¿Quién si no? No son ellas las que necesitan vestirse de rosa para dar cuenta de su carácter, son los demás, incapaces de ver más allá de sus narices, los que necesitan ver físicamente lo que las bebés simbolizan. ¿O es al revés? Pureza y candor es lo que la sociedad quiere que asuman las bebés para la edad adulta, que no se desvíen del buen camino, que sean buenas chicas. Siendo así, ¿por qué no vestir de rosa a todas las personas necesitadas de pureza y candor? Propongo que el traje rosa sea uniforme obligatorio para los políticos y militares del mundo, para las personas corruptas, insolidarias, intolerantes, rencorosas... ¿Quién sabe? Tal vez otro gallo nos cantaría.

Pero mientras ese momento llega, quiero recordar que todo aquello considerado bello y especial, todas esas pequeñas exquisiteces que la vida nos regala y a las que tantos poetas y poetisas han dedicado innumerables odas carecen de ese color rosa. Es incomprensible que insistamos en revelarnos contra la naturaleza, es mucho más sabia que nosotras. No existe el color rosa en el arco iris, no hay ojos de color rosa, no hay paisaje en la tierra que se revele de color rosa, las nubes rojizas del atardecer no tienen ese tono apagado que nos ocupa; cuando hablamos de rosas, en realidad son las rojas las que nos inundan los sentidos, las que pintan los pinceles, las que tanto han ayudado a los enamorados desde hace siglos.

Y mientras los adultos y adultas continuamos confeccionando trajecitos rosados para las niñas, privamos a sus sentidos de la viveza de los rojos, los naranjas cálidos y los amarillos

primaverales. No dejamos que el verde seduzca sus sentidos, ni que el azul relaje sus ojos llorosos. Acotamos un mundo de posibilidades con el triste argumento de que les queda muy bien el dichoso color rosa. ¿Y cómo sabemos que los restantes colores no les quedan bien?

No conozco mujeres que utilicen ese color rosa en su indumentaria, ni para trabajar ni para salir de fiesta, ni siquiera aquellas que insisten en que es un color precioso para las bebés, Y si es tan bonito, ¿por qué lo han desterrado de sus guardarropas? ¿Será que los tejidos de ese color no sirven para tallas para mayores de 6 meses? ¿O tal vez nos revelamos contra ese mundo que creíamos uniforme y optamos por una gama más amplia, por ver más allá de lo que nos quisieron dejar ver?

En fin, que vista la pobreza de imágenes que el mundo les ofrece no es de extrañar que las bebés se pasen las horas durmiendo, el mundo de los sueños será probablemente mucho más divertido.

11 de mayo

Estoy cansada, deseando llegar a la cama y dar por concluido el día pero, antes de dormir, necesito desahogarme, escribir unas líneas sobre mi padre, al que no sé cómo decirle que si me chupo los pies no es porque vaya a ser contorsionista, que si me chupo las manos no es para limpiármelas, y que si me llevo a la boca la almohada, la sábana o cualquier cosa que esté a mi alcance, no es por vulnerar el orden establecido. No sé cómo explicarle que estoy, a mis tres meses, en plena fase oral, que es a través de mi boca que me relaciono con el mundo y conozco mi cuerpo, que todo debo probarlo con la boca pero, por más que se lo aclaro, él insiste en augurarme un gran futuro en el circo o se felicita por el ahorro de jabón, o se deprime por lo que califica como conducta antisocial.

Por cierto, hablando de fase oral, desde hace un mes vengo disfrutando de un artilugio llamado chupete del que dice el diccionario que es un “objeto con una parte de goma o materia similar en forma de pezón que se da a los niños para que chupen” y del que no termino de entender su función aunque, reconozco, es un grato desahogo.

De entrada, esa definición, para ser de un diccionario me resulta bastante imprecisa. No se aclara, por ejemplo, de qué está hecha la otra parte que no es de goma. Tampoco se identifica al propietario del pezón, con lo que podría ser el padre. Y se afirma que el chupete se da a los niños, con lo que las niñas acabamos, otra vez, excluidas, no sé si para bien o para mal.

Lo que me intriga en el caso del chupete es la facilidad con la que mis padres me complacen cuando lo pido y cuando no lo quiero, cuando se me cae y cuando lo tiro, a diferencia de otros deseos con los que nunca se muestran tan diligentes.

Aunque no lo guarden entre sus pañuelos y calcetines, el chupete es más un objeto de ellos que mío. Y el uso que hacen de “su” chupete es tranquilizar mis inquietudes. A ello sin duda obedece que los ingleses llamen al chupete “Pacifier” o, lo que es lo mismo, “El Pacificador”. Pacificarme es la función que ellos le dan al uso del chupete. Claro que agradezco que se hayan decidido por el chupete en lugar de someterme a descargas eléctricas para tranquilizarme o a una tanda de gritos con los que serenar mis caldeados ánimos, pero el chupete, temo, puede acabar siendo una opción tan desafortunada como las citadas.

En mis contactos con otros bebés, durante los paseos y encuentros familiares, he sabido que el uso del chupete puede provocar deformidades en los dientes, especialmente, si se nos sigue dando a partir de los diez meses. También me he enterado que puede ocasionar infecciones en los oídos ya que succionar constantemente el chupete favorece que las bacterias pasen al oído medio. Y, por si fuera poco, queda el riesgo de la contaminación cada vez que el chupete va a parar al suelo y tu padre te lo incrusta en la boca sin antes lavarlo.

Así que, mejor será prescindir del chupete o, en todo caso, no abusar de él, ni usarlo más allá de que comiencen a mostrarse los primeros dientes.

13 de mayo

Una de las primeras “gracias” que se nos exige a los bebés es dar palmitas. Desde que el azar nos lleva un día a entrechocar las manos y un adulto asiste como testigo al logro, toda una batería de familiares, vecinos y demás congregados por la buena nueva, nos va a exigir la reiteración del fenómeno, que a esa palma inicial le siga una segunda y una tercera y un recital de palmas y más palmas...Desde que la voz se corra ya ningún paseo estará a salvo de una palmita cada veinte metros para gozo del vecino o la vecina con que se crucen nuestros padres. Sea en el banco, en la panadería o en el parque, nunca va a faltarnos, por cualquier motivo, la solicitud de la dichosa palmita.

Y palmita va palmita viene, al cabo de tanto aplauso, lo normal es que acabemos, primero por aburrirnos de dar palmitas y, finalmente, por odiar las palmitas y los palmeados.

No es que ignoremos la importancia que tiene el aplauso en la sociedad a la que nos integramos. De hecho, ni siquiera el oficio de abogado es tan lucrativo como el de aplaudidor y nada como el aplauso se demanda tanto y se recompensa más. Cualquier político que aspire a un cargo necesita aplausos; cualquier artista que busque proyección necesita aplausos; cualquiera en guerra con su conciencia necesita aplausos. Y aplaudir no es sólo entrechocar las manos, aplaudir es algo mucho más complejo que requiere un ritmo acompasado, adecuado al motivo del aplauso; un tono coherente, capaz de contagiarse en otras manos; exige matices, oficio, en una palabra, profesionalidad. No se puede aplaudir del mismo modo la interpretación de un aria en el estreno de una ópera que la victoria en el hipódromo de nuestro caballo favorito. Imaginan el descrédito si al paso del cuadrúpedo, nos

levantáramos del asiento y prorrumpiéramos en vítores como si estuviéramos en el teatro..."Bravo, bravísimo... bis, bis, bis". Sería inconcebible. O al contrario, imaginan qué pasaría si interrumpiéramos a la soprano o al tenor jaleándole un do de pecho como si fuera un animal..."Ieaaaaa...arre bestia...ieaaaaa". Aplaudir es una ciencia, pero la repetición hasta la tortura de la palmita inicial no es verdad que vaya a convertirnos en avezados peritos del arte plausible y asegurarnos un venturoso porvenir como aplaudidores profesionales. Y menos si el aprendizaje de tan doctos saberes no depende de maestros en la materia sino de parientes muy bien intencionados, voluntariosos ellos, pero carentes del oportuno conocimiento, oído y sensibilidad como para conducir nuestra carrera al éxito. Muchos bebés que manifestaran cualidades innatas como grandes aplaudidores vieron frustradas sus esperanzas por no contar con la guía adecuada.

Así que, por favor, si alguna vez se ha sentido tentado a proponer palmitas a un bebé, piense primero si su interés es contribuir a su aprendizaje o a su frustración.

Y, sobre todo, nunca olvide, bajo ningún concepto, que el que lo aplaude todo no aplaude nada.

14 de mayo

Si algo me ha quedado claro en estos casi cuatro meses que tengo de vida, es lo difícil que es comunicarse, entenderse, con los padres. Y no lo digo sólo por mi caso. También es la conclusión a la que llego por lo que me cuentan los bebés que encuentro en mis paseos y que, a pesar de la cercanía de sus padres, se las ingenian, de cochecito a cochecito, para hacerme confidencias.

Una sabe que a nuestros padres los mueven las buenas intenciones pero no ignora aquella vieja máxima de que “de buenas intenciones están llenos los caminos del infierno” y tratar de situarse en un término medio, lo que vendría a ser el purgatorio, no siempre es posible.

La insistencia de mi padre en que responda a la pregunta “¿dónde está la mano?” me mantiene en un estado de ofuscación tal que, si no fuera por el escándalo que crearía y la vergüenza que pasaría mi madre, lo denunciaba por evidente maltrato psicológico.

La primera vez que me preguntó por las manos supuse que era una gracia que pretendía conmigo y, gustosa, lo complací y le mostré las manos. Llamó entonces a mi madre para que fuera testigo de la misma respuesta y, cordial, los complací y les mostré las manos. Llamó entonces al abuelo para que también a él, por teléfono, yo le enseñara las manos y, harta, antes de que saliera a buscar a los vecinos, me puse a llorar.

Nada entendió, pese a mis lágrimas, y todas las mañanas me ha seguido repitiendo la misma pregunta sin que yo aceptara complacerlo de nuevo.

Hubo un momento en que pensé que, tal vez, él no sabía donde tenía las manos, que por eso insistía en preguntarlo y esperaba que yo le confirmara su ubicación. Su notorio afán por saber

dónde estaban, incluso, con las gafas puestas, podía deberse a su ignorancia.

Además, uno no suele preguntar lo que ya sabe para que se le confirme. En general, la gente común, para no decir normal, pregunta aquello que ignora. Si usted va a una calle y no sabe dónde queda, lo natural es que pregunte la dirección. A nadie en su sano juicio se le ocurriría preguntar por una dirección que sí conoce y que, además, ya ha confirmado tres veces.

De ahí que, a sus años, estoy temiendo que a mi padre la memoria le empieza a fallar y ese temor crece cuando advierto otras lagunas en sus cotidianas preguntas. Ya no se limita a preguntarme por las manos. También quiere saber dónde está la cabeza, los ojos, la nariz, y hasta cómo me llamo. Y lo pregunta él, que me puso el nombre.

Las malas mañas

A no dudar, las malas mañas son una de las más socorridas excusas de los padres para censurar en los hijos sus propios pecados y debilidades.

En cualquier caso, de las malas mañas no sólo es difícil desprenderse sino que tampoco conviene porque no hay maña más buena que una mala maña.

Y si no me cree sólo tiene que repasar esas que tan bien conoce y tanto practica.

-Meterse el dedo en la nariz

En el campo de la higiene hay varias malas mañas popularísimas, que gozan de pésima reputación y que, sin embargo, hacen feliz a cualquiera.

Sin incurrir en escatológicos ejemplos, hurgarse la nariz y depositar los diversos hallazgos debajo de la mesa es, además de una imprescindible práctica sanitaria, una extraordinaria manera de relajarse. Y el que se nos reproche el destino de los residuos es de una mezquindad que apabulla, porque ¿y dónde es que uno podría dejarlos? ¿Acaso hay un lugar específico en el que depositarlos? Los fumadores todavía disponen de ceniceros, hubo en el pasado escupideras para los salivazos pero... ¿qué hacer con esas viscosas y espesas sustancias verdosas que segregan nuestras mucosas membranas? O lo que es lo mismo: ¿Dónde vamos a dejar los mocos?

¿Qué es una mala maña meterse el dedo a la nariz? Y nos lo dicen los mismos que debieran agradecernos que no nos hurguemos, también, la memoria y nos dé por evocar pasados

y enojosos episodios que, dicen ellos, siempre están mejor en el olvido.

Esas sustancias mucosas, además, como nuestras que son, bien merecen un mejor destino que el hipócrita descrédito de los que se solazan en privado metiéndose en las narices los dedos de dos en dos para luego censurar públicamente en los demás tan higiénica y natural costumbre.

Lo que sí conviene en casas de familias numerosas es compartir los destinos de esa popular tradición para evitar las acumulaciones bajo el mismo mueble.

-Decir mentiras

He aquí otra de las alegadas malas mañas que se nos recrimina. La descarnada mentira que se reprocha en nuestra boca y se santifica en la de ellos. Como si mentir fuera una condición natural a los seres humanos que se manifiesta antes o después de que les salgan los dientes, con harta frecuencia asistimos los novicios en las artes del engaño a magistrales conferencias sobre ética y moral a cargo de nuestros padres y demás adultos de la periferia. Y el problema es que los bebés no aprendemos a mentir por generación espontánea.

Frente a nuestro ingenuo apego a la verdad que caracteriza nuestros primeros tiempos se van a ir apostando familiares, vecinos, maestros, medios de comunicación, y demás comparsas sociales, para ilustrarnos con generosa constancia de ejemplos propios sobre la mentira.

Y comenzamos entonces a convivir con la verdad como prédica y la mentira como ejercicio hasta que, descubiertas las contradicciones, nos atrevemos, discretamente, a manifestarlas.

El resultado suele ser otra andanada de patrañas, que ellos llaman razones, con las que, finalmente, nos convencen de las ventajas de sumarse al coro.

Viene entonces la descalificación, cuando somos sorprendidos en primerizos enredos, los naturales en quienes carecen de experiencia en la mentira, y al descrédito de la acusación y de la reprimenda reaccionamos con la pública exposición de sus vergüenzas, ya no discretamente, sino de frente, con la autoridad que nos confiere lo aprendido.

Pero ni siquiera entonces será posible recomponer el mundo y hacer posible que la diferencia entre la verdad y la mentira sea tangible.

Tras un breve sínodo paterno se nos explica que, como temíamos, todo es relativo. Y que hay mentiras piadosas, por ejemplo, que buscan hacer más amable la verdad que se miente; como hay mentiras de urgencia, que tratan de obviar los pormenores para ganar tiempo a la mentira; o mentiras inofensivas, que no hacen mal a nadie y, sin las cuales, la vida sería un infierno.

Y te insisten en que si los seres humanos ignorasen la mentira tendrían que inventarla o el género humano desaparecería en cuestión de horas de la faz de la tierra, desde el momento en que todos nos atreviéramos a decirle al otro lo que en verdad pensamos de él.

Así que, conclusión: hay verdades y mentiras y mentirillas y mentirijillas y mentirones y mentirucas y... uno puede escoger la que le guste.

-No hablar con propiedad

Desde que nacemos vamos a ser conminados por todos los que se muevan a nuestro alrededor a hablar con propiedad, a hablar

“bien”, a hacer uso de nuestro razonamiento en todo lugar y circunstancia, y a esmerarnos en formular elucubraciones lógicas y sensatas.

Craso error. Los modernistas tiempos que padecemos casi están por demostrar la conveniencia de hacer todo lo contrario, porque pensar y expresarse con arreglo a la razón es, como mal menor, una pérdida de tiempo. Y no sólo pensar con arreglo a la lógica o común sentido, simplemente pensar, ejercitar el cerebro en hondas o leves cavilaciones es de por sí un absoluto desperdicio. Quien diga que la cabeza la tenemos para pensar no piensa lo que dice.

Bastaría una simple mirada escrutadora a nuestro medio para confirmar que resulta más práctico y rinde mejores beneficios, abrir la boca y permitir que ésta suelte sin recato el primer exabrupto en asomarse, que someter el escaso intelecto circulante a las presentes contingencias, tan poco dadas al cultivo de la razón pura y de la impura también.

Además, pensar y hablar con cordura es una práctica tan peligrosa que yo hasta propondría no abrir la boca para otra cosa que no fuera emitir gruñidos de aprobación o rechazo, y limitar nuestra comunicación a la emisión de gárgaras, estertores, aullidos y libres barruntos.

Mientras la civilización en curso no complete las etapas que devuelvan al género humano a la cavernaria era del rugido, lo que se impone es que sigamos dando rienda suelta a los impulsos de la locuacidad, siempre atentos a no pensar por anticipado lo que vayamos a decir.

En contra de lo que algunos opinen, la incontinencia verbal, al extremo, incluso, de una diarrea fonemática, no nos hace más infelices y sirve de mejor provecho.

Basta que uno se asome a uno de esos grandes medios de comunicación para que te encuentres con los más impunes disparates y en la boca de sus más excelsos representantes.

Al presidente del Gobierno de Navarra, Miguel Sanz, no le tembló el pulso, por ejemplo, cuando declaró preferir una lata de espárragos a un lote de pinturas de Van... vaina, o un pimiento del Piquillo a una escultura de Miguel Angel.

A cada rato uno se encuentra con afamadas actrices que afirman estar siempre en el “candelabro”, con im-presionantes resúmenes toreros para dos palabras, con funcionarias de Cultura presentando a la gran escritora... Sara Mago, con tanto descerebrado incontinente que, pretender hacer uso del idioma sin avergonzarnos demasiado, es una falta de respeto al zafio dictado de la moda.

Y no tendría sentido fatigar innecesariamente nuestras neuronas procurando propuestas decentes, cuando tampoco nadie las escucha.

Por otra parte, el tiempo juega a favor del disparate y siempre nos quedará el recurso de que el futuro demuestre y reivindique lo que el presente ni revela ni aplaude.

Ejemplos en la historia hay unos cuantos que nos sirvan de coartada. Galileo fue víctima de burlas y de mofas por asegurar que el mundo era redondo, cuando el saber de la época había demostrado hasta la saciedad que el planeta era una caja rectangular y, además, de cartón.

A Leonardo Da Vinci lo corrían a pedradas por las calles de Florencia cada vez que mostraba los planos del submarino o de la bicicleta y se empeñaba en inventar el paracaídas, la grúa o el ascensor. Y sólo Colón supo lo que tuvo que pasar antes de que los Reyes Católicos le entregaran tres cascajos flotantes que no garantizaban ni la salida del puerto.

Así que, dadas las circunstancias, mejor aprenda a hablar dislates, que la carrera es corta y el doctorado seguro, y siempre va a encontrar a algún idiota que le pondere la originalidad del planteamiento o el sutil mimetismo que gravita en la insularidad del continente expuesto.

22 de mayo

Siguen las distracciones en casa y no sé cómo hacérselo saber, especialmente, a mi padre.

Sé que no es fácil levantarse a las cuatro de la mañana para calentarme el biberón. Ni siquiera cuando ha tenido, antes de acostarse, la precaución de dejarlo preparado, pero eso no es excusa para que me deje sin comer.

Luego de pasarme cinco minutos dando voces y uno más gritando, apareció junto a mi cuna para confirmar que era yo quien gritaba y concluir que, además, estaba despierta. Sin mayores averiguaciones, como por ejemplo revisar el estado de mi pañal, se dirigió al baño y a la cocina, por ese orden, y diez minutos más tarde regresó junto a mí. Traía en sus manos el ansiado biberón de leche con el que pretendía alimentarme y la feliz sonrisa de quien esperaba devolverme al sueño.

Por suerte, a diferencia de mi madre que suele entretenerse mostrándome el biberón mientras me pregunta “¿Y quién se va a tomar toda la leche?”, tortura en la que invierte interminables minutos, mi padre ni siquiera juega a eso del “¡mira lo que tengo!” y, directamente, consciente de que cuanto antes me tomara el biberón y me durmiera antes dormiría él, me enchufó la tetina en la boca.

Y tenía media hora chupando la tetina, desesperadamente, oliendo la leche, mirando la leche, sintiendo la leche... Hasta la hubiera oído de no ser porque mi padre no dejaba de gritarme reproches: “¡Pues ya va siendo hora de que termines! ¿Y ésta era el hambre que tenías? ¡Que ya son las cuatro y media! ¡Vamos Itxaso, come!” ¡Que es para hoy!”

Eran las cinco cuando mi padre se rindió. Se levantó, dejó para mi tormento el biberón tan lleno como lo había traído, encima

de la mesita de noche, junto a mi cuna y a la vista y, tras un beso de hipócrita resignación, se fue a dormir.

Yo invertí todavía unos minutos en estirar los labios para recuperar la estabilidad de mi boca y mi lengua, exhaustas tras el esfuerzo. Tenía hambre pero ni siquiera me quedaban fuerzas para llorar mi desventura y terminé quedándome dormida... y sin haber comido.

Mi padre todavía no se ha enterado de que el biberón tenía puesta la tapita de seguridad.

27 de mayo

Entre las tantas cosas que podemos ser los bebés, una de las más habituales es convertirnos en objeto de culto para unos padres cuyos egos y fabulaciones merecerían mejor suerte.

Y no lo digo por mis padres, aunque a veces babeen, que una es comedida y no se lleva de primeras impresiones. Lo digo por una conversación entre dos madres, repito que ajenas, a las que sorprendí en la puerta de una cafetería. Las dos empujando sus respectivos cochecitos de niño, los dos niños de la misma edad, los dos con la misma tranquila apariencia, ajenos al conflicto que enfrentaba a sus madres en una guerra larvada y fría que nunca se sabrá quién empezó.

Lo cierto es que una dijo: -“Mi hijo tiene cuatro meses y ya gatea”, y la otra le contestó: “Pues mira bien por donde gatea no lo vaya a pisar el mío, que ya anda”.

La madre del niño que gateaba, encajó sin inmutarse la adversidad y replicó: “No hay problema alguno, mi hijo ya habla perfectamente y si alguien fuera a tropezar con él y pisarlo se lo haría saber”. Claro que, la otra madre, también tenía respuesta para tanto prodigio: “¿Y habla idiomas? ¿Habla vasco, catalán, inglés, español...?”

-¡Y morse también! –contestó la aludida mientras trataba de contener su ira- ¡Y mañana va a empezar un curso por correspondencia de photoshop!

-¡Pero habérmelo dicho antes...mi hijo le podía haber enseñado y te ahorrabas la inscripción!- volvió a la carga la del bebé que hablaba idiomas.

-¿Y qué es esa cosa roja que tiene en la boca tu bebé? –cambió el tercio la madre del que había aprendido a gatear- porque eso no es la lengua ¿verdad?

De aquella guerra que no se supo bien como empezara tampoco vino a saberse cómo fue a acabar. Y yo no voy a contarles cuál fue el resultado, cuántos otros valores y virtudes fueron aquellas dos madres premiando y descubriendo en sus dos laureados bebés, porque la mía movió mi cochecito y perdí la sintonía con aquella improvisada olimpiada antes de que repartieran las medallas.

Me queda, sí, la inquietud de la amable reyerta y el que ojalá mañana, esos padres que en lugar de hijos pasean trofeos, no apelen a los mismos egos y fábulas para reprochar entonces en sus hijos sus propias frustraciones.

29 de mayo

La primera vez que me los mostraron quedé espantada. Mi madre los sostenía en alto, haciéndolos sonar, mientras se reía y, a su lado, mi padre, le coreaba la gracia. Nunca había visto nada tan patético y conste que, a pesar de mi edad, ya me había encontrado antes con unos cuantos adefesios dignos del calificativo, pero aquellos que mi madre me enseñaba y prometía eran más propios de un museo de los horrores que de un común hogar: Por un momento, temerosa del fin que presentía, rompí a llorar. Digo que por un momento porque, afortunadamente, mis padres no esperaron más. Dejaron para mejor ocasión las risas, guardaron la causa de mi espanto y yo recuperé el sosiego.

No fue por mucho tiempo. Una semana más tarde, tal vez porque mi madre, aburrida, no sabía cómo entretener su tedio, confundió mi silencio con mi venia y retomó del último cajón aquellos dos sonoros espantos. Otra vez mi padre se sumó a un juego que, para ellos resultaba divertido y a mí me daba escalofríos, pero eso fue después de que saliera de mi pasmo inicial al ver cómo se me acercaban con las dos abominables amenazas en sus manos. Les rogué que no lo hicieran, les llamé desalmados cuando no se detuvieron, les exigí respeto... pero estaban demasiado entretenidos festejando su broma como para escucharme. Es cierto que no los habían comprado ellos, que habían sido regalo de algún pariente que me odia, pero ¿por qué tenían mis padres que ser cómplices de la infamia? Podía entender que, como regalo al fin, no cometieran la ingratitud de devolverlos, pero tampoco estaban obligados a ponérmelos cuando ni siquiera estaba presente el autor del agravio como para justificar mi pesadilla.

Me tranquilizaba saber que desde que creciera me libraría de ellos pero... ¿Y si había más tallas? ¿Y si, además de tallas para bebés, también había tallas para niña, para niño, para adolescente...? De lo que estaba segura era de que no había tallas para adultos porque jamás un adulto consentiría en su persona, tan ridícula extravagancia. Semejante certeza, sin embargo, no era de gran consuelo, y no sólo por los años que todavía me tocaría esperar hasta verme liberada de esos dos engendros. Ajenos a mis plegarias e ignorantes del daño al que me exponían, mis padres ya estaban sobre mí con ellos en las manos.

Si al menos no sonaran, si no me condenaran a vivir anunciando mi presencia allá donde yo vaya, en una permanente libertad vigilada en la que su ruido siempre delataría mis pasos.

O si fuera otro sonido el que avisara mis movimientos, si sonara Mozart o Beethoven o Vivaldi, incluso Bach, e hiciera tolerables mis horrores.

No los podía aceptar. De ningún modo podía consentir que me los pusieran una primera vez porque, si así fuera, me estaría condenando a padecerlos indefinidamente, hasta que dejaran de sonar, se ensuciaran o necesitaran un remiendo. Además, por excesivamente cortos no protegían del frío, y por ser de lana tampoco aliviaban el calor. Con ellos me convertiría en motivo de burla para otros bebés no expuestos a tales ridículos, en el chiste fácil para cualquier vecino, así que grité, sacudí mis piernas compulsivamente, buscando entorpecer la maniobra, tosí, babeé, vomité parte de la papilla y terminé llorando desconsoladamente pero, todo fue inútil porque, para entonces, ya la afrenta se había consumado.

Han pasado tres meses y nunca más esos espantos han vuelto a salir del cajón, nunca más han insistido mis padres en

exhibirlos ni como juego ni como amenaza. Quiero creer que, quizás, porque se dieran cuenta, nunca más van a ponerme los calcetines con cascabeles.



"...Les rogué que no lo hicieran, les llamé desalmados cuando no se detuvieron, les exigí respeto... pero estaban demasiado entretenidos festejando su broma como para escucharme..."

Consejos prácticos para padres primerizos

En la posibilidad de que este libro pueda comercializarse en los Estados Unidos, me he decidido a incluir estos “consejos prácticos para padres” de los que quedan excluidas las madres...y no sólo por ajustes del lenguaje.

- 1.- Si desea ser padre, asegúrese primero si quiere tener un hijo o un idiota.
- 2.- Para garantizar que no falle en la elección del punto anterior, mírese en el espejo.
- 3.- Recuerde que la cuna siempre debe ser más grande que el bebé.
- 4.- Cuando nace, el bebé no trae puesto el pañal plástico. Tampoco es prudente dejar pasar muchos días sin cambiárselo.
- 5.- Los excrementos del bebé no contaminan, ni son radioactivos o despiden gases perjudiciales para la salud. En casos de extrema necesidad pueden limpiarse hasta sin guantes.
- 6.- (Del “Larousse de los Padres”) Asegúrese de haber calentado el agua antes de desnudar al bebé.
- 7.- (Del Diario de Itxaso) Asegúrese de tener un bebé antes de calentar el agua para bañarlo.
- 8.- Los botones y los ojales de los vestidos, generalmente, se contraponen. A cada botón corresponde un ojal y suele ser el que queda a su misma altura, horizontalmente. Suele haber tantos ojales como botones.
- 9.- Los ojales son los hoyos; los botones, los que se introducen en los ojales.
- 10.- No es frecuente que un bebé llore porque se niegue a que sus padres lo tomen en brazos. Se dan casos pero, es recomendable buscar otra explicación para el llanto. Podría ser que al bebé le esté pasando algo.

- 11.- Aunque hay excepciones, la mayoría de los bebés no entiende física cuántica hasta algunos días después de aprender a decir mamá y papá.
- 12.- Todas las lavadoras automáticas, no importa el modelo, funcionan con jabón.
- 13.- Ni siquiera en Estados Unidos se sabe de algún premio a la familia que más televisores, y durante más horas, mantenga funcionando en la casa.
- 14.- La televisión también se puede apagar.
- 15.- Si su bebé todavía no se interesa por el béisbol o el fútbol, no es que sea idiota. Déle otra oportunidad.
- 16.- Si el bebé se cae y se da un golpe y llora, antes de que usted comience a reírse, asegúrese de que el bebé no se ha roto la cabeza y el llanto pueda estar, incluso, justificado.
- 17.- El chupete no es una mordaza ni forma parte de la anatomía del bebé.
- 18.- Asegúrese de que la tetina de su biberón tiene hoyo.
- 19.- Cuando un bebé defeca con generosidad y frecuencia y lo hace en forma líquida, no es que esté tratando de batir un récord para el Guinness. Posiblemente sea diarrea y esté deshidratándose.
- 20.- Hay momentos en la vida del bebé que no necesariamente tienen porqué ser filmados en vídeo todos los días.
- 21.- Mojar los chupetes en refresco de cola no es delito estatal pero podría ser imprudente en función de la respuesta que haya dado al consejo 1.
- 22.- Antes que acoplar un televisor al cochecito de su bebé cuando lo saque de paseo, es más recomendable que le hable. En cualquier caso, si insiste en el televisor, permita que sea su bebé quien elija el programa.
- 23.- Los pañales plásticos van por debajo de la ropa, no por encima.

4 de junio

Me parece muy bien que cada vez haya más papás conscientes de que la responsabilidad que tienen con sus hijos e hijas no termina con un espermatozoide. Y no dudo de que, dentro de algunos años, la mayoría de los bebés va a poder contar con padres capaces de ocuparse de ellos, incluso, sin la presencia del relevó al lado. Pero mientras tan venturoso futuro se hace carne y habita entre nosotros, no estaría de más que alguien fiscalizara la labor de esos padres tan dotados de buenas intenciones como desprovistos de mejores resultados.

Y lo digo, entre otras cosas, por el empeño que manifiesta mi padre en prepararme la comida tres días a la semana que son, generalmente, los días en que ayuno y me mantengo de las reservas del día anterior.

No es que no aplauda su interés por alimentarme pero ¿no sería aconsejable que primero aprendiera a cocinar? Después de toda una vida en la que sus habilidades culinarias se han limitado a la tortilla de patatas, los huevos fritos y las patatas fritas, al margen de algún que otro enlatado, parece sensato que buscara asesoría antes de entrometerse en el mundo de la alta cocina, especialmente, si se dispone a ejecutar propuestas gastronómicas tan singulares como un plato de arroz.

Yo no tengo porqué padecer las consecuencias de sus escasas artes en la cocina, y obsérvese que le confiero algunas, ni acepto servir de cobaya en la esperanza de que él obtenga el carné de manipulador de alimentos antes de que a mi me dé una peritonitis. Lo que reclamo es que, mientras mi padre aprende a distinguir los macarrones de los tallarines o se convence de que no en todos los alimentos es bienvenido el curry, alguien que sepa cocinar se haga cargo de mi alimentación, aunque sea mi madre, que no será una perita en la materia pero, al menos, sus guisos se pueden comer sin el sobresalto de las náuseas.

6 de junio

No es que esté ya indagando los porqués de la vida. A riesgo de parecer engreída o, incluso, serlo, les confieso que a los pocos días de nacida ya tenía buena parte de las respuestas, pero como reconozco que mi caso podría ser una excepción, y acepto la petulancia, me gustaría insistirles a algunos padres que la llamada “fase del porqué” en la infancia, a la que han llegado a ponerle edad y que a tantos psicólogos y psiquiatras da de comer, no es más que una burda patraña creada por ellos para justificar su falta de respuestas.

Durante nuestros primeros meses de vida, y a los hechos me remito, nos toman por idiotas a los que hablar con vocecitas atipladas, ridículas, a los que proponer juegos en consonancia a la estima demostrada y, por supuesto, a los que nada hay que responder por más preguntas que formulen, so pretexto de que no nos entienden.

Y las preguntas se les van amontonando a ellos como a nosotros nos pesan sus silencios.

La comida, el sueño, el baño, todo va a ir interponiéndose entre nuestras preguntas y sus calladas por respuesta.

Hasta que, después de un año y meses, cuando ya estamos cansados de insistir en que expliquen el porqué de las cosas que no entendemos, cuando ya no les quedan excusas con las que prorrogar sus silencios, un día, deciden que sus gangosos bebés están hablando, que ya se les entiende y que hemos dicho papá y mamá...

Y una tiene que oírlos y confiar en que el lenguaje no vuelva a ser pretexto y haya respuestas para nuestras preguntas.

Pero tampoco entonces. La edad va a ser la nueva excusa y “seguimos sin tener edad para entenderlo”. Ellos se ocuparán de decirte cuándo es que llega la edad y la respuesta. Y hay

respuestas para cada edad. Ellos, que todo lo aprendieron a destiempo, asumen encargarse de las respuestas que nos deben cuando consideren pertinentes las preguntas.

Y seguimos creciendo a falta de respuestas, hasta que, desaparecida la disculpa de la edad, los imperativos se hacen dueños de la situación. “Porque sí, porque no, porque me da la gana, porque lo digo yo...” Y si parece la primera estrofa de una famosa canción es porque usted también la oyó. La hemos oído todos, la hemos oído siempre.

Y ante la falta de respuestas, se impone la teoría que explique los silencios: la fase del porqué.

Fase que esconde una sutil asociación a enfermedad, por suerte pasajera, una inevitable epidemia de preguntas que a todas las criaturas sobreviene a la edad que impone la teoría. Tratándose de una “fase”, no hay razón por la que preocuparse. Antes hubo otras y otras habrá después.

Pero no, no hay tal fase. Lo que hay son preguntas sin respuesta.

16 de junio

He visto a los adultos compartir los cigarrillos, también los he visto intercambiar los tragos, el pan, las cartas, el teléfono... hasta yo soy una compartida de mis padres. ¿Cuál es entonces el problema para que los bebés no podamos compartir los chupetes?

Y no es por casualidad que toco el tema. Ayer, otra vez, tuve que escuchar de mis padres un sinfín de reproches y pesares por haberle quitado el chupete a Yosu, el hijo de una sobrina de mi padre que es, a su vez, sobrino segundo mío, si la que sería tía segunda mía, que es su madre, no errara el parentesco, aunque yo sólo le lleve quince días a Yosu y nunca le haya dado la “paga”.

Sí, es verdad, lo reconozco, no fue, exactamente, un intercambio de chupetes lo que hubo porque, yo no le entregué el mío. De hecho, me quedé con los dos, pero desde que Yosu se puso a llorar se lo devolví... Bueno, también desde que me lo exigieron mis padres y los demás testigos. Y tampoco me limité a restituir el bien ajeno, que yo misma me tomé la molestia de incrustárselo en la boca. Se lo incrusté del revés, es verdad, pero desde que Yosu comenzó a llorar de nuevo, yo dejé caer el chupete al suelo...y si lo pisé fue sin darme cuenta. El sabe que mi chupete está a su disposición y si no lo aprovecha es su problema. No sabe lo que se pierde.

Pero lo reconozco, tengo una cierta tendencia al chupete ajeno y Yosu no es el único que la sufre. De un tiempo a esta parte, cada vez que me encuentro con un semejante sólo pienso en quitarle su chupete y darle una buena mascada. Sólo esta semana me he llevado veinte chupetes ajenos a la boca. Y no se trata de una guarrería, como sostiene mi padre o de una mala costumbre como afirma mi madre. Tampoco es verdad que todo bebé dedicado al tirón de chupetes ajenos vaya, necesariamente, a terminar de delincuente.

A nuestra edad, el acceso a los chupetes ajenos es, entre otras cosas, una magnífica y muy útil herramienta para conocer a sus dueños.

Todos los adultos aceptan que los bebés necesitamos información. Por ello, precisamente, nos abruman, a veces, con todo tipo de sermones y cuentos. Lo que no muchos adultos saben y menos, todavía, aceptan, es que nosotros también nos procuremos información, por nuestros propios medios. Y el chupete es un medio excepcional.

El otro día, sin ir más lejos, paseando en cochecito con mi madre, nos encontramos con una amiga suya en los mismos afanes. Su bebé, regordete y sonrosado, me observó con temor, como si supiera mis intenciones. Y no se equivocaba. Desde que lo tuve al alcance de mis manos, moví rápida la izquierda y le arranqué el chupete. No tuvo tiempo ni de abrir la boca y para cuando lo hizo yo ya mascaba su chupete una y otra vez, apretándolo contra mis encías. Tan sorprendido había quedado que ni siquiera exigía la devolución de un chupete que yo reconocía a través de todas sus hendiduras, sus asperezas, que movía en mi boca y, al hacerlo, descubría los pequeños secretos de su dueño, mejor que si leyera su biografía.

Con la primera mascada advertí que el nivel de salivación del chupete era casi de un 90%. No teniendo dientes, aunque sí edad para tenerlos, el exceso de salivación podía deberse a la esperada llegada del primer inquilino de la boca pero, algo no encajaba en esta hipótesis. El mascado que registraba su chupete era constante, vigoroso, casi desesperado, por ello las múltiples fisuras que se sentían en la goma, que en algunas partes del chupete habían provocado diminutas grietas y, lo más asombroso, a simples golpes de encía.

Su chupete me iba diciendo todo sobre aquel bebé. Lo mascaba con la misma vehemencia con que su madre fumaba un cigarrillo. Ella hasta la boquilla, él hasta la garganta. En aquel chupete estaban depositadas muchas horas de ansiedad, de estrés, y su origen no eran los retrasados dientes. Estoy segura de que si un laboratorio hubiera examinado la saliva que contenía el chupete hubiera encontrado restos de proteínas combinados con ácidos grasos, o lo que es lo mismo, restos de lágrimas.

Me encontraba por lo tanto frente a un bebé infeliz, a pesar de su aspecto, deprimido, acaso al borde del suicidio.

Sé que puede parecer prematuro aventurar semejante posibilidad pero, al pasarme el chupete de un lado a otro de la boca, pude sentir algunas hendiduras, incluso, en la base, en el soporte plástico de la goma, tal era la ansiedad de aquel bebé y la desesperación de su mascada.

Una segunda observación me permitió descubrir la etiqueta de la manta con la que se cubría, absolutamente húmeda y deshilachada. Era obvio que la etiqueta reemplazaba al chupete en la misma función de desahogar la ansiedad. En algunas hendiduras de la goma del chupete, con sólo pasar una vez la lengua, era fácilmente detectable la presencia de restos de lactosa (5,2 gramos) grasa (6,2 gramos) y minerales (0,9 gramos) de muy mala calidad y pobre proporción. Obviamente, la economía en la casa de ese bebé no estaba en su mejor momento. Sólo así se explica que todavía no se hubiera reemplazado un chupete que ya debía tener entre 20 y 24 meses.

Y sabía que no era, simplemente, descuido, porque el asa de la base estaba roto. Ese chupete, y en ese estado, le era puesto y quitado de la boca a ese bebé no menos de cinco veces al día. Demasiadas como para no percibir su lamentable estado. En cualquier caso, lo que confirmó mi teoría de la crisis financiera en la familia del bebé fue la despedida de la amiga de mi madre: “¡Estoy desesperada...no sé qué hacer!” Yo sí sabía qué hacer y devolví el chupete.

Cronopiando

Por Koldo Campos Sagaseta

Menores

Nos preocupan los menores, los niños y niñas que son, cada día que pasa, menos ingenuos y soñadores y más parecidos a nosotros mismos.

Pero algo hay de hipócrita virtud en nuestra pretendida inquietud porque, esos menores sólo son el reflejo de lo que nosotros somos, de la sociedad que hemos construido o a la que nos hemos adaptado.

Una sociedad que nos enseña a simular, no a ser; que nos instruye para que acumulemos, no para que compartamos; que nos entrena para que compitamos, no para que participemos; que nos adiestra para el triunfo, no para la vida.

Una sociedad que, mientras reserva la gloria al triunfador, sepulta en el anonimato y la frustración a todos los derrotados, a los que no alcanzamos a comprar lo suficiente, a los que no podemos aparentar lo debido, a quienes tampoco llegamos a especular lo necesario, que no supimos mentir lo inevitable ni medrar lo imprescindible...

Y todavía creemos ignorar a qué se deba esa infancia agresiva, esos desorientados menores que hoy son causa de nuestra patética preocupación.

Ellos, que comenzaron por ponerse nuestros zapatos para jugar y terminaron poniéndose nuestras ideas para vivir, son la referencia, la continuidad de nuestros miedos, de las miserias y carencias de una familia, de una escuela, de una sociedad que, en lugar de educar, adoctrina; que en vez de sugerir, ordena; y que, incapaz de corregir, castiga.

Por ello nuestro pesar cuando advertimos que las consecuencias de tanta severidad acaban por enrostrarnos su soledad, que es también la propia.

Necesitaban cómplices para naufragar y nosotros, expertos en congojas y derivas, nos prestamos a la labor de ahogarlos.

Es por ello que los educamos en el miedo y nos sobresalta su timidez; que los educamos en el desorden y nos alarma su dispersión; que los educamos a gritos y nos preocupa su sordera; que los educamos en la desconfianza y nos sorprenden sus dudas; que los educamos en el engaño y nos asombran sus mentiras; que los educamos en el abuso y en la intolerancia y nos desconcierta su violencia.

17 de junio

Sinceramente, prefiero que sea mi madre la que me dé de comer y es que, aunque mi padre mejorase sus maneras, sin las gafas, no siempre acierta ni con la cuchara ni con mi boca. No sé qué piense la medicina sobre la ingestión de yogurt por las orejas o si ya hay consenso con respecto a las ventajas de comer por las narices pero, al margen de lo que opinen los pedagogos, sigo prefiriendo a mi madre. Claro que no siempre se escuchan mis demandas y, en días como hoy, tengo que emplear todo mi talento para persuadir a mi padre de que no lo intente.

Normalmente me basta con cabecear para ambos lados de manera compulsiva al tiempo que grito para que él desista y posponga la comida pero, no siempre da resultado la táctica de los cabeceos y me veo obligada, entonces, a recurrir a otra estratagema infalible. Estiro mi cuerpo todo lo que me es posible hasta volverlo rígido, y giro en sus brazos como una peonza buscando el suelo, siempre acompañada de los mismos gritos. Ahí mismo se rinde. Sé que mis movimientos no son muy buenos para su espalda, es verdad, pero tampoco sus errores son buenos para mi estómago.

Hoy, sin embargo, a pesar de haber agregado a mi giratoria rigidez unas cuantas pedorretas, mi padre no se ha dado por vencido y ha seguido insistiendo en sonarme las orejas y, lo que es peor, con su pañuelo. Y todo por no encontrar la servilleta.

Cuado sonó el timbre de la puerta y entraron las visitas entendí su afán en que comiera. Quería salir del trámite de la comida antes de que llegaran Xarlo y Anni, dos amigos a los que abrazó y acomodó en el balcón antes de retomar la cuchara y anunciarles que yo estaba comiendo,

lo que era obvio, y que desde que terminara me esperaba la siesta, lo que no era tan predecible.

Mientras me incrustaba la cucharada de puré en la mejilla y la hacía correr por mi cara en busca de la boca, aprovechó para explicar a sus amigos sus vastos conocimientos sobre mis aficiones gastronómicas y la mejor manera de batir la patata. Yo no tuve más remedio que interrumpir su curso acelerado para principiantes retomando mis estiramientos y acompañándolos de giros, quejidos, pedorretas, gargajos y accesos de tos en distintas escalas...

Para mi asombro, él persistió en su empeño mientras justificaba mi conducta a Xarlo y Anni con otras cuentas teorías de su invención.

Y entonces ocurrió. La tal Anni se levantó de su silla y, decidida, preguntó:

-Me dejas que le dé yo...

Observé a mi padre recuperarse de la sorpresa a duras penas e improvisar una sonrisa no muy inteligente que lo mismo quería decir “¿crees que yo no sé darle de comer a mi hija?” que “¿piensas que va a comer contigo, que no te conoce, antes que conmigo?”. Y siguió, todavía, un rato más, que a mi se me hizo eterno, enarbolando su tonta sonrisa acomplejada. Sólo para animarle, me dejé oír con unos cuantos agudos y aspavientos. Un segundo más tarde me ponía en brazos de Anni.

Y porque la venganza se sirve en plato frío, desde que me acomodó sobre sus piernas, fui la dócil y encantadora criatura que soy, comiendo con deleite una, dos, tres, cuatro cucharadas seguidas, a la vez que sonreía y regalaba mis aplausos a la audiencia. Sin una mueca, sin un mal gesto, absolutamente feliz y complacida.

Mi padre fue desmoronándose en su silla casi al mismo tiempo que su ego, mientras balbuceaba un comentario que pretendía ser gracioso. Afortunadamente recordó su

espalda, dio salida a una inconforme queja y enderezó la silla ya que no la vergüenza.

18 de junio

Será porque suenan o porque mis encías agradecen el frío contacto del metal, pero cada vez que las oigo o que las veo, todo lo que quiero es tenerlas en mis manos y en mi boca. No hay nada que me seduzca tanto como unas llaves. No tenerlas, no saber de ellas, me llena de inquietud, de ansiedad... ¿dónde están las llaves?

Mi padre las guarda celosamente en uno de sus bolsillos, mi madre las deja donde quiera y a algunos de sus descuidos debo los pocos ratos que he pasado con ellas, bueno, tampoco falta el vecino al que sorprendes entrando al edificio y al que, antes de que tu padre lo evite, ya le has cogido las llaves.

He tratado de que entendieran que me están saliendo los dientes, que mi boca necesita enfriarse y unas buenas llaves contribuyen a ello, pero ha sido inútil. Ni siquiera se conmovieron cuando empecé a lamer la estufa eléctrica, los barrotos del balcón o cualquier hebilla de zapato.

Un día sí y otro también, ambos se negaron a permitirme contacto alguno con las llaves, aunque lamiera las cadenas de los columpios y chupara los botones de metal de los vestidos... “que no, que te he dicho que no, que las llaves no, que no te doy las llaves, que te he dicho que no...”

Y así fue hasta que un día, mi padre, harto supongo de resistir mi cantaleta, rindió la plaza y me entregó las llaves.

Y con ellas ando desde entonces, yendo y viniendo por la casa, con las llaves en la mano pero con la misma insatisfecha inquietud de antes, con la misma ansiedad... ¿dónde están las cerraduras?

19 de junio

Recuerdo haber escrito a las pocas horas de nacer que me sentía feliz de haberlo hecho, pero que no ignoraba la clase de mundo al que llegaba, un mundo al que se me invita a adaptarme y con el que ya asumo mi derecho a transformarlo. Y es que un mundo mejor es posible y nadie debiera negarse a ese principio.

Desde el espacio, cuando hemos sido capaces de mirar hacia la Tierra, sólo hemos visto un planeta, no dos mundos ni tres. Las categorías las han establecido los seres humanos y es por sus leyes que hablamos de distintos mundos, de un mundo virtual y un mundo real.

La Declaración de los Derechos del Niño existe pero su sentido y aplicación es sólo virtual.

Declaración de los Derechos del Niño proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1959 e introducida por 5 consideraciones:

“Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre y en la dignidad y el valor de la persona humana, y su determinación de promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad...

Considerando que las Naciones Unidas han proclamado en la Declaración Universal de Derechos Humanos que toda persona tiene todos los derechos y libertades enunciados en ella, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, opinión política o de cualquiera otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición...

Considerando que el niño, por su falta de madurez física y mental, necesita protección y cuidado especiales, incluso la debida protección legal, tanto antes como después del nacimiento...

Considerando que la necesidad de esa protección especial ha sido enunciada en la Declaración de Ginebra de 1924 sobre los Derechos del Niño y reconocida en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en los convenios constitutivos de los organismos especializados y de las organizaciones internacionales que se interesan en el bienestar del niño...

Considerando que la humanidad debe al niño lo mejor que puede darle, La Asamblea General proclama la presente Declaración de los Derechos del Niño a fin de que éste pueda tener una infancia feliz y gozar, en su propio bien y en bien de la sociedad, de los derechos y libertades que en ella se enuncian e insta a los padres, a los hombres y mujeres individualmente y a las organizaciones particulares, autoridades locales y gobiernos nacionales a que reconozcan esos derechos y luchen por su observancia con medidas legislativas y de otra índole adoptadas progresivamente en conformidad con los siguientes principios:

Principio 1 - El niño disfrutará de todos los derechos enunciados en esta Declaración. Estos derechos serán reconocidos a todos los niños sin excepción alguna ni distinción o discriminación por motivos de raza, color, sexo, idioma, religión, opiniones políticas o de otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento u otra condición, ya sea del propio niño o de su familia.

Principio 2 - El niño gozará de una protección especial y dispondrá de oportunidades y servicios, dispensado todo ello por la ley y por otros medios, para que pueda desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente en forma saludable y normal, así como en condiciones de libertad y dignidad. Al promulgar leyes con este fin, la consideración fundamental a que se atenderá será el interés superior del niño.

Principio 3 - El niño tiene derecho desde su nacimiento a un nombre y a una nacionalidad.

Principio 4 - El niño debe gozar de los beneficios de la seguridad social. Tendrá derecho a crecer y desarrollarse en buena salud; con este fin deberán proporcionarse, tanto a él como a su madre, cuidados especiales, incluso atención prenatal y postnatal. El niño tendrá derecho a disfrutar de alimentación, vivienda, recreo y servicios médicos adecuados.

Principio 5 - El niño física o mentalmente impedido o que sufra algún impedimento social debe recibir el tratamiento, la educación y el cuidado especiales que requiere su caso particular.

Principio 6 - El niño, para el pleno y armonioso desarrollo de su personalidad, necesita amor y comprensión. Siempre que sea posible, deberá crecer al amparo y bajo la responsabilidad de sus padres y, en todo

caso, en un ambiente de afecto y de seguridad moral y material; salvo circunstancias excepcionales, no deberá separarse al niño de corta edad de su madre. La sociedad y las autoridades públicas tendrán la obligación de cuidar especialmente a los niños sin familia o que carezcan de medios adecuados de subsistencia. Para el mantenimiento de los hijos de familias numerosas conviene conceder subsidios estatales o de otra índole.

Principio 7 - El niño tiene derecho a recibir educación, que será gratuita y obligatoria por lo menos en las etapas elementales. Se le dará una educación que favorezca su cultura general y le permita, en condiciones de igualdad de oportunidades, desarrollar sus aptitudes y su juicio individual, su sentido de responsabilidad moral y social, y llegar a ser un miembro útil de la sociedad.

El interés superior del niño debe ser el principio rector de quienes tienen la responsabilidad de su educación y orientación; dicha responsabilidad incumbe, en primer término, a sus padres.

El niño debe disfrutar plenamente de juegos y recreaciones, los cuales deben estar orientados hacia los fines perseguidos por la educación; la sociedad y las autoridades públicas se esforzarán por promover el goce de este derecho.

Principio 8 - El niño debe, en todas las circunstancias, figurar entre los primeros que reciban protección y socorro.

Principio 9 - El niño debe ser protegido contra toda forma de abandono, crueldad y explotación. No será objeto de ningún tipo de trata.

No deberá permitirse al niño trabajar antes de una edad mínima adecuada; en ningún caso se le dedicará ni se le permitirá que se dedique a ocupación o empleo alguno que pueda perjudicar su salud o su educación o impedir su desarrollo físico, mental o moral.

Principio 10 - El niño debe ser protegido contra las prácticas que puedan fomentar la discriminación racial, religiosa o de cualquier otra índole. Debe ser educado en un espíritu de comprensión, tolerancia, amistad entre los pueblos, paz y fraternidad universal, y con plena conciencia de que debe consagrar sus energías y aptitudes al servicio de sus semejantes.

La virtualidad contenida en la declaración comienza en ella misma, cuando ya el lenguaje nos excluye a las niñas y nos condena a tener que suponernos en masculinos conceptos que los nombran a ellos y a nosotras nos ignoran.

La virtualidad de la declaración, lamentablemente, no se queda en la letra porque, además, las palabras nunca son casuales. Las

palabras nos definen por lo que son, por lo que dicen y por lo que callan. Por ello no es mi malestar un exceso de lingüística susceptibilidad, sino la reivindicación de un derecho básico, el derecho a ser, el derecho a que no se me suponga, a no ser excluida ni invisible.

A punto de cumplirse medio siglo de la citada declaración de derechos, no es necesario indagar demasiado para advertir hasta qué punto son sólo virtuales sus buenos deseos para la infancia.

El mundo cruje bajo el peso de un modelo social y económico irracional e injusto que ha puesto en grave peligro la propia vida del planeta. Y no obstante la gravedad de la situación, no sólo no se establecen correctivos sino que se acentúa el deterioro de la vida en todos los órdenes.

La infancia es, posiblemente, en ese general derrumbe, la más sacrificada realidad: Los niños y niñas que cometen la osadía de nacer en el llamado tercer mundo lo hacen bajo la amenaza de una deuda absurda e impagable que seguirá multiplicándose en su nombre y que condena a muchos de ellos a la explotación, el abandono o la muerte.

Sus destinos tendrán un acento u otro dependiendo del país, del sexo, la clase social o el color con que hayan nacido pero, invariablemente, si se atreven a hacerlo en el tercer mundo, siempre van a tener más o menos cerca la miseria como compañía. Al pie de los semáforos de cualquier ciudad, ofertando rosas sin espinas a pederastas que paguen el servicio; o escondiéndose del hambre y de los asesinos a sueldo de los comerciantes, como meninos en Sao Paulo, gamines en Bogotá o palomos en Santo Domingo; o inhalando polvo de cemento en Lima o pegamento en México; o trabajando en las minas, en los campos y en las zonas francas de América Latina; o enrolados en guerras, convertidos en mulas de

narcotraficantes, explotados por respetables empresarios, transformados en simples mercancías, vulnerables, excluidos, invisibles...

Bastaría advertir la inoperancia, el descrédito a que ha llegado la propia organización que promoviera la Declaración de los Derechos del Niño para entender hasta qué punto son también virtuales los citados derechos.

La realidad impone sus escalofriantes cifras en el tercer mundo. En Latinoamérica, por ejemplo, 40 millones de menores viven en la calle. Honduras se ha convertido en el país latinoamericano en el que más niñas y niños son asesinados, alrededor de mil al año. Le sigue Nicaragua en tan funesto registro. En Argentina mueren todos los días 50 pibes menores de un año por pobreza, desnutrición o malas condiciones higiénicas, y son casi 30 mil los menores internados en comisarías, cárceles, clínicas psiquiátricas y reformatorios. Argentina gasta hoy en educación media menos que en 1980, y sólo 3 de cada 10 muertes de menores de edad se consideran inevitables. En Brasil son 15 millones de niñas y niños los que tienen su hogar en la calle y 5 mil los que duermen en portales y basureros en Ciudad de Guatemala. Asia y Africa no mejoran estos datos estadísticos.

En Europa y Estados Unidos, que siempre han tenido la precaución de mantener a la mayoría de “sus” pobres al otro lado de la frontera, que pobres del primer mundo son las víctimas del mercado impuesto, también existen y se multiplican los pobres locales. Y si no tanto la anemia, cuando no es anorexia o bulimia, mata el colesterol, como mata el consumismo y enajena el estilo de vida que se propone como modelo. Ese que expresa sus dolores y vergüenzas en repetidas matanzas escolares protagonizadas por menores, en actitudes y gestos cada vez más violentos, más irracionales.

Curiosamente, sólo en un país, el más calumniado de América, ser menor de edad no es una maldición ni un peligro o una amenaza. Sólo en Cuba la calle es un lugar de encuentro y de recreo donde cualquier hora es buena porque no hay temor alguno de que te secuestren o te mate una bala perdida o te atropelle la impunidad o el vicio. Sólo en Cuba, la pobre, la modesta Cuba, tiene la infancia asegurada su derecho a la salud, a la educación, a la vivienda, a la vida.

A diferencia de un mundo al que nada le importan los menores porque todavía no producen lo suficiente, y los ancianos porque ya produjeron lo bastante, sólo en Cuba, a pesar de sus pocos recursos, la infancia y la vejez se respeta y cuida.

Y por ello no quiero terminar este diario sin expresar mi gratitud a la revolución cubana. No importa la suerte que pueda correr Cuba en el futuro, ya nadie nos la va a poder arrebatarse a quienes conservamos la esperanza de construir un mejor mundo y hemos encontrado en esa revolución la más humana y hermosa referencia que haga posible el cambio.



Itxaso mientras era informada de la Declaración Universal de los Derechos de la Infancia promulgada por las Naciones Unidas.

20 de junio

A punto de cumplir mis primeros cuatro meses debo cerrar, de momento, este diario en el que he venido desahogando alguna que otra queja y celebrando un aplauso que otro.

Sé que no van a ser pocos, incluyendo parientes, los que pongan en duda su autoría, los que se atrevan a desmentir mi firma, a negar mi trabajo. Ni me preocupa ni me molesta. Lo que sí me sorprendería es que quienes tanta candorosa confianza han derrochado en políticos sinvergüenzas o en titulares de prensa sin memoria, vayan a hacer uso de su suspicacia, precisamente, en relación a mi diario; que los mismos que, por crédulos, se tragaron la existencia en Iraq de armas inexistentes, que por sugestionables llegaron a hacer propio el cáncer de la tonadillera, que por cándidos creyeron apegadas a la ley las sentencias de los jueces, encuentren en este diario motivo para reivindicar su maltrecha criticidad. Porque lo que les propongo es bastante más creíble que cualquiera de las patrañas que les cuentan todos los días esos venerados medios de comunicación con licencia para mentir y a los que ustedes regalan su confianza para creer.

Además, la trascendencia de mi supuesto engaño nunca tendría la gravedad ni las consecuencias de esos otros embustes que con tanto gusto aceptan.

En cualquier caso, por buena doy la duda razonable y hasta la sospecha si, en definitiva, este diario sirve para que usted se lleve a la memoria, de la mano de la risa, esa voz de su bebé que nunca ha oído y esa pregunta a la que nunca dio respuesta.



Decía Ambrose Pierce que “la niñez es un periodo de la vida humana, intermedio entre la idiotez de la primera infancia y la locura de la juventud, a dos pasos del pecado de la adultez y a tres del remordimiento de la ancianidad”... y yo no voy a agregar nada.

Contraportada

Este no es el libro que usted andaba buscando. Generalmente, se busca lo que se conoce, aquello de lo que hemos oído hablar, que fue anunciado en la televisión o cuya reseña aparece en la prensa, y tanto estas reflexiones como su autora somos dos perfectas desconocidas.

Por eso no creo que le interesen estas cavilaciones de una recién nacida, escritas en primera persona, sobre los grandes temas del mundo del bebé ...a no ser que, tenga usted un hijo o una hija, o que esté pensando en aportar al mundo su descendencia, o haya tenido padres o un adulto cerca cuando, años atrás, se empeñó en seguir creciendo.

En ese caso, sólo en ese caso, este diario puede serle útil para reflexionar sobre su vida y la que se mueve a su alrededor; para entender la existencia de manera menos infeliz; para descubrir mejores formas de vivir y, sobre todo, para que no se duerma en el intento.

Itxaso Alberdi



Koldo Campos Sagaseta de Ilúrdoz es vecino de Azkoitia, Gipuzkoa, luego de unos cuantos años residendo en Nicaragua y República Dominicana.

Ha publicado los poemarios “Miermelada”, “The Chusma Herald I y II” y “La caja negra”, así como algunas obras de teatro, entre ellas,

“¡Hágase la Mujer!”, “La verdadera historia del descubrimiento de América”, “La cueva de Salsipuedes”, “El Aplaudidor”, “Sonata para un pianista” y algunas piezas para café-teatro.

También ha escrito algunos guiones de cine, relatos, cuentos infantiles y una novela “La Estatua” todavía inédita.

Su columna periodística “Cronopiando” se publica en el vespertino El Nacional, de la República Dominicana (www.elnacional.com) y en el periódico digital “Rebelión” (www.rebellion.org), medio en el que también publica, en compañía del pintor dominicano José Mercader, la serie “Diario íntimo de Jack el Destripador”.